

JUGUETES PERDIDOS

**VIVENCIAS EN INSTITUTOS DE MENORES DE
ESCRITORES DEL PABELLÓN 4**

Antología realizada por Alberto Sarlo

EDITORIAL “CUENTEROS, VERSEROS Y POETAS”

**PABELLÓN N° 4 UNIDAD DE MÁXIMA SEGURIDAD N° 23 DE
FLORENCIO VARELA**

www.cuenterosyverseros.com.ar

cuenteros, verseros y poetas facebook

Para los caballos que murieron potros sin galopar: Florencio, Matías Castro, Santiago Funes, Jonatan Insaurrealde, Miguel Nuñez Gamboa y Demian Galván Acosta.

Todos mis muertos. Todos nuestros muertos. Demasiados muertos.

No supe, no quise o no pude.

Sigo sin saber, sin querer o sin poder... pero sigo.

Alberto Sarlo

NUESTRAS GUERRAS Y NUESTROS MUERTOS

Otro libro, otro prólogo, otra historia. Historia de algo más de seis años que parecen veinte. Historia dura y pesada. Historia que tiene más de tres mil quinientos libros cartoneros publicados. Historia que tiene cientos de cuentos y poesías editados on line. Historia que nos tiene como organizadores exclusivos de cuatro concursos nacionales de literatura y poesía. Historia que nos tiene como el único pabellón de “población” del país (entendiendo como “población” a la categoría más baja y conflictiva dentro de las unidades penitenciarias). que dentro de su espacio físico posee una editorial cartonera, una biblioteca, una sala de impresión, un taller de literatura, un taller de filosofía, un taller de teatro, un taller de alfabetización, una escuela de boxeo y otra de artes plásticas. Pabellón donde varios internos ingresaron como analfabetos funcionales y que hoy dan clases de literatura, historia y alfabetización en el área de educación de la cárcel. Todo eso tenemos dentro del roñoso pabellón 4 de la Unidad de Máxima Seguridad N° 23 de Florencio Varela. Todo eso dentro de nuestro pabellón de población. Todo por un mismo precio. ¿Y cuál es el precio? El precio es el cansancio. El cansancio de estar todo el tiempo peleando contra todo y contra todos. El cansancio de combatir sin aliados. Y este cansancio no es cualquier cansancio. Es un cansancio físico, psicológico y moral. Cansancio con mayúsculas. El cansancio es la peor secuela de la lucha porque el cansancio es la puerta de entrada al escepticismo. Y nuestra sociedad está enferma de escepticismo. El escepticismo es el hermano

políticamente incorrecto del individualismo y el individualismo es el CEO de la corporación mediática más popular de nuestros días: el nihilismo. El nihilismo decadente nos está cagando a palos a todos, pero a quien más caga a palos es al débil, al vulnerable, al peligroso, al bárbaro, al distinto. El nihilismo pasivo tal y como lo describe Nietzsche, nos transforma en cómplices silenciosos de la renuncia al pensamiento. Y renunciar al pensamiento mata. Nos mata a todos. Peleamos hace seis años contra eso. Seis años que, repito, parecen veinte. Me gusta repetir las cosas. Repetir y repetir para que entren las ideas. Para que muchos sepan que en el Pabellón 4 podemos ser escritores. Que podemos leer a Kant, a Spinoza, a Deleuze, a Sastre, a Marx y a Heidegger. Que podemos ser deportistas. Que podemos ser poetas. Que podemos ser actores. Que podemos ser humanos, pese a que la mayor parte de la sociedad quiere que seamos cosas. Cosas débiles, ignorantes y vulnerables. Y cuando uno es débil, ignorante y vulnerable indefectiblemente dañará a quien lo rodea.

Llevamos muchos años de lucha. Una lucha que desde siempre supimos que vamos a perder. Nosotros vamos a perder. De Gramsci aprendimos, entre otras cosas, a ser pesimistas de la razón para ser optimistas de la voluntad. Y fuerza de voluntad es lo que nos sobra. Nos sobra para soportar la derrota. En la derrota vamos a perder muchos compañeros. Muchos más de los que ya perdimos y a quienes dedicamos este libro. Estoy harto de perder. Estamos hartos de perder. Estoy harto de ver morir pibes, mis pibes. Estoy harto de ver que mis pibes roben. Que mis pibes se droguen. Que mis pibes se pongan en

pedo de pastillas. Que mis pibes maten. Que nuestros pibes maten. Harto. Estoy harto de saber que mis pibes, nuestros pibes, van a seguir robando, enfermado, malviviendo y muriendo siendo pibes. Pelear para perder no hace bien. Pelear para perder no le hace bien a la cabeza. No le hace bien a los huesos, no le hace bien al alma. Pero hay que pelear. A cada uno le toca lo que le toca y a nosotros nos toca pelear. A mi me toca pelear. Peleamos mucho y ganamos poco. Pero algo ganamos. Ganamos respeto. Ganamos amor propio. Ganamos cultura. Ganamos ser menos vulnerables. Ganamos creernos humanos (si ya sé, ya lo dije, pero lo repetimos para que la idea entre).

En *Platónov*, obra maravillosa y que me costó años conseguir, Antón Chéjov da vida a un maestro de escuela que lucha denodadamente por superar la angustia y la desesperación de toda una sociedad, lucha que también debe mantener consigo mismo para no verse arrastrado al peor de los finales. En dicha obra surge un diálogo muy breve, bellissimo y crudo a la vez, un diálogo desesperado y desesperante, un diálogo muy humano y muy pero muy ruso, un diálogo con una pregunta sencilla y con una respuesta universal “¿Qué hacer, Nikolái? Enterrar a los muertos y reparar a los vivos”. En el pabellón 4 hacemos algo parecido a eso. En el pabellón 4 con dignidad, con memoria y con mucho dolor enterramos a los que se fueron y con fuerza de voluntad reparamos a los que se quedaron. Somos muchos los que peleamos. Somos muchos los que escribimos. Por cuestión de edición seleccionamos ocho cuentos. Ocho narraciones de ocho jóvenes escritores del pabellón 4. Algunos cuando los lean tal vez ya hayan muerto. Los nombro para que vivan. Los nombro para que los conozcan.

Los nombro para mantenerlos vivos: Carlos Alberto Miranda Mena, Fabián Miculán Vilaboa, Jorge Rivas Barrios, Javier Ayala, Ezequiel de Jesús Ramírez, Guillermo Quiroga Rojas, Natalio Damián Aguilar, Oscar Omar Gaudio Monier.

Carlos Alberto Miranda Mena amén de ser mi amigo y de ser cofundador de nuestra editorial cartonera, también es el artista plástico que ha hecho el dibujo que sirve de portada de este libro. El corrector editorial de la mayoría de los cuentos ha sido otro amigo mío, Marcelo Occhiuzzo quien ha contado con la ayuda de Francisco Bus Soto. Todos son, o han sido, miembros del Pabellón 4. Hasta hace muy poco, casi todos eran analfabetos funcionales. Hoy son escritores.

Hacer este nuevo libro nos llevó mucho tiempo. Tiempo y esfuerzo. Tiempo, esfuerzo, y puteadas. El tiempo y el esfuerzo lo pusieron los chicos. Las puteadas las puse yo. Aclaro eso: Los escritores que viven en condiciones infrahumanas en el pabellón 4 jamás emitieron un sólo insulto en el desgastante proceso colectivo de lectura, selección, relectura y corrección. El único ignorante que insultó fue el burguesito clase media, media-alta que escribe estas líneas. Todavía tengo mucho que aprender de los pibes.

En algún lado leí que somos el resultado de nuestras guerras y nuestros muertos. Nuestra sociedad está librando una guerra. Una guerra que está arrojando a millones de familias al abismo. Esos son nuestros muertos. Es hora de empezar a pensarnos como sociedad y a partir de ello saber quienes somos y quienes no somos. A quienes incluimos y a quienes excluimos. Ponernos en la piel de los marginados nos puede

ayudar a mejorar. Ponernos en su piel no significa ser un turista colonizador que pretende imponer nuestro modo de vivir, nuestra concepción de justicia, nuestras convicciones, nuestros axiomas acerca de lo que es bueno y lo que es malo. Ponernos en la piel del otro es arremangarnos, es llenarnos los pies de barro y es abrazarlo. Y luego de abrazarlo tenemos que empezar a escuchar lo que dice, lo que piensa, lo que vive. Ponerse en la piel del otro es sencillo: simplemente hay que tratarlo como un ser humano, un ser humano que necesita ser oído. Escúchenlos, escúchenos. Antes de juzgarlos, antes de sentenciarlos, antes de matarlos, escuchen lo que tienen para decir. Leer este libro es un buen comienzo. Pero sólo es el comienzo, si es que realmente queremos que algo cambie.

Alberto Sarlo desde algún lugar de La Plata

TERMINOLOGÍA UTILIZADA EN LA OBRA

Ayudín: Consumir drogas.

Bondi: Problemas.

Berretín: Caprichos.

Buzón: Calabozo de aislamiento.

Cobani: Policía.

Chetear: Robar.

Chorro: Ladrón con códigos.

Competente: Funcionario de institutos de menores.

Corte: Manifestación similar a decir “por ejemplo”

Cuetazo: Disparos de arma de fuego.

Desengome: Abrir la celda.

Engome/ engomado: Encerrado en la celda.

Faca: Arma blanca.

Gato: Gil. Pusilánime. Persona de quien se abusa por ser considerada jerárquicamente y socialmente inferior.

Hacer la segunda: Ayudar. Dar una mano.

Hacer un trabajo: Cometer un robo.

Imaginaría: Policía encargado en comisaría de cuidar los calabozos.

Limpieza: Preso a cargo de un pabellón.

Llantas: Zapatillas.

Maestro: Funcionarios carcelarios en Institutos de menores.

Mular: Ser sirviente de otro preso.

Ñeri: Compañero. Amigo. Hermano.

Ortiva: Alcahuete.

Palero: Funcionario antimotines. Infantería.

Plaga/plaguear: Menores que realizan actos ilícitos.

Panglossianos: El Doctor Pangloss es un personaje de “Cándido” novela de Voltaire (novela leída por los miembros de la Editorial “Cuenteros, verseros y poetas”). Dícese de aquella persona mediocre que justifica toda la maldad e ignominia con argumentaciones adaptacionistas, con fundamentaciones cómplices al abuso de poder.

Pararse de manos: Defenderse. Pelear.

Pasar cabida: Tener buena onda. Aceptar la presencia y el consejo de otro compañero a quien se respeta.

Piola: Bien. Buena onda.

Población: Categoría más baja y mayoritaria dentro de una cárcel. Son los pabellones más conflictivos.

Púas: Facas.

Rancho/ranchear: Miembros de un mismo grupo en un pabellón que se defienden mutuamente comparten comida, celdas y mateadas.

Rastrear: Robo de poca monta y a traición. Los rastros son considerados desleales en el ámbito de los presos.

Refugiado: Preso que opta por irse de un pabellón de población para proteger su vida. Acción muy mal vista. (muchos lo hacen pidiendo traslado a pabellones evangélicos)

Requisa: Funcionarios carcelarios que revisan a internos y familiares de internos encargados de expropiar todos aquellos bienes prohibidos

Soldado: Sirviente que pelea por su jefe.

Valerio: Ser sirviente de otro preso.

Violeta: Violador.

Zarpado: Persona que se siente ofendida y/o robada y que está dispuesto a dar pelea.

ENTRE EL CAMINO NEGRO, LA RIVERA Y EL OLIMPO

Carlos Alberto Mena Miranda

*“Tristes son mis ojos
que solo recuerdan
la sombra precoz
de lo que, tal vez,
pudo haber sido mi ciudad:
la niñez*

Recuerdos tengo muchos, motivo es lo que sobra, los llevo en mi consciencia, enroscados como cobras, todo lo que pagué, como también lo que tuvimos que padecer “aquellos niños que fuimos”.

¡Piiik!-¡Piiik! Sonaban los bocinazos contra el portón verde oscuro, oxidado y titánico del Instituto “EL ROCA”, el famoso “ROCA”, ubicado en la ciudad de Floresta.

¡Vamooo!-¡Hácela corta!, ladraba “Ariel Cisneros”, quien sería el chofer de una camioneta Traffic color blanco gastado. Nuestras cabecitas se movían de un lado a otro, con desesperación, como aprovechando con los ojitos de un niño adolescente los pedacitos de cuadras que nuestra visión alcanzaba a contemplar, con una clase de excitación y melancolía, porque nadie, o mejor dicho ninguno, estaba seguro que podría salir con vida de aquel legendario “Instituto de menores”.

En un Banco ubicado frente al Instituto que estaba por abrir sus flamantes puertas de cristal, se encontraban unas personas curiosas, quienes seguro estaban esperando desde muy temprano, para realizar sus trámites, hasta que el acompañante bajó del vehículo, y empezó a llamar al empleado de guardia, ese, quien daba paso al “olvido” o a ese lugar de “mierda”. ¡LA CARCEL...!

Entré el alto paredón de hormigón, y el portón, donde quedaba un espacio para espiar hacia dentro, quien asomó el hocico por ese lugar fue un gordo con cara de asco, y en forma de chiste preguntó: ¿Qué pasa vieja?!

-¿Qué va a pasar?! Gordo cornudo, traigo a los presos,- dijo Ariel desde el volante, con un dedo hundido casi hasta la mitad de una de sus fosas nasales.

-¿Tan piola sos?- Acotó Lito.

-¡Desde chiquito soy piola! ¡Papá!- Dijo el gordo desde adentro.

Mientras los pibes que venían con nosotros de comparecer de tribunales jodían entre ellos, pensé: ¡Por lo visto están cancheros en el asunto del presidio!, en cambio el Luchy y yo nos mirábamos continuamente con las pupilas humedecidas, repletas de preguntas, y una de ellas de seguro era: ¿Todo esto será una pesadilla?.

Como si fuera un temblor empezó a sacudirse el portón verde y al abrirse emitió un sonido raspado y ensordecedor. La camioneta se fue metiendo lentamente por una callejuela, la cual costeaba el paredón. Del lado derecho, adornaban el misterioso camino unas palmeras que daban un aspecto aún más burgués que la misma ciudad de Floresta.

No tan adentro nos chocamos con otro portón, dos o tres metros más alto que el de la entrada, pintado de un verde menos oxidado. Los burguesitos estiraban el cogote como garzas entre los juncos, para mirarnos a la cara y ¿por qué no? hacia dentro como pispeando el ambiente. Pude ver como movían las cabezas, haciendo ¡No!, levantando los hombros en ademán de reproche, de odio. Tuve la sensación que con los ojos y el corazón, nos apuntaban con una especie de rayo láser mortal, que me quemaba la nuca, como si apuntaran con la mira infrarroja para dispararnos, apostados en esa misma vereda de la “entidad bancaria” donde esperaban terminar sus trámites, para reventarnos el cerebro de un plomazo.

¡¡Brrumm!! Zumbó el último portón corredizo. ¡¡ Bum!!-¡¡ Bum!! Gritó mi corazón aterrorizado. Luchy se tapó la cara con una mano, la otra la tenía esposada junto a la mía, asfixiante y tensa como una “morsa”, tragué saliva, suspiré profundo y abrí mis ojos más que nunca, la camioneta paró junto a una casona estilo colonial y algo de nicho abandonado.

¡Más vale que se paren de manos!, se escuchó a nuestras espaldas transpiradas del miedo, a aquello nuevo y desconocido, y enseguida pude reconocer que quien nos metía presión para que nos ahogemos de espanto. Era un pelotudo ese gordo cornudo con cara de asco. ¡Anda a la reconcha de tu madre! Le conteste para mis adentros.

El pantalón de jeans me estaba cocinando, la camisa a cuadritos celeste con blanco, de tanto sudar ya era parte de mi piel. Cuando bajaron los más cancheros, “Ariel”, el chofer, nos hizo una seña con el dedo índice, apuntando a ellos, y el mismo dedo se lo llevo a la cara

negra, y grasienta, estirándose hacia abajo la parte del pómulo izquierdo. Nuestros cerebritos dijeron. ¡Ésto significa que tengamos muuucho cuidado¡¡ Cuidadoo!!.

-¡Dale bajen!, dijo otro policía que salió de adentro con una lista, enrollada como si fuera un pergamino.

-¿Éste que onda?, preguntó Luchy, mientras me daba toquecitos con la rodilla.

-Otro policía, dije yo.

-¡No!... Es un empleado, pero ¿será el jefe del penal?.-Acotó nuevamente, arrugando la boca y dejando escapar el susurro por un costado, al mejor estilo arrabalero.

-¡Yo que sé! ¡Boludo! Si nunca estuve acá, igual que vos!

-¿Qué? Guacho, que me decís boludo!. No te regalé! ¡Eeehh!,- y continuó ¡mierda que no me junas de ningún lado! ¡Eeehh!.. Lo miré de costado, y le dije que para tanto no era, con un poco de miedo a su vez.

-Bueno yo te aviso nomás... dijo Luchy.

-Tampoco te hagas el piola!, que yo tampoco te juno de ningún lado ¡Eehh! Tranquilo nomás... Le contesté, pegándole un tirón a las esposas que compartíamos. Me puso la cara de loco y se acercó haciéndose el nervioso, a lo que le salí al cruce, digamos “nariz con nariz”. Nos mostramos los dientitos como perros de semáforo, frunciendo el entrecejo.

-¡Listo, listo!- Gritó el del papel, golpeando el techo de la Traffic, y siguió diciendo que bajáramos un cambio, y guardemos fuerzas para cuando nos den algún pabellón de población, porque él se va a dar cuenta si somos tan “machitos” como “aparentamos”, cuando pasemos

por los pabellones donde se ¡PELEAA!. En aquél entonces eran el dos, el tres y el cuatro, ya que le nuevo grande y el nuevo chico, eran de refugio, es decir, done amontonaban a todos los echados sin derecho de toda la población, eso sí, siempre y cuando estén presos por algo considerable, porque si llegan a perder por una “rastreada” remarcó el “Bigy” les rompen el culo y van a multar hasta que se vallan en libertad, y después bueno... una vez que ya son “putitos” lo van a conocer a Cisneros o a el “Lito”, dijo por lo bajo con un sonrisita morbosa y ojos saltones, refregándose las manos rechonchas. En ese segundo, “Lito” miró para otro lado, siendo que “Ariel Cisneros” se estaba prendiendo un pucho con los ojos como dos huevos fritos en dirección a nosotros. Luchy arrugó la frente, yo no voy a mentir, me temblaron las rodillas, pero sin embargo, apreté los puños, murmurando: “El que se mande conmigo le rompo el cuello”. Acto seguido me sequé las sienes que sudaban como testigos falsos.

-¡Nosotros nos re paramos de mano!, dijo Luchy. Lo miré y me sentí más seguro.

Entramos a la Dirección, donde brillaban hasta las “moscas”, gracias al servicio de limpieza que prestaban los internos “refugiaditos”. De hecho su recompensa, fue tan solo que no los manden bajo ningún punto de vista, a los pabellones donde el ¡CUCOOO! los esperaba con la pija parada, empuñando el cuchillo y un tenedor. Si bien el corazón del supuesto “CUCOOO”, era y es la “LEY”. Dado que el exitoso resultado de todo ese dolor, de tanto resentimiento contra la vida misma, que un chico pueda masticar, cada vez que defeca sangre como yo, y varios detenidos, a causa de las terribles palizas y patadas en el

estomago, que recibíamos todos días, les puedo asegurar, que ¡nunca! pero ¡nunca! ha fallado.

A lo largo de todas mis largas condenas que tuve hasta el día de la fecha, fueron infinidades de veces las que escuche gritar a los cuatro puntos cardinales, con puta pasión, golpeándose el pecho rabiosamente, orgullosos, con dos lanzas en las manos ensangrentadas, que ellos eran chorros, y que tenían derecho a “pararse de manos”. porque se habían agarrado a tiros con la policía, y es por eso que tenían derecho a reventarles la panza de varias puñaladas a otros detenidos, como también tomar de rehén al primer oficial del Servicio penitenciario, que se le cruce en lo amplio penal. Tengo que confesar, a ustedes, a Latinoamérica entera, y al mundo entero sin exageración alguna, sin temor, sin fantasmas opresores, que el noventa y nueve por ciento de los chicos que fueron acunados por Institutos de Menores, todavía repiten SOY CHORRO, con las mismas palabras con una profunda densidad con tendencia al delito y a la violencia, esas palabras, exactamente esas... inculcadas por los tantos empleados o maestros trabajadores del Estado, profesionales y seleccionados por algún letrado, para nuestro escarmiento, nuestra penitencia, la utopia de la fascinante “reinserción social” de tu pueblo, del mío, en un país en democracia. Cada vez que los escuchaba decir esas palabras a ellos, los invisibles, un torbellino de recuerdos, me lanzaba contra un espejo que reflejaba “MI VIDA”. Sentía enloquecer, al creer, que había retrocedido el tiempo o el “clon” del gordo ¡cara con asco!, pretendía acorralarme, para ser victima y victimario.

-Varios, síganme que los va a atender el Director del Instituto.-
Dijo el otro empelado que salió de una especie de piecita ubicada al lado de la supuesta oficina del Director.

Un poco mas a la derecha se filtraba por los costados de una puerta de fierro azul, débiles rayitos de sol, potentes para una mañana de Julio, y de a ratos se podían oír los gritos y correteadas de varios chicos, que por los festejos jugaban a la pelota.

El tipo nos hizo esperar sin esposas, contra la pared, con las manos hacia atrás, con términos prepotentes y a los empujones. Los que pasaban el trapo de piso tenían la mirada sin derechos humanos. En eso entró el oficial, y al segundo salió riéndose de la oficina, y le dijo a Luchy propinándole varios golpecitos con la punta del dedo índice “Dale nene, pasá que primero te va a atender a vos”. En ese momento eterno, pensé de todo un poco, pero justamente ahora, no recuerdo bien patente que era lo que pensé. ¡Ja ja! ¡Que loco! ¡Que cagazo! El empleado cuando le dijo que pasara a la oficina se metió detrás de él, pisándole los talones.

De repente salió el oriundo de Avellaneda con las pupilas aguachentas y los cinco dedos marcados en la cara. La sombra de la barba todavía no se dejaba ver, por lo tanto, el sopapo, que le reventó la mejilla, sobre la piel suave del chico, quedó al rojo vivo.-

-¿Quién te pegó? El policía Luchy?

-¡Nooo! El empelado me pegó, masculló el pibe, haciendo lo imposible por no llorar.

-¡Que hijo de puta!!!.- Susurre confundido.

-Me pegó, porque dice que yo le falté el respeto al Director, cuando miré para abajo. Y yo...yo..y...,-tomó aire y continuó-, yo nunca le falté el respeto ¡Loco!.- Reprochó con timidez.

-¿Pero cuál policía te pegó?

-No es un policía el que se zarpó, es un empleado, amigo.- Protestó Luchy, y por último dijo: ¿Qué no entiendes que uno es el Director, y el otro un empleado de mierda? ¡Loco!...

-¡Bueno che, no te la agarres conmigo, guachin!

-Todo bien “Konguito”, me dijo, y acoté- Pasa que para mí todos los policías son ortivas, y la ¡concha puta que los parió!. Entonces como jugando a la mancha congelada, perdía lentamente la inocencia, sembrando en mis juguetes perdidos, la raíz del ¡MAL!, que solo en un tiempo remoto, pudo ¡quizás! justificar a mi asesino.

No sé porque a mí me despacharon. El que le pegó a mi colega, se mantuvo parado a un costado del que manejaba todo ese lugar, con las manos hacia atrás, hamacándose de adelante para atrás, con pequeños impulsos, es decir haciendo fuerza con la punta de los pies para concretar tal movimiento. Exageradamente chueco, con las piernas separadas, sentí unas tremendas ganas de gritarle:-¿Por qué no te dejas de mover un poco? ¡Viejo puto!, pero solamente dije, que yo quería ir al mismo pabellón que le habían dado a fulano de tal, a lo que el Director, con un gesto de ironía, me preguntó si estaba seguro. Le dije que sí, un tanto indeciso. Al darme cuenta que la pregunta venía con una pequeña sonrisita sarcástica, le dije:

-¿ Señor le puedo hacer una pregunta?.

-Si, dijo tan rápido como pudo.

-¿El pabellón dos es de refugiados?.

-Ja ja ja ja!!!.- Largó una carcajada espantosa, y me respondió levantando las cejas, y sacudiendo la mano izquierda para que se acomode el reloj, y dijo: Digamos que la mitad es de ingreso, pero una vez que te hacen la revisión médica, y te da el alta el tipo que trabaja para sanidad, tenés para elegir, quedarte ahí mismo con el desengome en el comedor, como todos los que están como “supuesta” población, o apenas tenés el alta, subir hasta el tres, el cuatro o a provincia, el cual vendría a ser, el que vas a ver apenas entrés al patio de recreación digamos, hacia la derecha. Pero están peleando a full, y bue... lógicamente que las carátulas de los “muchachos” y... -hizo una pausa y prosiguió- Son piolas! Son “pistoleros”, “rochos”. Pibe te escurrís.- Se acomodó la corbata, otro poco la camisa turquesa, la que combinaba con el marco de los anteojos y los sillones pulcros y reconfortantes.-¿ Como te puedo decir?- Se preguntó asimismo- Mira, dijo y chasqueó los dedos- Te voy a dar un par de ejemplos. En provincia lo tenés al “Tata” de Lugano. Él perdió por pirata del asfalto. Los hermanos “Morris”, robaron tres concesionarias de autos de alta gama. También esta el “Sandro Mansilla”, imagínate que el padre lo llevaba a robar bancos, es más, ahora, esta por el banco de Caballito, con la toma de rehenes que salió en la tele, así que no sé que pensás hacer vos.

-Pero ¿el tres y el cuatro son población? Pregunté.

-¡Sí, sí!- dijo con seguridad- Los dos, remarcó.

-Y bueno señor, súbame con mi amigo al de ingreso, y después iré a cualquiera de esos de población. ¿Usted que dice? Pregunté.

-Si pero déjame leer tu causa-me dijo-, ¡Ahhh! Estas por robar un locutorio en Palermo, seguido de una tienda de ropa, y andaban con un revolver treinta y ocho, vos, y el mayor con otro revolver treinta y dos” Decía por lo bajo, arrugando la frente brillante.- ¡Mira vos che !-siguió diciendo- A lo último se afanaron un auto en “Pompeya”, se agarraron a tiros con un “Cobani”, y le dieron un tiro en el hombro.

-Si. –contesté, haciéndome el boludo.

- ¿Y a vos te parece bonito?- Preguntó elevando la voz.

-No.-dije.

Pumm, sonaron las dos manos al golpear el escritorio, les juro que casi quedé agarrado del techo amarillo, amplio, pero altísimo, del tremendo susto por la reacción del Director, trastornado, que me toco conocer de pendejo.

-No señor-respondí empalidecido, casi muerto.

-¿Falta alguno de estos atender? ¿Maza?, lo sorprendió con la pregunta al empleado mano larga, que había dejado de tambalearse, por y a causa del julepe, por el estruendo del golpe en el escritorio moderno. Y empezó: ¡Mentira! ¡Juaaa! ¡Juaaa! ¡Mentira!-por lo visto no podía parar de burlarse de mí, al percibir mi pánico.- ¡Hay Dios mío!-con un suspiro dijo el ortiva del Director, sosteniéndose la panzota, llena de mierda y vinos finos. Mostré una tentativa de risita sin ganitas en un costado de mis labios. Sentí tranquilizarme un poco. El esclavo, perdón, el empleado, le dijo que yo era el último cabecita negra que quedaba.-

-Por lo visto, taaaaan chorros, que digamos no son con tu compañero el mayor de edad ¿no? ¡Mm...mmm...!-hizo con la boca cerrada.

-Más o menos-contesté medio avergonzado, mirando sin ver los baldosones del piso blanco y negro.-

- A ver, dame tus datos pibe, todos tus datos.-mientras él iba anotando en un tipo de boletín color naranja, mordisqueándose la punta de la lengua. Levantó la mirada, diciéndome:-Pibe, te leo en voz alta, y si hay algo que esta mal, decime. ¿Listo?

-Si, respondí-

-Numero de causa N° 1132/9. Fecha de detención: 16 de Julio del año 1996. Fecha de nacimiento: 5 de Septiembre de 1981. Dirección: Itaty y Montiel, barrio Villa Albertina. Localidad: Lomas de Zamora. Altura 1902. DNI 28.825.976- Carlos Alberto Mena Miranda. Delito: Robo calificado. Dos hechos. Uso de armas de guerra y de uso civil, y robo agravado en grado de tentativa. Todo en concurso rel. Resistencia a la autoridad con tentativa de homicidio. ¿Esta Bien?-

-Si Señor.-

-Señor director! Decime.-

-Señor Director. -Le repetí.

-¡Muy bien! Ah! ¿Tenés apodos?.

-¡No!, Señor Director.-El tipo rió, y por dentro dije. Si, “Konguito de Lomas”.-

¡Pla, pla! Aplaudió dos veces, y me dijo que me iba a subir al dos, pero una vez, que me den el alta médica, me pasaba con Luchy al tres.-

-¡Si! Está bien-contesté.

-Anda nomás-murmuró.

Intenté tragar saliva, pero no pude. Giré sobre mis pies, y me fui con Luchy, caminando con el empleado en forma de custodia,

arrastrando una bolsa invisible. Cargada con miedo a todo ese mundo oscuro, y despiadado. Incertidumbre, desconcierto. Era un pingüino del barro, perdido en la “Antártida de fierro”, violaciones, injusticias y hormigón. Y en un momento dado “Bigy”, abrió la puerta que daba a el patio amplio, custodiado por tres pabellones a la vista, con pequeñas tribunas de cemento a su alrededor.

Cuando le pregunté al hombre que llevaba la delantera, revoleando un manajo de llaves tintineantes, que me ponían los pelos de punta de punta, para saber donde quedaba lo que sería mi nueva casa, vaya a saber por cuanto tiempo, él me respondió:

-¿Ves las gotitas de sangre?.-

-Si-dije.

-Bueno... agachen las cabecitas, y vayan siguiendo el caminito.

¡Uuy! Para que! Un frío paralizante se adueñó de mi espalda, y parte del abdomen. El suelo era un reguero de sangre en dirección hacia una enorme reja. El olor era nauseabundo. Se me contracturó la cara y mis labios se resecaron. Contenía el aliento en cada paso que daba. El semblante de Luchy comenzó a demacrarse, hasta que en un momento palideció con un tono más blanco que el blanco. Tiró un cabezazo para atrás y dos para un costado, después dió un medio giro y se desplomó. No supe que hacer, el empleado que estaba con mi amigo, me hizo esperar en el corazón del patio, justo donde resaltaba por estar pintado con un blanco chillón. Estábamos en el medio de la chanchita de fútbol.

Se ve que el enfermero no estaba muy apurado por ayudarnos. Tardó como media hora en venir. Lo levantaron aún inconsciente y se lo llevaron a sanidad. A mí me llevaron nuevamente a la Dirección. .

A Luchy lo atendieron y quedó en sanidad, todo un día, hasta que le dieron el alta. Las causas, fueron que no estaba bien alimentado. También la tensión, y el nerviosismo ganaron la partida en un pibe de trece años como el Luchy. Cuando despertó Luchy ingresó al nuevo chico, donde lo patotearon entre varios chicos. Era nuevo y muy chico. Cobró mal. Un policía y un empleado lo rescataron, pero en vez de llevarlo a sanidad para que lo curen se lo llevaron a una celda de aislamiento. Lo violaron toda la noche. Desde mi celda escuchaba los gritos del Luchy. Estuvo engomado una semana. Todas las noches el mismo empleado y el mismo policía lo violaban por turnos. Al octavo día el Luchy apareció ahorcado.

Esa fue mi primera semana en un Instituto de menores. Debería contar mi historia, pero mi historia es igual a la de todos los que pasamos por un Instituto de Menores. No la pasé ni mejor ni peor que el Luchy, y el Luchy no la pasó ni mejor ni peor que miles de pibes que estos momentos están siendo “rehabilitados” con la misma metodología que se le aplicó al Luchy. Sépanlo. Los Institutos de Menores están igual o peor.

Insisto, recién ahora debería empezar mi historia. Pero mi historia no tiene importancia. Mi historia es igual a la historia de todos. Historia que fue el principio de una carrera de chorro que culmina en una cárcel de máxima seguridad. Inicio y final. En el medio, mucha oscuridad, mucha soledad, mucha violencia. Ningún justificativo.

Es lo que hay, es lo que fui. Es lo que no quiero volver a ser. Es lo que no seré. .

ADAPTACIÓN

Fabián Miculán

“Ortiva, ortiva, eh... a vos te digo, vos sos ortiva ¿qué onda? Decís que estás por robo y allá en las celdas mandaste en cana”.

Esas fueron las peores palabras que escuché en mi breve estadía en ese instituto de menores de Capital Federal. Pero el problema, sin darme cuenta, lo venía arrastrando desde el segundo día desde que estaba preso. Pero para llegar hasta el inicio del mismo, les voy a contar cómo fui a dar a ese lugar.

A los dieciséis años trabajaba de empleado en una carnicería a una media hora de mi casa en Lomas de Zamora, el lugar le pertenecía a un amigo de mi viejo, el que decidió darme una mano para que pudiera dejar atrás las malas juntas y desistiera de hacer las macanas a las que estaba acostumbrado en la villa. Trabajar, trabajé desde chico, pero también mi vida completa la viví equivocado. Si, hoy, recién a los treinta y cinco años, les puedo decir que fui un ignorante. Siempre miré el vaso medio vacío, quería tener todo sin valorar lo que sí tenía. Pero en fin, un Viernes Santo después de trabajar, alrededor de las tres de la tarde, estaba parado en la vereda junto a otros pibes, hablábamos de lo que íbamos a hacer el fin de semana, baile, mujeres y esas cosas. Todos los planes giraban entorno de la plata, el efectivo, la mosca, la viyuya, el vil metal. En eso se acercó uno de los pibes y me preguntó que iba a hacer más tarde, “¿trabajás?”, “no- le contesté- hoy no”. Le pregunté por qué, si quería hacer algo y me dijo que no, que si yo iba para Capital y traía un auto, que no lo tire, que el sábado sí tenía un trabajo. Más

rápido no pude salir y como no encontraba a nadie, le pedí a Lucas que me acompañe. Lucas, en realidad es Triki Traka, un pibe que se crió en la esquina de la casa de cualquiera, un loco bárbaro tirando a retardado, pero el más educado de todos los que nos juntábamos en la villa. Como era de esperar se puso contento, la invitación le encantó.

Salimos para el barrio de Once alrededor de las dieciséis horas. En el colectivo, todo el viaje planeaba lo qué tenía que hacer y por dónde iba a volver. En cuarenta minutos estábamos en la plaza frente a la estación, como nunca estaba completamente vacía, una desolación, no andaba ni el loro... bah, en este caso ni las palomas. Pero eso no hizo que desistiera, claro, cómo me voy a dar cuenta que estaba todo desierto por el feriado, si era un ignorante, caminé más o menos dos horas buscando a quién robar. Anduve por los barrios de Capital Federal, cómo les explico la magnitud de lo qué caminé, qué sé yo, ya ni me acuerdo lo que caminé, por eso, lo mejor es que vaya a los bifés. En una esquina estaba un hombre con su auto. ¡Bingooo!, dije, “es ese, vamos a llegar, ese Triki”, “dale, dale”, me contestó. Nos subimos cada uno por una puerta distinta, y el hombre no tuvo tiempo a nada, le dije que no se bajara, que siga manejando y de esa manera nos fuimos con dirección al barrio de Pompeya, mientras tanto lo iba despojando de sus pertenencias. A unas cuadras del Puente Alsina le ordené que se estacionara en la esquina. Era el mejor sitio que encontré, oscuro y sin nadie que la transitara, parecía el lugar perfecto para dejar abandonado y sin sus cosas a ese sujeto que lo único que me pedía era que me quede tranquilo, repetía cada dos minutos las mismas palabras. “QUEDATE TRANQUILO, quedate tranquilo, el auto tiene seguro, yo no pierdo

nada que valga la pena como para que me pase algo y menos que te pase a vos que sos una criatura. Dejame que me vaya, dejame que me vaya”. Cuando estacionó, en ese preciso momento, dobló un patrullero de la comisaría número treinta y cuatro, que andaba de recorrida, me tomó por sorpresa y me abataté, me volví a subir al auto en el que veníamos. Pobre hombre, le dije que siga la marcha, que no hiciera nada porque le iba a pegar un tiro, sin decir ni una palabra obedeció todas y cada una de mis órdenes. “Dale, acelerá, doblá para acá, acelerá, doblá para hallá”. La persecución no duró mucho en un cruce de calles, le dije que girara a la derecha, el patrullero no nos perdía las pisadas, eso me puso tan nervioso, que ni miré para dónde le pedí que doblase, me di cuenta que era una calle sin salida. Cuando el conductor rompió el silencio cuasi mortuorio en el que estaba sumergido, con un conjunto de insultos y maldiciones. “La puta que lo parió, es una calle cortada, la puta madre, te agarraron, no te hagás lastimar, por favor no nos hagas que nos lastimen, quedate tranquilo que yo no voy a hacer la denuncia”, en esa fracción de segundo lo primero que pensé fue “me voy a los tiros” ¿Pero con qué? ¿Con las armas que tenía? Ninguna de las dos funcionaba como es debido. Lucas me preguntó qué hacemos, “corré, corré, bajate y corré” mientras, que dentro de el auto sucedía todo lo que les cuento. En la calle los policías se habían puesto uno en cada vereda, utilizando los árboles de escudos, sus posiciones, acompañadas de los altos paredones de las fábricas de ese callejón sin salida, convirtieron esa vuelta equivocada en la jaula perfecta. Intentamos correr, pero a escasos metros, luego de algunos disparos intimidatorios y otros que pasaron muy cerca, me zambullí de pechito contra la vieja vereda detrás de un

cantero y ese momento llegó el fin de la aventura para darle paso al inicio de la odisea. Luego de dos interminables horas de estar tirados en el mismo lugar donde nos detuvieron, fuimos llevados a la comisaría. En ese lapso todo era como de costumbre, muy similar a las otras veces que fui detenido, por eso no me preocupaba mucho, lo peor que podía pasar era que mi viejo me diera una paliza. En ese momento pensé “una mancha más al tigre no lo va a matar”. El tiempo que pasó desde que llegamos al destacamento y nos dejaron en una oficina hasta que entraron dos policías, no recuerdo cuanto fue, lo que sí sé es que fue breve. Los oficiales nos pidieron los datos, nuestros nombres, direcciones, los nombres de nuestros padres y/o tutores y se fueron. Tanta frialdad e indiferencia me desconcertó. Hasta ese punto ni un solo insulto, ningún agravio físico o verbal, tanta calma me hizo desconfiar y cuánta razón tuve en desconfiar. En esa oficina, la espera se tornó perpetua, me la veía venir, todo indicaba que sólo era la calma que antecede a la tormenta.

Lucas dormía plácidamente en un sillón sin nada que le quitara el sueño, aparentemente o, por lo menos eso creía, hasta que entrada la medianoche el cansancio, el hambre y el frío, que se adueño de todo el cuarto, se aliaron para que yo también dejase caer mis pesados párpados para sumergirme en un profundo sueño, el mismo que minutos más tarde fuera interrumpido por el golpe que dio la puerta contra la silla giratoria en la que estaba descansando.

— Vamos, vamos, levántense que se van para el instituto, ¿qué se piensan, que están de paseo?

- No, ¿cómo que nos llevan a un instituto? A nosotros nos van a retirar nuestros papás, ¿qué no les avisaron todavía?- Pregunté entre desconcertado e inundado por el miedo.
- ¿Qué? ¿Qué te pensás, que acá es cómo en provincia?, já, já, já já. Sí te van a largar, pero primero vas a estar lavando ropa por unas semanas. Dale, suban al patrullero que se van para su nueva casa.

El viaje hasta el reformatorio no duró nada, cuando me di cuenta habíamos llegado. Las calles seguían desiertas, miré a mí alrededor y lo último que pude ver fue el patrullero y los enormes muros que rodeaban el viejo edificio que se hallaba en el barrio de La Paternal.

Entramos por una puerta de color blanco. A unos metros cruzamos otra de color gris, toda la estructura era muy antigua, excepto el cuarto donde nos condujo la puerta de color gris. Las paredes rústicas, el techo de chapas no estaba lejos del suelo. En su interior solamente había unos cuantos muebles, dos sillas, un escritorio y un viejo y descolorido gabinete con varias puertitas. Allí dentro, dos sujetos. En una de las sillas se hallaba sentado uno de ellos, con cara de pocos amigos, bigotes anchos y tupidos, su pelo color plata y una barriga prominente le daban los rasgos perfectos, su apariencia concordaba justo con su personalidad, altanero, soberbio, repugnante. Ver a ese sujeto me causó un desagradable escalofrío, en cambio su compañero encuadraba más en el estereotipo de una persona agradable, pero su trabajo lo realizaba a rajatabla. Mientras el gordo cara de sorete nos preguntaba nuestros nombres direcciones y todas las cosas de rutina, su compañero nos ponía al corriente de las normas de convivencia y de nuestras obligaciones,

nos fue poniendo al tanto en cosas que desconocíamos, por ejemplo de cómo nos tendríamos que dirigir al personal de seguridad, nunca en forma de igual a igual, siempre tratarlo de usted o en su defecto de empleado.

Mientras estuvimos en ese cuarto solo pensaba en qué me deparaba mi suerte, yo sabía bien que no me dirigía a un parque de diversiones o a un picnic, por la poca experiencia adquirida en mis otras caídas. Sabía de sobra que los demás chicos no me recibirían de la forma más agradable, eso lo tenía muy presente, tanto que, por pensar en ello, pasé por alto los insultos del gordo cara de ojete con bigotes. Mientras tanto el otro empleado sacó del gabinete dos juegos de sábanas completos con frazadas y fundas para almohadas. Mientras se acercaba nos fue diciendo los cuidados que debíamos tener con estas prendas, las sábanas, todas las mañanas, las cambiaríamos junto con las fundas, mientras que las frazadas una vez por semana. Dejó bien claro que si las prendas las devolvíamos rotas o faltaba alguna, nos castigarían con una sanción disciplinaria que nos restaría puntos de conducta, pero mientras nos decía eso no dejaba de gesticular con la mano derecha, dando a entender que nos fajarían. Una vez que nos entregó estas cosas que les cuento, se dirigió a la puerta y nos ordenó que lo sigamos, antes de retirarme saludé a “bigotes”. Lo saludé porque quería que piense que nada de lo que dijo o hizo me molestó y también para causar una impresión distinta a la que ellos esperaban.

Caminamos detrás de este sujeto unos metros, ni por un instante pude dejar de observar a mi alrededor, quería saber dónde me estaban metiendo, por las dudas que necesitase llegar a la salida sin la compañía

de nadie. Lo que más llamó mi atención fue un conjunto de palmeras que sobresalían de los altos muros y del resto de la vegetación de el hermoso jardín que adornaba o, intentaba inútilmente, hacerle mella con sus tonos alegres al blanco pálido de las paredes y al negro mate de las rejas y ventanas, cubiertas por estos colores, esa estructura era toda tristeza. Se clavó en mi pecho una angustia tan profunda que no la puedo describir con palabras, una simple comparación, la tristeza que me causó fue tanta, que por unos instantes el miedo desapareció. Varios metros caminamos sin detener la marcha hasta llegar a la galería, subimos dos o tres escalones y nos detuvimos frente a una escalera muy antigua, toda de mármol, el interior era distinto a la fachada del exterior, las puertas de las oficinas, los bancos, muebles, los herrajes, incluso la baranda de la escalera eran de estilo colonial.

El empleado que nos acompañaba dijo que esperemos cinco minutos sin movernos y sin hablar con nadie, igualmente al ser de madrugada no vimos a nadie. Él se dirigió a una de las oficinas, pero así como entró, volvió a salir, pasó junto a nosotros sin decir nada, se paró junto a una puerta de rejas, dio dos golpes diciendo repetidas veces “paso, paso” y de el otro lado le contestaron con un silbido. Miré para ver de dónde provenía y vi que otro sujeto se acercaba con un manojó de llaves, se hicieron unas bromas entre ellos, no le di la mínima importancia, me preocupaba más por saber a dónde nos llevaría el corredor detrás de la reja. Sin esperar que me digan nada enfilé en dirección a ellos, en ese instante volvieron a bromear, pero en esta oportunidad sí presté atención, sus bromas nos involucraban. Recuerdo

muy latente cómo se mofaron, a sabiendas que sus chistes efectivamente lograrían incomodarnos, textuales fueron las palabras.

- ¿Qué me trajistes? ¿Carne fresca? Mirá la carita de tiernitos que tienen.
- Si son primerizos, pero guarda que andan de caño.
- Já, já. ¿A sí? ¿Qué trabajan en Aguas Argentinas? ¿Por qué no le pegaron un baño estos mugrientos, entonces?
- No, si estaban limpitos cuando salieron de sus casas para cagarle la vida al pobre tipo que le quisieron robar el auto, pero andan desde las seis de la tarde tirandose al piso, desvistiéndose y vistiéndose, mostrando el culo a cada rato, por eso están así.
- Bueno, no importa que estén sucios, los voy a meter en la celda con los violines que se cogieron al que sacamos hoy. Que les rompan el orto, se les van a ir las ganas de robar, van a ver que no es joda hacer cagadas.
- ¿Che como se cogieron ese guachito? ¿Vos no los escuchaste?
- Sí, pero yo no me meto, si los cogen es su problema, yo cumplo con el horario y me voy a mi casa, no vengo a salvarle el culo a nadie, já, já, já, já.

Mientras escuchaba lo que hablaban, no dejaba de visualizar ambos lados del corredor. Recién ahí vi los primeros calabozos, el comedor y las duchas. Todo estaba cubierto por un silencio ensordecedor, a medida que me internaba en las entrañas de la interminable galería, me tornaba más sensible. Me invadía el pánico, la incertidumbre me ahogaba por el miedo, sentía que los poros de todo el cuerpo se cerraban, me faltaba el aire, el no saber qué me deparaba el destino, hacía que los sentidos se

agudizasen, el olor a humedad impregnado en el ambiente empapaba mis papilas gustativas, por mis oídos entraba todo lo que observaba, el tacto se entreveraba con el olfato. El silencio, el silencio me aturdí. Era tanto el miedo que sentía que un corredor de unos cuantos metros parecía interminable. Llegamos a otra reja y nuevamente las palabras mágicas, “paso, paso” mientras esperábamos que del otro lado entre en escena un nuevo personaje. El empleado que nos condujo hasta ahí se despidió del bromista y nos dijo que si queríamos estar bien, lo único que teníamos que hacer eran dos cosas: no buscar conflicto y obedecer al personal, de esa manera nos evitaríamos muchos problemas.

Del otro lado de la puerta se apersonó un hombre bastante mayor, delgado, su rostro portaba salvajes simetrías por el paso del tiempo. Antes de darnos paso, nuevamente el chistoso invocó esa frase que, para mi entender, a él le parecía graciosa.

— Carne fresca, carne fresca te traje para los leones, metelos con los violetas que los caguen cogiendo, já, já, já, já.

El otro sujeto solo asintió con la cabeza, pero sin que en su rostro se inmutara una sola de sus arrugas. Antes de llegar al lugar donde por fin podríamos descansar unas horas, entramos en un cuartito y nuevamente nos pidieron que nos desvistamos, revisaron las ropas buscando vaya a saber qué, verificaron que no tengamos ninguna lesión o golpes, firmaron unos papeles y luego nos dijeron que los firmemos nosotros y pongamos el pulgar cubierto con tinta al final de cada hoja, el veterano dijo que lo esperemos, tomó la llave de su cinturón y acompañó al cómico a la salida. Una vez que regresó por nosotros nos habló en una

forma distinta a la que nos hablaron todo el tiempo desde que nos detuvieron.

— A mí no me importa lo qué hicieron para llegar acá, lo que sí les digo, es que depende de ustedes como los van a tratar mientras no le den problemas al personal, todo lo demás tiene solución, las peleas con los otros pibes, las autolesiones; si se lastiman, los únicos perjudicados son ustedes. Este lugar a donde los llevo, es transitorio hasta que los atienda el director del colegio, traten de hablar poco y no se metan en cosas que no les compete. Más que eso no les puedo decir, lo único que puedo agregar es que esto es un trabajo para mí, pero cuando salgo de acá, en mi casa me espera mi familia y tengo hijos casi de su edad. ¿Ustedes son compañeros?

— Sí, sí - respondí.

— Bueno, los voy a meter en la misma celda, pórtense bien y hagan caso. Vengan por acá, traigan sus cosas.

Salimos del cuartucho, caminamos unos pasos y nuevamente dimos con otra entrada que desembocaba en otro pasillo, aunque más pequeño, pero similar al anterior, con puertas de rejas a ambos lados que permitían ver a través ellas. Volvió a tomar el manojito de llaves de su cinturón y abrió el candado de la primer celda sin que nos diga nada, nos metimos en el habitáculo de dos por dos, donde solamente había una cama con dos colchones. Antes de irse dijo que aprovechemos para descansar, que a las siete de la mañana llegaba el horario de las duchas y luego el desayuno. Antes de que se fuera, le pregunté la hora, miró el

reloj y dijo que teníamos menos de dos horas para dormir, se dio media vuelta y se fue.

Por unos instantes me senté en la cama envolviendo frazada y sábanas con mis brazos, miraba las paredes descoloridas, llenas de tatuajes indiferentes. Mientras leía algunos de los nombres de pibes y localidades, al mismo tiempo pensaba que todo se fue al carajo y todavía faltaba lo peor. Esto recién empieza, esto recién empieza, todavía falta la reacción de mis viejos, ir al juzgado, que me lleven a un pabellón, y ahí se vendría lo peor: la convivencia con los pibes, eso era a lo que más le temía. Sabía de sobra que los primeros días serían muy difíciles. Sin conocer a nadie, la poca experiencia que tenía no serviría de nada. En un momento vi que Triki hacía lo mismo que yo, sentado al lado mío, sin emitir ruido alguno. Puse fin a ese instante luctuoso, emitiendo un chasquido con los dedos de la mano derecha y, a su vez, gesticulé dos o tres veces y dejé emerger desde lo más profundo de mis pulmones un suspiro árido, acto efectivo para que mi compañero, previo a romper el silencio, me diese un abrazo tan fuerte que pude sentir como nuestros corazones retumbaban como una estampida, y dijo:

- No pasa nada, cabecita, somos menores, el lunes nos vamos de el juzgado, ahora no nos largan por el feriado, no estás mal, ¿vos qué decís, nos van a largar no?
- No sé, Triki, ojalá que sí, ¿pero no viste que todos los policías, hasta los de acá, dicen que vamos a estar unos meses? El problema en este momento es como la vamos a pasar acá adentro. Vos sabés que nos tenemos que hacer respetar, estos

guachos viven zarpados en ayudín... vamos a mular a todo ritmo.

— Si, ya sé, cabecita, de eso ni hablar, pero estos que están hace rato, seguro tienen púas ¿cómo vamos hacer?

— No sé, no sé cómo, pero si es con vos... es conmigo. Los dos tenemos que estar juntos todo el tiempo. Lo que más me preocupa es cuando se entere mi viejo, otra paliza más para todos en casa... y cuando me agarre.

— ¿Sí, no? Si Chiche te mata, es loco Chiche, cabeza. Mal por la Antonia y tus hermanos, cabecita.

— Si, mal.

El silencio se apeó copando la parada para dar riendas sueltas, a galope tendido, campo adentro, a la reflexión. Lejos quedó el miedo a lo desconocido. La angustia de tener la certeza de lo que ocurriría en casa cuando mi papá tuviera la mala nueva. ¡¡¡Fue reina y soberana!!! La iba a hacer responsable a mi vieja como de costumbre cuando algo malo pasaba en casa, y la reacción a los problemas solo desencadenaba otra golpiza. ¿Quién sabe, qué era lo que conseguía? Quizás creía que reaccionando de esa forma expresaba lo mal que se sentía por recibir una mala noticia. No sé. De lo que estaba seguro, era que mi mamá correría nuevamente con los gastos del evento que representaba el cagadón de el que solamente era yo el único responsable.

El tiempo que nos quedaba de tranquilidad desapareció en el momento que un empleado abrió el candado de la reja de el pasillo. Digresión inevitablemente. En este punto me siento abrigado a derrapar en dirección a la redundancia, pues, removiendo el pasado para

contarles esta parte de mi vida, me doy cuenta que las cicatrices que pensaba solo eran eso, cicatrices que nunca cerraron, solamente sanaron superficialmente, de eso se darán cuenta a medida que trascorra esta historia. Inevitablemente cada palabra, cada secuencia lo confirma: el pasado vuelve y se manifiesta latente en mí con cada recuerdo, recuerdos que dejan en evidencia la ignominia a la que me expuse, no sé si consiente o inconcientemente. Si estoy seguro, y esto es inapelable, el grado de ignorancia en el que viví gran parte de mi existencia, lo que va a despertar todo tipo de sentimientos. No lo consulto, no lo dudo ni siquiera me da vergüenza, menos que menos me da orgullo. Pero gracias a haber pasado por todos esos momentos, lujuriosos, incoherentes, sádicos y sobretodo masoquistas, es que hoy soy quién soy y sé todo lo que es malo y lo que es bueno; lo que está bien y lo que está mal.

Es por eso que desde este punto en adelante notarán el cambio en la forma de narrar las secuencias que anteceden a mi llegada a este proyecto de cambio, a el primer peldaño de la cuesta arriba que representa tratar de ser alguien; por eso decidí empezar con la literatura. En ella encontré una manera de desahogarme y, fundamentalmente, para dejar de ser...

De ser una mentira o no sé lo qué era. O tal vez soy y lo niego todos los días. Pero por más que mi pasado no se pueda cambiar, mi presente y mi futuro sí. Consciente de esto, es que sentado frente al monitor de la computadora, pienso y pienso la forma de contarles aquellos momentos, y entre todas las que se me ocurren, ésta es la más directa. Por último, y de esta manera entraré en la cuestión que nos compete.

“Vamos, vamos, arriba empezó el día”. Esas palabras pusieron fin a la tranquilidad que sentía, aunque solo la disfruté por unos instantes, nunca quise que terminara. El empleado abrió las celdas de dos en dos para que fuéramos a lavarnos la cara y las manos y el que podía los dientes, si tenían pasta y cepillo. Con Triki apenas nos enjuagamos la boca porque no teníamos toallas, lo cómico fue que las toallas se las teníamos que pedir al empleado, pero bueno, antes de entrar otra vez a la celda, le pregunté a un pibe que salió junto con nosotros al baño, dos o tres cosas, entre ellas si sabía la hora del desayuno, me contestó que cuando terminaran de sacar al baño, nos iban a llevar al comedor. De nuevo, dentro de la celda, Lucas empezó con las preguntas, preguntas que solo podía contestar de una sola manera, “no sé, no sé, vamos viendo, yo tampoco estuve antes acá”.

Mientras esperaba la llegada del siguiente paso, me acerqué a la reja para ver al resto de los pibes que estaban ahí, para ir conociendo a los posibles adversarios. Todos pasaron frente a mí. Algunos saludaban, otros enfilaban a higienizarse con la vista fija en el suelo y las manos entrelazadas en la espalda, ninguno parecía ser muy peligroso, aunque dos de ellos sí llamaron mi atención. Uno, porque justo frente a la celda en la que me encontraba, saludó a otro con la mano y un beso en la mejilla, pero eso no fue lo más llamativo, sino el movimiento de sus puños, la seña que le hizo y cómo se reían. Por un momento pensé que habría problemas, pero nada que ver, todo era un juego entre ellos. Desde ese momento no pude dejar de prestar atención a ese par, para colmo el compañero de celda de uno de estos sujetos, sobresalía del resto por su aspecto; sus ropas eran trapos andrajosos, la puntera de las

zapatillas brillaban por su ausencia, el pelo enmarañado, o mejor dicho parecía una cama de perro, se notaba a simple vista que también era su primera noche en ese lugar, la imagen encuadraba con la apariencia de un chico de la calle. ¿Qué tiene de raro encontrar a un chico de la calle en un instituto de menores?, creo que nada, pero de este, lo que nunca dejó que me olvide. Llegó unas horas más tarde cuando nos llevaron a Sanidad para que nos revisen si teníamos alguna lastimadura, golpes, lesiones o enfermedades. Con el pasar de los días aprendí que eso se llamaba “psicofísico”, era parte de la rutina. A partir de estos chequeos pasábamos a tener una historia clínica. Lucas y yo solamente respondimos preguntas sobre las enfermedades que tuvimos, caries y sobre todo nos preguntaron por los hongos y pediculosis, pero a él lo desvistieron, se pusieron guantes y con unas maderitas lo fueron revisando mientras dos enfermeros inspeccionaban, un tercero anotaba todo en un papel, cuando le revisaron la cabeza nos pidieron que salgamos de el consultorio, cerraron la puerta para que no viéramos lo que ocurría, pero eso no impidió que escuchemos la forma en que lo maltrataron. Luego de varios minutos se abrió la puerta y de el chico andrajoso que conocí unas horas atrás, solo quedaba el recuerdo sus ropas, a sus pies los cubrían un par de alpargatas Pampero, la porra que lo destacaba de el resto, se esfumó, pero en su lugar quedaron dos parches de gasa con yodo, uno en la mollera y el más grande en la nuca, los piojos se lo estaban comiendo vivo. ¡Qué hijo de puta!, me acuerdo y me pica todo el cuerpo, para colmo al otro día, en el horario de la ducha, se sacó los parches. De uno le colgaba un gusano. ¡La puta que

lo parió!, él, como si nada contaba que cuando lo pelaron la habían sacado sietes gusanos más.

Los recuerdos me traen otros recuerdos, por ese motivo... las desviaciones de los hechos. Pero repasando lo que les vengo compartiendo, me doy cuenta que todavía no les he contado el primer inconveniente que tuve en ese lugar.

Bueno, luego de lavarnos la cara, nos llevaron a un comedor donde había pibes de otro pabellón, viendo cómo se manejaban los demás que estaban en el mismo lugar, me acomodé en una mesa junto a mi compañero, en ese momento se nos acercaron cuatro o cinco chicos, nos preguntaron de dónde éramos y por qué estábamos presos. Respondí todo lo que querían saber y les pregunté lo mismo para tratar de hacer una charla, sabía que no podía demostrar debilidad. La hora del desayuno se extinguió, y de nuevo a la celda. Todo parecía normal, por eso mis nervios se tensaron, lo único que falta era que llegara el conflicto y este no se hizo esperar.

A media mañana, cuando todo estaba en silencio, el pibe que tenía a su compañero frente a mi celda, lo llamó para hablar de lo que sea. Se notaba que estaba aburrido. Por un rato divagaba, no decía nada importante, pero cuando a la conversación se sumó otro que, para mi entender, no sabía de lo que estaban hablando, la charla tomó otro rumbo: ahora planeaban una fuga a los gritos y se repartían las funciones que cada cual cumpliría. La estrategia consistía en los siguientes pasos: esperarían la hora del almuerzo para estar todos juntos, de esa manera sería fácil reducir al guardia. Mientras escuchaba sus planes desde la cama, Triki se acercó a la puerta, por eso el individuo de

enfrente lo sumó a la charla, cuando me dirijo a este personaje despectivamente como individuo, es por que no encuentro un calificativo que lo describa como era en realidad

En fin, Lucas mordió el anzuelo y se sumó al movimientos, todos por la libertad, já, já, já, já, es inevitable no reirme, escucharlos daba risa, en el instante más entretenido me acerqué a la reja, no sé por qué, pero gracias a eso pude ver que en la entrada del pasillo estaba el empleado escuchando todo, le señalé con el dedo a Triki y le dije en el oído que salga de ahí, lo mismo traté de hacer con el otro sujeto, pero nunca entendió mis señas, en menos de cinco minutos se abrió la puerta de el pasillo y entraron muchos maestros, o empleados, cómo sea. Nos abrieron las puertas, ordenaron, valiéndose de amenazas e insultos, que nos paremos al pie de la celda. Una vez que nos formamos, uno de ellos ordenó que pusiéramos las manos atrás, agachemos la cabeza y miremos el suelo, después empezó una especie de interrogatorio desbordado de burlas, el tono que utilizó, no sé cómo describirlo, pero las palabras fueron estas:

— Bueno muchachos, les voy a dar la oportunidad: los que se quieren escapar, que se hagan cargo de que solamente estaban matando el tiempo, charlando como unas mujercitas de los planes que tienen para estar con sus noviecitos, lo mejor que pueden hacer es eso, porque les voy a dar una paliza, o también, si son tan guapitos, háganse cargo de lo que estaban hablando, los saco un ratito para las duchas y vemos si me pueden reducir o apretar, que yo sé cómo piensan hacerlo, pero bueno, a no quejarse, lo importante para todos en este momento es que se

hagan cargo, porque si no los voy a sacar de a uno y les voy a dar una cagada a palos, y alguno me va a decir quiénes son los de la fuga. Les doy diez minutos para que lo discutan entre ustedes, ahora me retiro, cuando vuelva quiero la respuesta que más les parezca, pero la quiero, ah... otra cosa, yo no soy como ustedes, yo, yo soy varoncito desde que era una criatura. Hablen tranquilos, hablen tranquilos.

Repitió mientras les señalaba a sus compañeros que saliesen. Cuando se fueron miré que no esté ningún policía cerca y les pregunté a todos que pensaban hacer, ninguno decía nada, los miraba como se hacían los boludos, tan malos que parecían, manga de cobardes. En ese momento les dije lo que parecía más correcto, por lo menos para mí.

— Miren muchachos, yo no voy a mandar en cana a nadie, pero es la primera vez que estoy en un lugar de estos y no sé cómo pegan y no da para terminar mandando en cana o por ahí no. No sé, pero tampoco da para que nos peguen a todos por alguien que no se quiere hacer cargo, fíjense ustedes.

Con ese pequeño discurso conseguí que los responsables, sean más valientes y reconozcan su participación en los planes del motín. Cuando volvió el empleado no tuvo que preguntar nada, los tres involucrados levantaron la mano y se hicieron cargo. Les dijeron que salgan; al resto nos encerraron. Se fueron todos, al cabo de un minuto, minuto y medio, otra vez la puerta se abrió. Desde la cama vi pasar primero al gordo cara de malo con las orejas coloradas y carita de tristeza, el semblante en su rostro cambió un cien por ciento; por detrás, ingresó el que estaba frente a mi celda, cabeza a gacha, triste como perro que lo abandonaron al

costado de la ruta, já, já, já, já. Segundos más tarde apareció su compañero, se notaba que fue el que mas cobró, porque cuando pasó frente a mi celda, me buscó con su mirada y en sus ojos solo moraba el odio, pero no le di importancia. Los guardias se fueron. Por un momento duró el silencio y he aquí las palabras con las que se extinguió:

- El de la ocho es ortiva. Eh, vos, el de la celda ocho, vos sos ortiva.
- ¿A quién le decís así?, gil de mierda yo no mandé en cana a nadie, vos te hiciste cargo solo, yo no le dije a nadie nada.
- Sí, vos sos ortiva y nada más. Vos no tenés derecho a nada, de acá vas a tocar, mañana en la duchas vas a ver lo qué te pasa. Los ortivas no viven en ningún lado.
- Dale, dale, mañana vemos quién es el que toca fuga, yo no soy ortiva y los derechos no me los saca nadie.

Después de ese intercambio de palabras me quedé re caliente, ese gil me gritó “¡ortiva!”, ¿ortiva?, si yo no mandé en cana a nadie, solamente dije lo que me pareció más correcto. Pero también estaba contento, el primer problema, pero también era la primera oportunidad de demostrarles que yo no les tenía miedo y que me iba a hacer respetar, bueno tampoco era el más valiente. Al rato, otra vez Triki con sus preguntontas:

- ¿Este está re loco, no cabecita? Si vos no mandaste en cana a nadie. ¿Ahora qué vas a hacer?
- ¿Qué voy a hacer? ¿Y qué voy a hacer? ¿A ver qué se te ocurre? Mañana lo agarro a trompadas, mirá si es mulo me va a decir ortiva.

- Bueno, yo le doy al compañero, si vos te peleás con uno... yo le doy al otro.
- Sí, sí, es eso lo que vamos a hacer. De última nos pegan a los dos, já, já, já.
- No te rías, cabecita, mirá si tienen púas, nosotros no tenemos nada.
- ¡Qué no! Si pintan púas agarramos los palos de los secadores o cualquier cosa, no pasa nada, es como en el baile, si cuando nos peleamos en el baile también nos pueden ganar y nos peleamos todos los fines de semana. Mañana vemos.

De esa manera terminé la conversación. El miedo que Lucas sentía se estaba filtrando por mis pies y me recorría todo el cuerpo, principalmente por el pecho y la espalda. Me acosté, entrelacé los dedos detrás de mi nuca y sin dejar de mirar el techo, pensaba en todo. Cómo sería la pelea. Qué iban a decir en mi barrio si me ganaban, si terminaba siendo mulo de ese pibe. Qué yo no iba a ser mulo de nadie, no, no ni loco, mañana lo rompo todo. Listo, mañana va ver ese gil.

Llegó el día siguiente. La reja de entrada se abrió nuevamente. El empleado se dirigió directo al fondo. Dijo dos apellidos, después escuché que alguien le contestó y el empleado le preguntó por el otro, recién ahí entendí que se trataba de mis contrincantes... bah, de nuestros contrincantes. No sé para qué los sacaron esa mañana, era domingo. La cuestión es que se fueron los dos. El día después siguió como si nada pasara, el único que se acercó a hablar del tema fue un pibe que se llamaba Héctor Faria. Primero empezó con preguntas que parecían las de rutina: que de dónde era, que cómo me llamaba, por qué estaba preso; hasta que por fin se animó:

- Ese pibe que te gritó ortiva fue para un instituto de provincia. Ellos tienen causas allá, por eso los sacaron, pero si vuelven los vas a tener que pelear, porque lo que te dijo está mal. Yo sé que vos no mandaste en cana, pero tampoco tenías que decir así. Hay cosas que no se dicen, y acá menos.
- Mirá, yo no mandé en cana a nadie, pero yo voy a pelear con el que sea, ¿sabés?
- Está bien. Si es eso lo que tenés que hacer, pero mirá que el lunes nos llevan para los pabellones y ahí saben todo lo que pasa acá, fijate cómo te vas a manejar, yo ya estuve en institutos y sé como es, los que están primero hacen la política.
- Sí, ya sé. Yo no estuve en un lugar de estos, pero si estuve en comisaría de menores, sé que tengo que pelear por un lugar para que nadie me moleste y por mis cosas.
- Sí, sí y encima por la causa que te hizo ese salame que se fue, vas a renegar mucho, seguro que alguno de los que estén acá van a ir para donde vos vayás. Es muy fea esa causa.
- Bueno, yo voy a pelear y fue.
- Si yo no digo lo contrario, ni tanpoco digo que lo vas hacer, te digo que te cuidés y no confiés en nadie, mirá tu compañero, le brinda amistad a todos y no conoce a nadie, por eso vas a tener problemas vos también, fijate en eso y en todo.
- Dale, dale gracias.
- No, no me agradecás, ni confiés en mí. Ahí nos van a encerrar otra vez, nos vemos.
- Dale, nos vemos.

Miré a mí alrededor y vi que Lucas estaba rodeado por un grupo, el mismo grupo que el día anterior se me acercó, lo llamé y nos pusimos en la fila para ir a las celdas. En el camino no le hice ningún comentario, pero cuando nos quedamos solos le dije que se cuide de todos y no sea tan confiado. Pero por la mente me daba vueltas... la conversación que tuve con el flaco Faria. El lunes seguro que iba para los pisos. Me moría de miedo por lo que me dijo, no quería pensar más y me dormí una siesta, era lo único que podía hacer para matar el tiempo.

Pasaron las horas, cuando me desperté, la luz que entraba por la claraboya se había extinguido, Triki hablaba con el pibe de los parches en la cabeza, el silbido del tubo fluorescente del pasillo, más las goteras de los grifos de las duchas, eran una tortura. Traté de no moverme para seguir durmiendo, pero el cuchicheo entre el piojoso y el retardado de mi compañero no me dejaron conciliar el sueño nuevamente. Me senté en la cama, miré el techo, las paredes, mientras pensaba: “mirá dónde estoy”, en ese momento Lucas se despidió de su nuevo amigo y se tiró en la cama al lado mío.

— ¿Qué te pasa, Triki, no podés dormir?

— Sí, dormí un rato pero me despertó el cobani, me preguntó mis datos y cuántos años tenía, le pregunté para qué era y no me dijo nada, por eso estaba hablando con el pibe de enfrente.

— ¿Para qué? ¿Qué te dijo piojito?

— Dice que acá tienen a los pibes de quince y dieciséis, y a los más chicos, en otro colegio que se llama San Martín, seguro que a mi me van a llevar para ahí, ¿vos decís que si les digo que no quiero ir me dejen acá?

— No sé, amigo, mataría que sí, pero no sé ¿Y qué te dijo el policía?

— Nada, nada.

Nos quedamos en silencio por unos minutos. Él pensando ¿vaya a saber qué? Yo en que cada vez se complicaba más la situación.

La noche maduró, el silencio se apropió de la escena, pero su estelar estaba plagado por ruidos efímeros de puertas y candados que se cerraban o se abrían, de voces, la penumbra de alguna radio a pilas, el incesante zumbido del tubo fluorescente y el constante repiquetear de las gotas de agua que provenía de los baños, todos estos sonidos impedían la llegada de el único momento en que podía dejar de pensar en el peligro que, inminentemente, me asechaba latente a medida que el tiempo trascurría.

No sé en qué momento me dormí, pero me desperté cuando escuché, el nombre de mi compañero. Le pregunté al empleado para qué era y contestó mi pregunta indagando si Lucas Moyano, era yo, le dije que no. En ese momento Triki se despertó y el polizonte le dijo: “¿vos sos Lucas Moyano?”. Él le contestó que sí. Este le indicó que se levantara, que se iba para otro instituto, la cara de Lucas cambió rotundamente. No sabría decirle qué pasó. De lo que sí estoy seguro es que moría de miedo, por lo que estábamos viviendo, nos separaban, quedábamos como Dios nos mandó al mundo: solos, solos sin saber qué nos deparaba el destino. En realidad lo que más daba miedo era saber lo qué nos esperaba.

Nos despedimos con un abrazo sin dejar de repetimos que nos cuidemos, que no nos dejemos someter por nadie y que antes de ser mulos era preferible que nos maten a piñas. En el momento que mi amigo se iba, vi que entraba otro pibe, nuevamente ¡bingo, bingo! El

pibe era nada menos que el que me había gritado ortiva. Lo que pasara con Lucas quedó en un tercer plano, ahora tenía que solucionar mi problema. Antes que se fuese el empleado, le pregunté la hora: eran las seis de la mañana. Levanté el colchón que estaba en el piso y me puse a caminar tratando de convencerme de que no pasaría nada, que todo iba a ser a las piñas.

Bueno, el momento de las duchas llegó. Miedo. Dudas, todos los sentimientos que se puedan imaginar recorrían mi cuerpo. Los nervios me carcomían. Agarrarme a trompadas desde chico era algo que me gustaba mucho, hoy, quizás por la presión de saber que si perdía, sabía que las consecuencias serían muy feas. Todos los que estaban ahí esperaban que nos trencemos, inclusive el maestro, pero cuando lo invité a pelear me dijo que no quería, que ya fue. Me pidió disculpas y no quiso pelear. Yo pensé que estaba solucionado, pero cuando el flaco Faria pasó frente a mi celda, hizo una seña y me dio a entender que no se había solucionado nada. Terminó la ducha y fuimos a desayunar. Cuando estábamos en la mesa, Héctor me explicó que de esa manera no se solucionó lo que me dijo el gil. La verdad que no entendía nada, si yo hice lo que tenía que hacer y el otro salame no quiso pelear, el cobarde no era yo.

¿Cómo es esto? Yo lo invité a pelear y no quiso, hice todo de la manera que se tiene que hacer y está todo mal, ¿cómo es esto? No entendía nada. Después del desayuno estaba caminando en la celda como un animalito en su jaula, planeaba cómo me iba a comportar frente a los demás, armaba la respuesta a cualquier pregunta, pero lo que más claro tenía era que me beneficiaría hablar poco, y eso era otro

problema que toda la vida tuve: nunca sé cuándo callarme; si no me gusta algo termino abriendo la bocota. Mientras me atormentaba solo, saltando de pregunta en pregunta, pero sin respuestas, escuché que dos empleados hablaban entre ellos mientras se acercaban a las celdas, puse atención para saber de qué hablaban, uno se quedó en la entrada, el otro se dirigió al final de el pasillo y dijo cuatro apellidos, entre ellos el mío, el de el flaco Faria, otro que no recuerdo y por último, pero no por eso menos importante, el de mi enemigo.

Nos llevaban para los pabellones, antes de retirarse dio los ribetes correspondientes, los próximos movimientos.

Primero: juntar nuestras pertenencias.

Segundo: ordenar y limpiar la celda en la que estábamos.

Tercero y último: después de la cena, pasar por las duchas para higienizarnos bien, porque antes de ir a los pabellones nos verían en Sanidad y luego nos entrevistaría el director del instituto.

En ese momento solo tenía una cosa en la cabeza, y era que si el gil hijo de mil putas iba al mismo pabellón que yo, lo iba a romper todo, por cobarde y lengua larga.

Llegó la hora de la cena, nos llevaron al comedor. Mientras comíamos, el flaco me dijo: “mirá que allá no me puedo meter si te hacen problema. Vos tampoco si me hacen problema a mí, pero yo estoy con vos. Nos tenemos que defender solos, pero después que quedemos, nos vamos a cuidar entre los dos, pero de entrada... cada uno con su camiseta, porque si no también podemos tener problemas por eso, cuidate mucho los primeros días, y con tu amigo, ya sabés qué hacer, no lo podés perdonar, le tenés que hacer problema de toque, pero no lo

podés arrebatarse, ni putearle la madre, eso no se hace. Yo comía y le decía todo que sí, pero también pensaba que el flaco me quería traicionar. Terminó la cena nos formamos para regresar a las celdas, y en el camino el empleado me dijo que me apartase de la fila y de igual forma a mi enemigo, encerraron a los demás y volvió por nosotros y nos habló de la siguiente forma:

— Ustedes dos tienen algo que resolver, por eso los dejé aparte. Les voy a dar la oportunidad de que lo resuelvan acá, porque no quiero quilombos a donde van a ir, peléense acá y no van a ir castigados o, si prefieren, convérselo, pero es su última oportunidad.

Nos miramos con recelo, pero teníamos claro que la policía no se tenía que meter en nuestras cosas, nos dimos las manos y todo quedo en nada, el empleado no dijo nada más, solamente se rió suspicazmente. Nos mandó a buscar nuestras cosas y nos llevó primero a Sanidad, con el director y por último al pabellón “Nuevo Chico”, de esa forma lo llamaban. Dejamos las cosas en la celda. Las celdas eran distintas a las de donde veníamos, eran mucho mas grandes, tenían seis camas y en el fondo de la habitación, un ventanal de dos por dos. Dejé mis cosas en una cama que estaba vacía y me dirigí al comedor donde estaban los demás pibes, apenas entré se me acercó un grupo de cinco o seis muchachos, a mi enemigo lo estaban interrogando en el otro extremo de las mesas. Las preguntas fueron las de rutina: de dónde era, por qué estaba preso, si tenía algún conocido en el lugar, si era la primera vez que estaba en un instituto y esas cosas que en ese momento y a la altura del melodrama, las contestaba en forma de ping pong o de cuestionario

de currículum para empleo, todo normal. Con el que más hablé fue con el Tito de Ciudad Oculta, él esperó que se fueran sus compañeros para decirme un par de cosas que me serían de utilidad, y también para dejar claro que él era uno de los que dirigían el lugar. En un momento miró para ambos lados, apoyó su mano en mi hombro, se sonrió y me dijo así.

— Mirá, enano, acá la política la llevamos El Oreja, que está conmigo en mi celda y El Chengua y el Kywi, ellos están en la que te pusieron a vos, pero las decisiones las tomamos los cuatros, acá nadie tiene mulo, pero los que no pelean tampoco tienen derecho a nada vos parecés vaguito, seguro que a la noche vas a tener que hacer unos combates pero no pasa nada, es para probar si podés estar bien o como eso dos que están ahí - dijo mientras señalaba a dos pibes que estaban recostados en el suelo debajo de la mesa.

— Sí, todo bien, yo no quiero problemas con nadie, si ustedes están primero, yo voy a respetar a todos, lo único que quiero es que no me molesten, yo no sé bien cómo son las cosas, pero no voy a molestar, ni quiero que me molesten.

Eso fue lo único que le pude contestar. Lo primero que se me ocurrió. No podía dejar de pensar en esos dos que estaban abajo de la mesa.

— Bueno, dale, yo les digo a los pibes que sean legales, acá nadie patotea a nadie, en un rato nos meten a las celda, mirá que si no peleás a la noche, mañana ya no podés pelear más.

— Si, dale, dale, todo bien.

— No, todo mal, ¿no entendés que acá el respeto te lo tenés que ganar?

En medio de la charla, uno de los que estaba interrogando al que ingresó junto conmigo, lo llamó muy ansioso. El Tito le preguntó qué pasó, el otro le hizo una seña, él me dijo: “esperá que algo pasa” y se fue.

Por el momento estaba todo bien, yo no dejaba de mirar todo, pero en especial a los dos que estaban en el piso, y me decía a mí mismo que antes de estar así, me iba a hacer romper todos los huesos. Por pensar en todo esto, dejé pasar el problema que tenía pendiente y ese fue mi peor error. En un momento todos se dieron vuelta y me miraron, siguieron hablando y segundos después estalló la bomba, se armó la debacle. El fin de mi tranquilidad comenzó con estas palabras, palabras que nunca más voy a poder olvidar:

— Ortiva, ortiva, eh, a vos te digo. Vos sos ortiva ¿qué onda?

Decís que estás por robo y allá en las celdas mandaste en cana.

— Yo no mandé en cana a nadie, esa es una causa que me quiso hacer este gil. Pero yo lo invité a pelear y no quiso, me dijo que estaba todo bien, que no quería pelear.

— ¿Cómo que no quiso pelear? Vos lo tenés que pelear, si a vos te está diciendo ortiva, ustedes dos no pueden vivir acá, uno se tiene que ir, se va tener que ir él o vos, enano. Acá no viven los giles, los que no pelean están de mulos, pero los ortiva no tienen derecho a nada, vos decís que es una causa, bueno que se vaya o te vas vos.

— Bueno, yo lo voy a pelear.

— Dale, ahí está, peleen en ese rincón.

Cuando me acerqué para pelear todo era miedo, miedo de perder y que me echen, miedo de ganar y tener que quedarme, miedo por no haber solucionado esto antes, miedo, miedo, miedo por todo. La pelea no la voy a describir, no es por nada en particular, simplemente es porque no la recuerdo, lo que sí sé es que cuando nos estábamos revolcando, nos separaron porque el maestro se dio cuenta y se acercó a ver lo que pasaba, los nervios eran tantos que tenía el pómulo hinchado y la boca rota y ni cuenta me daba, todo los que estaban en ese comedor se reían sin reírse, pero la alegría que tenían por el espectáculo se evidenciaba en sus rostros, la adrenalina se les disparó hasta lo más alto. Lo peor de todo fue que al otro pugilista lo habían dejado en ese pabellón, porque en el que lo tenían que llevar, estaban ocurriendo unos inconvenientes y cuando los solucionaron se lo llevaron para otro lado y no lo vi por varios días, él se fue, pero no se llevó el problema, ahora no solamente me lo dejó a mí, gracias a él, los demás pibes no tuvieron que esforzarse en nada para poder hacerme problema. Por un rato quedé solo en la esquina de la mesa, nadie se me acercaba, el sonido de la tele, las conversaciones de un grupo de pibes que jugaban a las cartas, eran lo único que se interponía ante el murmullo de los cabecillas. No podía escuchar lo que decían, pero intuía que era algo en mi contra. Terminaron su concilio y en modo de delegación se apersonaron frente a mí, el que rompió el silencio fue El Tito, los tres restantes, simplemente me miraban con cara de disconformidad. Las palabras con las que rompió el silencio fueron estas:

- Mirá, guachín, vos acá, con la causa que tenés no podés estar, acá la política es el que no pelea se va, gatos no hay, esos que ves ahí abajo de la mesa están como están por que tienen que estar así. Pero después nadie más, todos los que no pelean se van y vos tenés una re causa.
- Mire, muchacho, yo no quiero problemas con nadie, pero si tengo que pelear, voy a pelear, lo que dijo el otro pibe no es como él dice, aparte yo lo peleé.
- Sí, sí, ya sé, pero él no está más acá, y con lo que tenés que pelear es con nosotros, ¿vas a pelear?
- Sí, sí que voy a pelear.
- Bueno, primero conmigo.

Cuando El Tito me dijo así, se me cayó el cielo abajo, era dos veces mi tamaño, pero uno de los que miraba callado se metió entre medio y le dijo que no pelee conmigo, porque si lo veían peleando, lo iban a sacar de el pabellón, le propuso hacerse cargo de mí en la celda, yo no sabía que era mejor, si que al problema me lo hagan en público o al amparo de la noche en una celda, cuando el empleado no nos viese. La cuestión fue que el momento llegó, nos encerraron y, más o menos media hora, las palabras mágicas retumbaron en mis tímpanos: “dale, ortiva, a pelear. Me di vuelta y vi que el que me estaba invitando a pelear era el Kywi, con todo el miedo que la situación ameritaba, me paré frente a él, pero me dijo que no iba a pelear con él, “a vos te falta mucho para pelear conmigo”, en ese momento vi que otro pibe al que le decían Indio se acercaba con la guardia en alto, nos trezamos sin mediar palabras, el encuentro duró bastante, lo bastante como para que el Kywi lo

detuviera. La verdad no quería que paren la pelea, me estaba desahogando, los golpes que le di y los que me dio, eran más efectivos que la mejor terapia. El Chengua me pregunto cómo estaba, mientras tanto los demás atendían al Indio que estaba apenas lastimado y a mí ni siquiera un poco de agua me ofrecieron, lo único que recibí fue otra invitación a pelear, pero en esta vez no duró nada. El combate fue interrumpido por la llegada de un nuevo chico, justo antes de entrar a la celda, escucharon las llaves que el empleado manipulaba para abrir el candado, nos hicimos los distraídos para que no se dé cuenta de lo que estaba pasando. Esa interrupción fue lo mejor que me pasó ese día, por dos cosas. La segunda, pero no menos importante, porque se detuvo la pelea que estaba perdiendo; pero más que nada, la primera y fundamental fue que el pibe que llegó era el flaco Faria, cuando lo vi sentí un alivio inmenso, el flaco sabía bien como fueron las cosas, no tenía la certeza de que sirviera de algo, pero en ese momento me aferré a esa posibilidad.

Mientras los pibes lo recibían, el flaco ni me miró, se dio cuenta que me estaban haciendo pelear, le hicieron las preguntas de rutina mientras acomodaba su cama, él las respondió sin dejar de moverse de un lado al otro, por eso el Kiwi le preguntó si estaba nervioso por algo, le contestó que sí, mientras con la mano me señalaba.

- ¿Por ese estás nervioso? ¿No lo des cabida? Mañana se va ¿Qué pasa? ¿Cuál fue?
- ¿Por qué se va? ¿Qué, no está peleando?
- Sí, sí, pero no se puede quedar, es ortiva.

- El pibe no es ortiva, yo sé que él no mandó en cana a nadie y el que le hace la causa es un re gil, le cabió la psicológica, se hizo cargo de algo que se tenía que hacer y por eso le hizo una causa.
- ¿Cómo fue? ¿Pero qué onda vos? ¿Vas a sacar la cara por él?
- No, no, él saca la cara por él y yo por mí ¿Pero qué onda, no dicen que acá se hacen las cosas bien?

Mientras la conversación se prolongaba, el flaco se acercó y me dio la mano y riéndose me dijo “bien, guachín, te estás parando de mano, pero seguí así”, eso fue lo último que me dijo esa noche. Ellos seguían hablando de sus cosas cuando se sintió un golpe en la pared: de esa forma se daban cuenta que los pibes que estaban en la otro celda querían hablar con uno de los que estábamos de este lado, Chengua contestó y de el otro lado el Tito le preguntó por el pibe nuevo y él le dijo de dónde era y quién era, el Tito le dijo que lo conocía y le pidió que le diga que se acerque.

- Hola, Etitor ¿Cómo estás? ¿Otra vez en el canasto? Mal, pero bueno, esto es así.
- Hola, Tito, ¿Todo bien? ¿Y vos cuándo te vas a tu casa?
- En estos días me, voy falta que mi tía fije el domicilio y me voy.
- Bueno, amigo, te dejo, voy a terminar de acomodar mis cosas.
- Dale, dale, ahí está mi rancho y tené cuidado que hay un ortiva que mañana se va.
- Ya sé, pero no es ortiva, mañana te cuento.

Aquellas palabras me daban un poco de tranquilidad, pero también saber que sus planes eran echarme no me gustaba ni un poquito. Esa noche mientras esperaba impaciente que el sueño apareciese para poder

escapar de todo lo que estaba pasando, no podía dejar de pensar en ese hijo de mil puta, que para sacarse de encima a esa jauría que iban por él, me echó al agua, no, no, mejor dicho me usó para evitar un par de preguntas o, en el peor de los casos, un par de trompadas. En ese momento sólo podía ver lo qué estaba pasando y lo tomaba como eso: algo que estaba pasando. En vez de lo que en realidad era una lección, una oportunidad de conocer la maldad de una persona sin escrúpulos, lo que alguien sin principios es capaz de hacer para beneficio propio, la cobardía de esos débiles que muestran una cara y en realidad tienen otra, pero la vida siempre da revancha y las lecciones te las vuelve a dar una y otra vez hasta que por fin las aprendés.

Al día siguiente me desperté con los ruidos de las puerta de el pabellón del lado, el recuento empezaba por ahí. Sin levantarme de la cama miré si mis compañeros de habitación se despertaron, y efectivamente todos miraban el techo pensando en vaya a saber qué, pero bueno, cuando nos tocó el turno de la ducha estábamos todos al pie de la cama. El empleado nos dio paso, nos bañamos y de nuevo a la celda a esperar el siguiente movimiento del día. Hasta ese momento el flaco Faria no me volvió a dirigir la palabra, yo no sabía qué pensar, igualmente a esa altura nada me sorprendería, solarmente esperaba cosas malas. Nuevamente se abrió la puerta, pero esta vez para que vayamos al comedor a desayunar. El sistema era casi el mismo que en las celdas, pero ahí nos dejaban en el comedor toda la mañana hasta la hora del almuerzo, recién después de comer nos metían a las celdas para que hagamos la siesta, y a las dos y media, otra vez al comedor hasta la hora de la cena. Esa mañana nada fue como lo esperaba, me senté en una

esquina de la mesa a esperar el momento en que me hicieran problema, pero ni me miraban, no me registraban, era como si no estuviese ahí, en cambio el flaco estaba rodeado por el Tito y sus secuaces, todo era cuchicheos y risas no sabía si ponerme contento o salir corriendo, miraba para donde tenía que estar sentado el empleado y la silla estaba vacía. Desayunamos, comimos y otra vez a la celda, recostado en mi cama miraba que los demás nuevamente formaron el concilio en fondo de la pieza, me di vuelta para mirar la pared y en ese momento escuché la voz del Kiwi que me llamó por mi nombre:

— Fabián, Fabián.

— ¿Qué querés? - le dije sin darme vuelta.

— Vení, vení, vamos a hablar de la causa que tenés.

Me acerqué pensando lo peor, nada bueno sale de una reunión de pibes que están aburridos.

— Mira Fabián el flaco nos contó todo lo que pasó, acá no le hacemos la guerra a los chorros y vos estás por robo, por eso te merecés la oportunidad de pelear, pero la causa que te hizo el otro salame, es re jodida, aparte te peleaste con mi rancho y eso tampoco puede quedar así. En ese momento lo interrumpí.

— Yo peleé con tu rancho porque ustedes quisieron.

— Sí, sí, mínimo, si nosotros no queríamos no ibas a pelear nada, si no tenés derechos, pero eso ya fue, el flaco dice que te demos una oportunidad, pero todo depende de vos, si querés estar bien, tenés que solucionar los problemas que tenés.

— Si yo no tengo drama, que esté todo bien. Mientras le decía esas palabras en mi cabeza pasaban infinidad de cosas. ¿Con qué me

iban a salir ahora estos patoteros hijos de puta? Nada bueno podía esperar, ni por más que a esa altura tenía la certeza que el Flaco estaba de mi lado, el no podía meterse, eso estaba claro.

— No, no lo que vos quieras no cuenta, lo que sí cuenta es lo que tenés que hacer para que esté todo bien.

— ¿Y qué tengo que hacer?

— Primero solucionar los problemas que tenés acá, en la celda vos peleaste con mi rancho y por eso tenés que pelear conmigo y el que quiera pelear con vos, si no te tenés que ir y si te quedas, todavía tenés que arreglar lo que quedó pendiente con el que dice que lo mandaste en cana.

La puta que lo parió todo era pelear y si me iba a otro lado sería lo mismo, esos lugares son peor que los conventillos, todo el mundo sebe todo de todo el mundo y nunca me iba a poder sacar la causa de ortiva, les juro que lo único que quería era irme, pero no tenía otra opción que quedarme y recibir otra paliza, a ver si de esa manera zafaba, por otro lado el flaco estaba sacando la cara por mí, no era mucho pero era algo.

— Bueno, bueno dale.

— ¿Vas a pelear?

— Sí, sí.

En menos de lo que dije que “sí” él Kiwi me agarró a trompadas, nos transamos un rato. Del resultado mejor no hablar, después de un rato nos separaron, el siguiente fue el flaco, también me pegó, no tanto pero porque no quiso, en seguida el Chengua me salió al cruce, ese si la tenía clara, ni una vez me pegó en la cara, todas las piñas fueron en el cuerpo,

para no dejar marcas, yo parecía una bolsa de recibir golpes, querían que pidiera que no me peguen más, pero justo cuando lo estaba por hacer se metió el Kiwi. Por un rato me dejaron tranquilo, pero antes de salir al comedor el flaco se me acercó y me dijo que yo tenía que invitar a pelear a cualquiera de los que me habían hecho pelear porque si no iban a decir que peleé porque ellos quisieron. Pensé “la puta madre, esto no termina más” y ahora de qué me disfrazo, si invito a pelear a alguno y me echan, no podés tener tanta mala suerte, si el hijo de mil puta que me hizo la causa estaba en ese momento ahí, lo mataba, pero no estaba e hice lo peor que pude hacer, lo invité a pelear al que más me pegó.

— Chengua, dale, vamos a pelear otra vez.

— Dale, dale. Bien ahí.

Me contesto y le dijo a el flaco: “mirá, este quiere más, no te metás a separar. El ortiva quiere pelear, el resultado: otra paliza, pero esa es la vida en un instituto. Lo peor de todo esto es que los guardias, sabiendo lo que estaba pasando, no se metían. Después de andar como perro en cancha de bochas o, mejor dicho, más perdido que turco en la neblina, tuve la oportunidad de saldar cuentas con el cobarde mentiroso que me hizo esa causa tan fea. Un mediodía, mientras lavaba mi ropa, escuché que se abría la reja que daba al otro pabellón y quién era el sujeto, el que tanto esperé. Sin cruzar palabras, me abalancé sobre él, que ni siquiera se lo esperaba. Los maestros nos dejaron pelear por un buen rato, uno de los pibes que estaba lavando la ropa junto conmigo vio todo, cuando nos separaron los empleados nos dijeron si ya estaba, si nos sacamos las ganas. Yo decía que no, estaba lleno de odio pero el otro cobarde dijo que no quería pelear más, por eso se lo llevaron, y a

mí, por quilombero, me castigaron: no me dieron postre por una semana y me quede sin terminar de lavar mi ropa. “El castigo fue terrible”. Los empleados se rieron días enteros por mi reacción, todos sabían que lo estaba esperando.

Después que solucioné ese tema, todo fue de otra forma, en pocos días estaba entre los más piolas de el lugar. Aprendí a hacer para que no me hagan, también fui adquiriendo nuevas modalidades de robo en los institutos, el que no roba es gil, por eso sin darme cuenta me adapté y me terminé de hundirme en la delincuencia. Una vez que superás la prueba de inicio, todo lo demás es fácil.

Para contarles de peleas y problemas tengo infinidad de historias. Muchas veces volví a caer preso y siempre fue lo mismo, uno contra el mundo. Una vez que entrás en esto las opciones no son muchas, o te rescatás a tiempo o sino los caminos son la cárcel o el cementerio.

No trato de encontrar un culpable, esta es mi verdad. Los hechos están, expuestos la interpretación, es lo que falta. Pero con este pequeño aforismo resumiré lo que pienso.

*Todos y cada uno, sea cual sea su procedencia,
es dueño de ser quién quiera ser.*

De eso estoy seguro hoy y no es porque sí que me di cuenta de lo que les digo, es gracias a que después de girar de un lado a otro sin destino, tuve la suerte de encontrarme con gente que piensa que todavía no está todo perdido y apuesta al cambio, gracias Alberto Sarlo, Carlos Miranda, Marcelo “El Chuzzo” Occhiuzzo, Miguel Núñez y todos los muchachos que contribuyeron en este proyecto, que nos da la

oportunidad de tratar de cambiar. Para todos los cuenteros y verseros.
Gracias por todo.

Que hoy estemos frente a una hoja tratando de ser escritores no es casualidad... es por el esfuerzo de todos, es causalidad. Nada está escrito sobre el futuro, nuestro destino lo estamos forjando a base de pura voluntad,

LA PREPARATORIA NO DESEADA

Jorge Rivas Barrios

Me llamo Jorge, pero mis amigos o conocidos me dicen Jorgito. Y bueno, les voy a contar algo que pasé cuando tenía catorce años. Vivía en una villa de emergencia ubicada en la localidad de Caseros.

Mi familia estaba compuesta por mi mamá, un hermano menor y hermana mayor. Mi mamá, en ese entonces madre soltera con tres hijos que alimentar, se rompía el lomo trabajando para que no nos faltara nada y darnos una buena educación. Pero a veces las cosas no salen como uno quiere, y la vida en algún momento te topa con situaciones, y una mala elección te puede salir muy cara, a tal punto de poder cobrarte la vida.

Todo comenzó un jueves por la noche; me encontraba en casa con mi novia Belén, cuando de repente escuché un grito que decía:

— ¡Jorgito, Jorgito, eh Jorgito vení!

Al escuchar ese grito que aclamaba mi nombre, me levanté para ver quién era, pero cuando estaba saliendo, mi novia me agarró de la mano y me dijo:

— ¡Vos te quedás acá, no vas a ningún lado!

La miré y sin decirle nada, me fui. Al llegar vi a mi compañero Darío, que ni bien me vio, me dijo:

— ¿Qué onda, ñeri, qué estás haciendo?

— Nada estoy con La Belu, compa, ¿Por qué, qué onda?

— Uh mal ahí, te venía a buscar para ir a laburar.

— Y bueno, ahí le digo a la otra que te voy acompañar a comprar hasta La Gardel, y nos fuimos.

Entré a mi casa y le dije a Belén: “gorda, voy acompañar al Darío a los monoblocks, porque tiene Bondi por ahí, y no da para que vaya solo”. Ella sabía que no era verdad lo que le estaba diciendo y furiosa con sus cejas fruncidas me dijo:

— Andá y vení, Jorge, si en veinte minutos no llegás me voy para mi casa.

— No pasa nada, gorda, voy y vengo.

Marchamos con mi compa para su casa. Llegamos, nos pusimos los fierros en la cintura y partimos. En el camino le iba diciendo a Darío:

— Ñeri, vamos ha hacerla corta que la otra quedó en casa re enojada.

— No pasa nada, vamos y venimos de toque.

Mientras caminábamos en busca de alguna víctima para apoderarnos de sus cosas, estábamos planeando que íbamos a hacer después de robar, y entre charla y charla, llevábamos varias cuerdas caminando, no pintaba nada, cuando de repente doblamos en una esquina y nos encontramos con un Renault Megane estacionando en la puerta de su casa. Lo miré a mi compañero y rápidamente saqué el fierro de mi cintura y corrí hacia el auto gritando “¡bajate del coche!, ¡bajate del coche, porque te mato! ¡Dale, dale!”. Cuando me acerqué y abrí la puerta del conductor, el dueño del auto se me tiró encima y caímos al suelo empezando un feroz forcejeo que terminó cuando mi compañero se acercó y le puso el fierro en la cabeza y de un empujón me lo sacó de encima. Sin perder tiempo nos subimos al coche y salimos quemando gomas. En la huída me rescató que me sangraba la nariz, producto de un

cabezazo que recibí en el forcejeo. Igual era algo insignificante. Darío y yo estábamos dolidos por no poder consumir bien el robo.

Lejos ya del lugar, seguimos dando vueltas en busca de otra víctima, pero a mí ya no me estaba gustando nada la idea, por tres razones: una porque mi novia estaría enojada por la tardanza, otra porque ya habíamos cruzado varias veces el patrullero y por último la frustración del primer robo. Algo me decía que me vuelva, pero mis berretines no me lo permitían.

Así que seguimos dando vueltas, hasta que vimos un Citroën Xara estacionando en un rancho muy lujoso de dos pisos. Con Darío nos miramos y dijimos “vamos, este es nuestro”, mi compa aceleró y frenó en la parte trasera del Citroën obstaculizándole el paso. En eso me bajé con la pistola en la mano para no darle tiempo a nada. Ésta vez no íbamos a correr la misma suerte que en el robo anterior. Porque cuando me estaba acercando al coche, desde la planta alta de la casa me empezaron a disparar y yo, sin saber de dónde venían los tiros, empecé a apretar el gatillo soltando balas para cualquier lado, mientras corría para la esquina más próxima. Darío desde el coche tiró un par de tiros y salió arando. Yo seguía corriendo a esa esquina que parecía inalcanzable. Oía el silbido de los plomos que pasaban por mi oreja e impactaban en la pared, haciendo saltar parte del revoque. Al doblar vi que venía mi compañero con el auto todo baleado, frenó, me abrió la puerta, subí y huimos del lugar.

Después de varias cuadras, sentí un fuerte ardor en mi pierna, y un líquido caliente que fluía por mi cuello. Asustado empecé a gritar “¡guacho! ¡guacho! Me dieron un tiro en la cabeza y otro en la pierna”.

Darío clavó los frenos y empezó a mirarme en dónde me habían dado los balazos. Por suerte el de la pierna me había pasado de lado a lado, sin tocarme ningún hueso, y en la cabeza tenía un pequeño corte producto de alguna esquirla de los plomos que habían pegado en la pared. Yo, con un poco menos de susto y adrenalina, le dije a mi ñeri que me lleve a mi casa, él me quería llevar al hospital, pero yo no quería, una por miedo de caer en cana y otra por mi novia, que me estaba esperando y la quería ver. Darío insistía, y yo, no, no, y nooooo!!!! Hasta que lo convencí, pero por desgracia para nosotros, la mala suerte no se terminaría ahí. Porque cuando estábamos llegando al barrio nos cruzamos con un patrullero de frente, al ver que en el coche íbamos dos menores en un auto con varios impactos de balas, pegó la vuelta y nos empezó a seguir, dándonos la voz de alto.

Darío era un buen piloto, estábamos cerca del barrio, así que estaba tranquilo de que todo iba a salir bien.

Luego de varias cuadras de persecución, nos aproximábamos a la villa, pero al llegar nos encontramos con mucha gente por afuera y si frenábamos ahí, sería una masacre, por la balacera que se podría armar. Porque mi compa y yo no nos entregaríamos tan fácil. Así que seguimos un par de cuadras más hasta la villa Carlos Gardel, que la conocíamos a la perfección y sabíamos que si llegábamos ahí estaríamos a salvo.

Cuando estábamos a veinte metros de llegar al playón de los monoblocks, al cruzar la avenida Pedriel a gran velocidad, se nos atravesó un auto y al querer esquivarlo perdimos el control e impactamos con un volquete que estaba en la entrada del playón. Pese al choque estábamos conscientes, lo primero que atinamos, fue a salir del

coche. Darío bajó con el fierro en la mano y mientras corría para los monoblocks, tiraba unos tiros al aire. Por otro lado yo, herido y algo aturcido, salí del vehículo, pero ni bien apoyé un pie en el asfalto, las balas de la policía no se hicieron esperar. Y entre esa lluvia de plomos, me largo a correr, pero luego de un trote corto, con unas de mis piernas heridas, caí al piso y lo primero que me salió decir fue: “no me maten, no tengo nada, no tiren, no tiren...”.

Los policías llegaron hacia dónde estaba, gritando “¡levanta las manos!, ¡levanta las manos! negro de mierda!”, y me dieron un culatazo con su escopeta en la nuca.

“Nos hiciste correr, hijo de puta”, dijo uno, mientras el otro me ponía las esposas y, al verme todo ensangrentado, dijo:

— ¿te di, te di, no? ¿En dónde te pegué? – Yo, para que dejaran de pegarme, les dije:

— Si, don, me dio, estoy herido -. Empezaron a levantarme la ropa para ver en qué parte me pegaron el tiro y vieron que estaba herido en mi pierna derecha.

— Tuviste suerte, negro, porque te apuntaba a la cabeza -. Por dentro decía: “Pedazo de gil, ni puntería tenés, si supieras que este tiro es de un robo anterior, te morís, ortiva”.

Los policías me preguntaban por mi compañero, les digo que se llamaba José. Pero ellos no me creían, me repitieron la pregunta, les volví a decir lo mismo, y me dijeron:

— ¿A, sí? Ahora nos vas a decir la verdad.

Apoyó su rodilla en mi espalda, tomaron cuatro dedos de mi mano derecha y me los empezaron a doblar para atrás, haciéndome gritar

como un chanco cuando están a punto de sacrificarlo, pese a eso siguieron con la tortura, el otro cobani me ponía su pistola en la herida de mi pierna presionando con toda su fuerza, ya no daba mas del dolor les pedía por favor que pararan con la tortura, y les repetía en serio: “don, se llama José, le dicen Pepe y vive acá en los monoblock, por favor no me peguen más”.

La gente del barrio al escuchar mis gritos desgarradores pidiendo clemencia, les gritaban a los policías, “¡ché, dejen de pegarle a ese chico! Si ya lo agarraste, tanto lo van a verdugear!”

Los policías hablaban entre ellos, dijeron “ya fue vamos que nos van a linchar”. Me agarraron de un brazo y como una bolsa de basura me tiraron a la parte de trasera del patrullero, me llevaron a la comisaría sexta de El Palomar. En el camino, todo dolorido sabía que me esperaba otra paliza. Luego de unos minutos llegamos a la comisaría, me bajaron del móvil y me arrastraron hasta adentro, porque por del dolor que tenia no podía caminar.

Estando dentro del destacamento, me vio el comisario y les preguntó a los que me habían agarrado “¿este qué hace acá?”, el cobani empezó a contarle todo, y ni bien terminó la charla se acercó el comisario y me preguntó cómo me llamaba, “Jorge, le respondí”, y me dijo “mirame cuando te hablo”. Al levantar la cabeza para verlo, me dio una trompada en la cara que me tiró al piso, se me acercó, me miró y le dijo a los otros que me llevaran al hospital.

Estando en el sector de urgencias del hospital Posadas, esposado y reclinado contra la pared, que me servía de apoyo para no caerme, pasó una doctora que vio en el estado que estaba, y asombrada preguntó: “¿a

este chico qué le pasó? El cobani le dijo: “nada, se estuvo portando mal”. Ella inmediatamente le dio la orden a una enfermera que traiga una silla de ruedas para trasladarme a la sala de curaciones y ser atendido. El policía le dijo a la doctora:

— Dejá, no le des importancia, puede caminar solo.

— De ninguna manera, este chico está en un mal estado.

— Tiene suerte de estar así, porque con lo que hizo, no la tendría que estar contando.

La doctora indignada, por el desprecio que el policía mostraba hacia mi persona, le dijo:

— Sacale las esposas y quédese a un costado.

Después de hacerme las curaciones correspondientes, me llevaron a sacarme unas radiografías en la cabeza y otra en mi pierna. Al ver que la bala no tocó ningún hueso y que en la cabeza no tenía nada. Me hicieron unas suturas, vendaron las heridas y me trasladaron a la comisaría, en donde me estaba esperando otro patrullero para llevarme a una taquería de menores ubicada en Villa Bosch, partido de San Martín.

Una vez en la comisaría, el recibimiento no fue grato de parte de la policía. El comisario me vio y le dijo al cabo, a este llevalo directamente a los calabozos, el cabo le respondió:

— ¿No, tiene que ir a los buzones primero hasta que vaya al juzgado?

— No. Este se hizo el loco tirando tiros, ahora ponelo en la peor celda, ¿a ver cuanto dura?

— Bueno jefe, como diga.

— Dale, y si le pegan o lo roban, no lo saqués al toque, dejalo un buen rato...

Camino a los calabozos, pensaba en muchas cosas, por lo que dijo el comisario. Y por las anécdotas que me contaron mis compañeros mayores que habían pasado por la situación que en este momento estaba pasando. Recuerdo que me decían, que lo mas probable que cuando ingrese era, que me hicieran problema para robarme las zapatillas, patotearme y hasta podían darme una puñalada. Y con solo pensarlo me temblaban las rodillas, tenía miedo, era la primera vez que experimentaba esto en carne propia. En ese momento lo que mas recordaba era que me tenía que parar de manos, sea como sea, después no importa lo que pase, solo tenía que pelear.

El encargado abrió el primer candado y entramos al sector donde estaban todos los calabozos, en cada uno de ellos habían frazadas en las rejas tapando el panorama de lo que pasaba dentro. Seguimos camino a la celda principal, cuando escuché una voz que decía: “ahí viene uno, ahí viene uno” y de las tres celdas se oían gritos que decían:

— Eh, chorro, ¿de dónde venís, de dónde sos? Entra acá, que esta todo piola.

Aturdido y con mucho temor por no saber lo qué seguiría, sin decir nada, caminé hasta la celda del fondo, que supuestamente era la más peligrosa. El encargado corrió el pasador de la reja y de un empujón me metió para adentro. La celda era un espacio aproximado de unos seis por siete metros, no había camas, las paredes estaban todas descascaradas, producto de la humedad, y en la parte que queda algo de pintura, estaba escrita con algunos apodos y nombres de algunos barrios. El olor era

inmundo, en otras palabras, estaba inhabitable el lugar. Lo primero que vi fueron unos pibes jugando al truco, el resto de los presos estaban limpiando. El ambiente no era bueno, al menos para mí, presentía que algo andaba mal, porque al ingresar, todos me ignoraron, y eso no era un buen síntoma.

— ¡Truco!

— ¡Quiero re truco!

— Quiero vale cuatro.

— Quiero.

— Gané, gané. Ahora me tenés que hacer el postre. - Dijo uno. Ni bien terminó de apoyar su carta en la mesa, se levantó, y se acercó para donde estaba yo, y me preguntó:

— ¿cómo te llamás, amigo?

— Jorgito, ¿Vos?

— Enrique, pero me dicen Kike. ¿De dónde sos, Jorgito?

— De Caseros, ¿vos?

— Ah, yo soy de San Martín. ¿Qué onda, Jorgito, por qué caíste?

— Nada, fuimos a laburar para el lado de Ciudadela, levantamos un coche, de ahí fuimos para de Devoto, nos quisimos levantar otro trucho, nos agarraron a tiros, y cuando estábamos llegando al barrio se nos pegó la gorra y nos corrieron hasta La Gardel, y ahí pinchamos.

— Uh, qué mal. ¿Y qué onda que estás lleno de sangre?

— Me cagaron a palos estos ortiva.

— Bueno, acá esta todo piola, Jorgito, si querés pegate un baño y cambiate de ropa.

— Dale, dale.

¡Felipe!!! Gritó Kike. Traele al pibe ropa para que se cambie, y las cosas para bañarse.

Felipe me trajo todo, y encaré para el baño. Mientras me duchaba, pensaba en cómo iba mi corta estadía en la prisión, seguía con ese presentimiento malo, porque a lo primero me ignoraron y después era mucha la generosidad, algo no encajaba, igual seguí duchándome y decidí en no pensar mal, quería creer que todo estaba bien.

Terminé de bañarme y fui para el comedor, donde estaban los pibes. Cuando llegué sentía como todas las miradas estaban dirigidas a mí. Me temblaban las manos, trataba de disimularlo, por momentos lo hacía bien. Pero cuando me quise poner mis zapatillas, y vi que no estaban. Lo de mis manos pasó hacer insignificante, me temblaba todo, sentía una sensación muy rara, sabía que tenía que decir algo, pero no tenía reacción alguna. Me hice el boludo, como que no me había dado cuenta que las zapatillas no estaban. Hasta que junté coraje, y le dije a Kike.

— Me faltan las zapatillas, ¿qué onda?

— ¿Qué? ¿No sabés? Si querés tu zapatillas tenés que pelear.

— Bueno, listo, yo voy a pelear por mis zapatillas.

Salta Felipe, y me dijo;

— Bueno, querés pelear, vos, ahora vas a pelear conmigo.

Yo, al ver el primer trato que Kike tuvo con él, me rescaté que era un gato, y si peleaba con Felipe, terminaría igual o peor. Así que mi

respuesta fue automática. “No, yo con vos no voy a palear, vos sos un gato”-. Saltó Kike y me dijo:

— Ah, sí, tenés berretines.

— Sí, yo quiero mis zapatillas. Así que con vos quiero pelear.

— ¿Estás seguro?

— Si...

Unos de los pibes puso música fuerte mientras otro tapó la parte descubierta de la reja con una frazada para que la policía no escuchara o viera nada, así pelearíamos tranquilos, pero Kike era mas grande que yo, tenía aproximadamente unos diecisiete años, era algo robusto y me llevaba media cabeza, mi situación era complicada, no tenía chance en el combate, pero tenía que enfrenarlo igual. Empezamos a pelear, nos trezamos a las trompadas, empujones y tironeos, mientras los presos restantes tribuneaban y alentaban. Enrique no le daba importancia a eso, estaba concentrado en la lucha, íbamos de un lado a otro llevando todo por delante, hasta que una mala pisada, me hizo caer al piso, y Kike se balanceó sobre mí, amagándome a darme una patada, y me dijo.

— Dale, dale, levántate ¿O ya fue?

Yo sin decir nada me puse de pie, para seguir el combate, pero ya mis fuerzas no eran las mismas, estaba cansado. Tuvimos unos segundos mas de pelea, donde ya solo recibía golpes, quería que esto terminara o alguien me rescate, pero era imposible, seguía recibiendo hasta que volví caer, pero esta vez ya sin ganas de levantarme, mi cuerpo no aguantaba ni una caricia, estaba muy golpeado, no terminaba de limpiarme sangre que ya estaba sangrando de nuevo. Creía que todo estaba perdido. Kike me volvió a repetir: “¿qué onda, ya fue?. Dale, dale

levántate”. Yo no emitía palabra alguna. Hasta que unos de los pibes dijo:

— Eh, Kike, pará, mirá cómo está sangrando, ¿en dónde lo cortaste?

— No, yo no lo corté, si estamos peleando a las piñas.

— Eh, guachín, ¿dónde te cortaste? - me dijo Enrique.

— En ningún lado.

— ¿Y por qué te sale tanta sangre?

— Porque tengo un tiro en la pierna, y estoy todo cagado a palos.

— ¿¿Qué?? ¿Cómo que tenés un tiro?

— Si estoy coheteado.

— ¿Y por que no dijiste nada?

— Y bueno, yo que sé... corte que no pintó.

— A ver, a ver, mostrame.

Kike se me acercó, y le mostré la herida.

— Uh, boludo, mal ahí, vamos a curarte - dijo Enrique.

Trajeron un tacho con agua tibia, un pedazo de jabón blanco y me lavaron las heridas, después de terminar rompieron una remera blanca en forma de tiras y me vendaron.

Las heridas ya no sangraban, el ambiente estaba más calmo, pero todavía el problema no estaba resuelto, porque más allá de esa improvisación de enfermeros que tuvieron conmigo, mis zapatillas no aparecían. Mientras charlaba con algunos de los pibes que ayudaron a curarme, desde un rincón de la celda, me llama el Mauri, él era la mano

derecha de Enrique. Al dirigirme hacia donde estaba Mauri, pensaba que se resolvería el problema.

Cuando llegué, Mauri me extendió la mano para saludarme, respondí la acción y me dijo:

— Mauro. ¿Cómo te llamás vos, enano?

— Jorgito. ¿Todo bien Mauro?

— Si, ¿vos como estás, podés caminar piola, ya?

— Si, ahí, ¡mas o menos! Corte que estoy rengo pero vivo.

— Ah bien. Eh, Jorgito, ¿sabés que te quería decir?, ya fue, acá esta todo piola, nadie te va a molestar, a decir nada, pero sabés que tus zapatillas ya fueron.

Yo lo quedé mirando sorprendido, porque después de todo lo sucedido, pensaba que me había ganado un pequeño respeto, y me devolverían mis zapatillas. Pero por lo visto estaba errado en mi pensamiento, no quedaba otra que pelear, si había llegado hasta acá, porque no seguir un poco mas.

Mi reacción no fue inmediata, tuve unos segundos de confusión. Apreté mis puños y le dije:

— ¿¿Qué?? No, Mauri, las zapatillas son mías y voy a seguir peleando.

— Ja,ja,ja. ¿Y cómo querés pelear, si no te podes ni parar?

— Igual, yo no me voy a quedar descalzo.

— Bueno, como quieras. Eh, Kike, vení, vení.

“Nooo”, decía por dentro, “otra vez con este”, ya me veía venir una lluvia de golpes, sabía que con Kike no tenía oportunidad, solo era tratar de aguantar.

Resignado a recibir otra golpiza, volteé para enfrentar a Enrique, y vi que venía con mis zapatillas en las manos y me dijo:

— acá están tus zapatillas. Las tiró y me dijo: “Ponetelas, ponetelas”.

Yo, sorprendido por la reacción de Kike, tenía una pequeña desconfianza, imaginaba que al hacerlo recibiría algún tipo de represaría. Por lo que me quedé en mi lugar sin decir nada, Kike seguía diciendo: “dale, ponetelas y vamos a pelear”.

No me quedó otra, y más allá del riesgo, me agaché, me calcé las zapatillas y me puse en guardia, Enrique me decía: “dale, vení, vení”. Cuando doy dos pasos hacia adelante, para pelearlo, Kike me tiende la mano y me dijo:

— Ya fue, Jorgito, vos te paraste de manos, no podemos seguir peleando, estás todo lastimado, no da.

— Como quieras, Kike, de mi parte está todo bien.

— Bueno, de la mía también. Vení que te voy presentar a los demás.

Nos fuimos para el comedor con el resto de los pibes y nos pusimos a tomar unos mates. Cuatros eran lo que llevaban la política y los otros cuatros restantes se dedicaban a las tareas domesticas. Entre los que llevaban la política estaban Kike, Mauri, Tucu y Joel, el resto lo llamaban por apodos que cada uno improvisaba en el momento. Entre esos ochos pibes estaba yo, mas allá que había superado la primer prueba de quedarme y no me robaran, tenía que ser precavido con algunas acciones. Tenías dos opciones, me unía al grupo de los chicos malos o me queda con el resto sometido a lavar la ropa, ha hacer

masajes y matarle el aburrimiento a los otros, haciendo cosas como bailar, pelear y lo que se le ocurrieran a los chicos malos.

Yo después de tantos golpes recibidos y por el orgullo que tenía, no sería entretenimiento de nadie, estaba obligado a ser parte de los chicos malos e integrarme al grupo de los que llevaban la política.

Las horas pasaron y entre charla y charla, con algunas que otras anécdotas de robos me iba afianzando con el grupo.

Llegó la hora de dormir, los pibes preparaban su cama, Kike, Mauri, Tucu y Joel tenían dos colchones cada uno. El resto tiraba una frazada en el piso y dormían como podían.

Otra vez me enfrentaba a una situación compleja, no tenía colchón y no quería dormir en el piso húmedo sobre una manta. Empecé a dar vueltas tratando de ver cómo solucionaba el problema, hasta que el Tucu le dijo a Joel, pasale un colchón y un par de sábanas al Jorgito y que se acomode acá con nosotros. Yo agradezco la actitud, armé mi cama y me acosté. Apagaron la luz y la música. Estaba algo tenso, era la primera noche y después de todo lo sucedido durante el día, se me cruzaban pensamientos malos, no podía dormir por el solo hecho de pensar que cuando cerrara mis ojos podrían hacerme alguna maldad, daba vueltas en la cama tratando de dormir. Así estuve gran parte de la noche, hasta que mis párpados se vencieron y pude conciliar el sueño.

“Plack, plack, plack”, sonaba la reja seguido de “Rivas, Rivas, Jorge”, escuché entredormido. “Rivas, Rivas”, repite el encargado. Me desperté y de la cama le pregunto: “¿Qué pasa, don?” Preparate que te llevan de comparendo me dijo. Me levanté, me higienizé, los pibes me prestaron una muda de ropa, para ir presentable, y salí.

En el camino al juzgado, por ventanilla del patrullero, miraba la calle y me lamentaba de porqué ese jueves no me quedé en mi casa con mi novia, sentía una gran angustia, no había pasado un día que no veía a mi mamá y a Belén, que ya las extrañaba.

El viaje fue corto, llegamos rápido al juzgado de San Martín, yo no quería bajarme del patrullero porque sabía que mi situación era complicada y no deseaba seguir recibiendo malas noticias.

Los policías me llevaron a una oficina donde me estaba esperando una defensora oficial. Que ni bien me vio les dijo a los policías que me sacaran las esposas y me dieran paso para tomar asiento.

— Hola, buen día, yo soy Verónica Solís y voy a ser tu defensora. ¿Rivas, Jorge es tu nombre, no?

— Hola, doctora. Si, ese es mi nombre.

— Y decime Rivas... ¿en dónde estás alojado?

— En Villa Bosch.

— ¿Y cómo estás ahí, cómo te trata la policía, tenés algún problema con los presos?

— No...

— ¿Y por qué estás tan golpeado? Contame, no tengás miedo que esto queda acá, y si tenés problemas, pedimos un traslado o que te aislen.

— No, estoy bien, pasa que tuve un choque con el auto, pero estoy bien.

— Bueno, todo bien entonces. Mirá, Rivas, estuve leyendo tu causa, y las posibilidades de que recuperés tu libertad son mínimas. En este caso, por ser la primera vez que caés, yo te voy hacer atender con el

secretario del juez, y decile que te drogás, que tenés una gran adicción y lo que hiciste fue por estar bajos efectos de la drogas, así te mandarían a un centro de rehabilitación con salida a tu casa, y sería mas leve tu detención.

— Bueno, como usted diga, doctora.

— Bueno, ahí les digo a los agentes que te lleven al despacho del juez.

La doctora llama a los policías y les da la orden de que me lleven a la oficina del secretario del juez.

Una vez en el despacho, sentado frente al secretario, me tendió la mano y me dijo que tome asiento.

— Hola, Rivas, mi nombre es Raúl Benítez, y soy el secretario de tu juez, el señor Esteban Garay. Ya leí el expediente y sé que tenés una herida de bala y varias lesiones, ¿recibiste atención médica?

— Si, estoy bien, doctor.

— Bueno, hablemos de tu causa, flor de quilombito hiciste.

— Si, don, yo no le voy a mentir, lo que dice ahí es cierto, pero sabe que yo tengo un gran problema con las drogas, y ese día estaba drogado y quería seguir consumiendo, no tenía plata y fui robar, pero estoy arrepentido, yo me quiero rehabilitar, no me quiero drogar mas, ayúdeme por favor.

— Mirá, es tu primera detención y si el hecho hubiese sido más leve te dejaría en libertad o te mandaría a un centro de rehabilitación, pero en tu causa hay dos delitos y por lo tanto vas a seguir detenido. Portate bien y en un par de meses vemos cómo solucionamos el tema de

tu adicción. Bueno, Rivas, no tengo nada mas para decirte, en cualquier momento nos volvemos a ver.

Los agentes me pusieron las esposas y me llevaron a la comisaría. En el camino iba con una gran frustración, tenía un nudo en la garganta que no podía ni hablar. Sentía una gran tristeza, solo pensaba en mi veja y mi novia, tenía ganas de verlas, de darles un fuerte abrazo y decirles cuánto las amaba.

Llegamos a la comisaría y al entrar al calabozo, los pibes, al ver mi cara, notaron que no tuve buenas noticias en el juzgado. Se me acercaron y con algunas palabras trataron de consolarme, pero yo seguía con la misma postura, durante horas no podía reponerme. Hasta que tomé conciencia, y por más angustiado que estaba, mi situación no cambiaría en nada. Así que traté de ponerle buena cara al mal tiempo y empecé a reírme de cosas que no eran de mi agrado, pero estaba ahí y tenía que ser parte de los chicos malos y las maldades que hacían no las podía frenar, ellos mataban sus penas haciendo daño, por momentos lo conseguía y por momento caía en su triste realidad.

Los días iban pasando e ingresaban pibes, algunos por robo y otro por andar drogado por la calle. Para los pibes eran todos iguales, a todos le daban una bienvenida para nada agradable. Algunos se paraban de manos hasta mas no poder y se ganaban su lugar, el resto no aguantaban mas de un round y terminaban en el piletón lavando la ropa y despojado de todas sus pertenencias. Otros la pasaban peor y terminaban siendo violados por los cobanis para después terminar de novias de algunos chicos malos. Ese era el destino de los gatos.

Con el botín robado, algunos lo sacaban a la calle para la familia y el resto se lo cambiaban al encargado por vino o marihuana, así los días se hacían mas cortos.

Llegó el día lunes, muy deseado para nosotros, porque esperábamos visita. Nos levantamos temprano y nos pusimos a limpiar todo. Dejamos el calabozo impecable, para disimular lo inhabitable que era, y nuestra familia no se preocupara.

Después de algunas horas empezó a entrar la visita y entre ellas vi a mi mama y mi novia, sentí una gran emoción y angustia era una mezcla de sentimientos inexplicables, tenías ganas de salir por las rejas para ir a abrazarlas.

Ellas se acercaron hasta donde estaba yo e hicieron algo que quedó grabado en mi retina que jamás olvidaré. Apretaron su cara contra las rejas para poder darme un beso. No podía creer a la situación que las estaba exponiendo, en ese momento le prometía a mi vieja y mi chica que jamás volvería a robar. La visita se hizo corta, entre reproches de ellas y perdón de mi parte, el tiempo pasó volando, la hora de la despedida había llegado. Con lágrimas y abrazos las despedí. Mi mamá y mi novia apretaban mi mano y no me querían soltar, como si fuese que querían llevarme con ellas, pero había unos barrotes de por medio que lo impedían.

Después de unos minutos con todas las familias fuera, veía como todos deambulan por el calabozo con la mirada perdida, mientras mi mente procesaba el lindo momento que había pasado con mis seres queridos. Así estuve por un buen rato, hasta que todos juntamos las cosas que nos habían traído, tiramos una frazada en el suelo y pusimos

la comida para compartirla entre todos, en ese momento no había perro, gato, bueno o malo éramos todos iguales degustando la comida que nuestra familia nos hicieron con mucho amor.

La cena había terminado, levantamos todas las cosas, y para sacarnos esa angustia de la visita empezamos a divertirnos, pusimos música fuerte y Joel y el Tucu pusieron a bailar a los gatos, después de un largo rato, los hicieron pelear entre ellos, mientras algunos apostaban unos cigarrillos al que ganaba. Con eso, no sacaban su angustia, pero los hacía olvidar por un rato, ese maldito encierro.

Llegó la hora de dormir, cada cual armó su cama apagamos la luz y la música. Ya le habíamos matado un día más, ahora a descansar y esperar el otro.

Al día siguiente me desperté temprano mientras el resto dormía, habitaba una gran paz y armonía en la celda, no volaba una mosca, de tanto en tanto una canilla rota, rompía el silencio al dejar caer algunas gotas que impactaban en un charco que se había formado producto de estar goteando toda la noche. El silencio continuaba, hasta que escucho: “López, Enrique, López, Enrique”, dijo el encargado. Me levanté y le pregunté:

- ¿Qué necesita, don?
- Quiero hablar con López.
- Está descansando, encargado.
- Bueno, despertalo y decile que lo llamo yo, que tengo un negocio para hacer.
- Está bien, don.

Me di media vuelta y fui a despertar a Enrique. Le dije que lo llamaba el encargado. Kike se levantó, fue hablar con el policía, y el encargado le dijo:

— López, ¿sabés que recién cayeron tres pibes?, y por lo visto se ve que andan ganando los guachines, están bien empilchados. Vos sabés que los tengo que dejar en los buzones hasta que vayan al juzgado... pero si querés hacemos negocios.

— ¿Y qué onda, qué negocio quiere hacer?

— Uno de los pibes tiene una Nike con resorte que mi hijo quiere que le compre, pero están re caras. Yo me hago el boludo, los meto para acá, los roban todo, y a mí me dan las zapatillas, el resto se lo quedan ustedes. ¿Qué decís?

— Bueno, dale, vamos con esa.

— Dale, ahí los traigo, pero no los lastimen mal, péguenle un par de trompadas, nomás.

Pasaron diez minutos y el encargado venía con los tres pibes. En la celda, Kike ya había organizado todo, solo faltaba que el cobani los metería adentro.

Yo estaba algo nervioso y tensionado, porque no iba hacer parte del trato entre Enrique y el policía, tampoco quería mirar lo que pasaría, sentía que estaba en el lugar y momento incorrecto.

La reja se abrió y los tres chicos entraron, Joel y el Tucu los recibieron, mientras ellos le hacían unas preguntas, el resto se preparaba para patotearlos y robarlos.

Por el momento todo parecía normal, pero cuando Kike dio la orden, los pibes se le fueron encima a los recién ingresados. Les pegaron hasta

dejarlos en el piso y sacarle todo, los dejaron en calzoncillos. Después de un rato, les trajeron ropas viejas y zapatillas rotas que los pibes usaban para hacer deporte. Los hicieron cambiar y llamaron al encargado para que los sacara del calabozo. Yo no podía creer lo que estaba viendo, esa complicidad de la policía con los presos, me llenaba de odio pero no podía hacer nada ante tanta impunidad, era como nadar contra la corriente, y si lo hacía podía terminar ahogado.

Unos minutos más tarde vino la policía a sacar a los chicos robados. Al rato se acercó el encargado que había hecho el trato con Kike, y les dieron las zapatillas que quería para su hijo.

Así pasaron siete meses, y los negocios con la policía seguían, la violencia era cada vez mas, de parte de los presos y de los que supuestamente tenían que hacer cumplir la ley y cuidarnos, todo había cambiado, menos yo, que seguía con el mismo miedo del primer día que crucé la reja.

Un lunes por la mañana me levanté temprano, mientras todos dormían. Me estaba lavando la cara, y de repente escuché una vos que decía: “eh Kike, Kike, pasá cabida amigo. Soy yo, el Yoyo.

Voy hasta la reja para ver quién llamaba, y al acercarme veo que era un pibe que estaba en el buzón de adelante. Al ver que sus gritos no cesaban, le pregunté:

— ¿Qué onda, amigo, cómo te llamás?

— Yoyo, me dicen, ¿Quién habla ahí?

— Jorgito. ¿De dónde sos, Yoyo?

— De Caseros. ¿Vos?

— Ah, mirá, yo también soy de Caseros. ¿De qué parte sos vos?

— Ahí, de las estación un par de cuadras. ¿Eh, Jorgito, no anda el Kike por ahí?

— Si, amigo, está descansando, ¿precisás algo?

— Si, le decís que vino el Yoyo, que se levante.

— Bueno, ahí le digo.

Voy para donde estaba Enrique y lo despierto.

— Eh, Kike, Kike, ahí te llama un pibe que esta en el buzón.

— ¿Quién es?

— Un tal Yoyo de Caseros. ¿Lo conocés?

— Si, ese pibe es mi amigo -. Kike se levantó rápidamente y se fue hasta la reja y le empezó a gritar.

— Eh yoyo, ¿Qué onda, amigo, cómo estás?

— Hola, Kike, acá todo bien. ¿Vos, qué onda?

— Todo bien, igual que siempre,

— Ah bien, ¿Qué onda ahí, hay algún pibe nuevo?

— Si, dos o tres, después... vos sabés, el que entra y no se para de manos, para afuera, igual que siempre. ¿Qué onda, de dónde venís amigo?

— De Villa Lynch, vengo. Eh, Kike quiero ir con ustedes, desde anoche que estoy acá en este buzón de mierda. Me estoy comiendo un re sogazo, estos giles la hacen re larga para llevarme para ahí.

— Bueno, amigo, ahí le hacemos piquete a la gorra para que te traigan para acá.

Kike empezó a despertar a los pibes y les dijo que llegó el Yoyo, había que hacerle bondi a la gorra para que lo traigan con nosotros. Los pibes

se levantaron y fueron hasta la reja, y empezaron a llamar al taquero. Luego de unos minutos de gritos se acercó el taquero preguntando por qué tanto baruyo. Kike le dijo:

— el quilombo es porque queremos que lo traigan al Yoyo para acá.

— No, de ninguna manera, este pibe, la última vez que estuvo acá, me hizo un re quilombo, así que no sé si lo voy a tener acá o lo saco de traslado.

— Páselo para acá al pibe, que ahí no tiene baño, agua, nada, esta re verdugueado el guacho, traelo o te hacemos un re bondi y te prendemos fuego todo.

— Hagan lo que quieran - dijo el comisario.

Se dio media vuelta y se fue. Los insultos no se hicieron esperar, en el trayecto de la calda a la puerta de salida fue una ráfaga de recordatorios a su madre, su esposa y su hermana.

Por la falta de atención del comisario, estaba todo muy tenso en el calabozo, Kike tenía que hacer algo, y no tuvo mejor idea que agarrar un colchón y llamar a Marcos o Lingera, como le decían ahí. Él era unos de los gatos que tenía Enrique. Cuando llegó El Lingera, Kike le dijo que se tirara en el colchón para envolverlo y dejarlo hecho un pionono, Marcos le pregunto, qué me vas hacer, nada le dijo Kike, vamos hacer un simulacro para que la gorra compre, así que tirate ahí, porque te mato, gato de mierda ¡dale!. Al Lingera no le quedó otra que acceder a la petición de Enrique. Lo envolvieron, lo ataron y empezaron a llamar al cobani. Cuando llegó el encargado, Kike le mostró al Lingera envuelto en el colchón y le dijo: “ustedes se piensan que yo soy gil, no

lo quieren traer al Yoyo para acá, ahora mirá cómo te prendo fuego al guacho”. Sacó un encendedor del bolsillo y empezó a quemar el colchón, el fuego se esparció rápidamente. Marcos pegaba unos gritos desgarradores, lloraba del sufrimiento, yo sentía una gran pena, pero no podía hacer nada, porque sino, podría ser yo el envuelto en ese colchón.

Por el otro lado, el Yoyo en el buzón, agarró dos o tres mantas y las colgó en la reja, mientras le gritaba de todo a la policía, las empezó prender fuego. El encargado al ver lo que estaba pasando salió corriendo a buscar ayuda. Cuando el cobani se fue, apagaron el fuego del colchón, pero ya era tarde: el Lingera tenía quemado todo el pelo y gran parte de su cuello y espalda.

Los calabozos estaban llenos de humo, producto de las frazadas que estaba quemando el Yoyo. La policía no tardó en entrar en acción, vinieron para nuestra celda con la manguera a tirarnos agua, pero nosotros le pedíamos a gritos que se vayan a fijar por el pibe que estaba en el buzón, porque de su celda salía mucho humo y de repente dejamos de escuchar sus gritos. Pero no había caso, los cobanis estaban empeñados con nosotros tirándonos agua, hasta que abrieron las rejas, entraron tres oficiales con escopetas en sus manos al grito de: “¡todos al piso con la mano en la nuca!”, automáticamente nos tiramos al suelo y nuevamente les decíamos que se vayan a fijar el pibe que estaba en el buzón. Los policías, ni bola nos daban, ellos estaban buscando al Lingera, gritaban: “¡donde está el pibe que quemaron!,” Marcos levanto la mano y dijo acá estoy. Lo sacaron rápido, y fueron para el buzón donde estaba el Yoyo, pero ya era tarde, todos

escuchamos cuando dijeron este pibe esta muerto, y veíamos como lo sacaron arrastrado de las patas.

Ahí fue cuando nos descontrolamos, al ver el desprecio que la policía mostraba por la vida de ese pibe. Empezamos agarrar la escoba, secador y lo que teníamos a mano para hacer sonar las rejas y que vengan, nos contaran lo que había pasado con el Yoyo. Pero los cobanis no tenían pensado darnos explicaciones, si no todo lo contrario, empezaron a reprimirnos, con la manguera de los bomberos que largaba agua con una presión que se llevaba por delante todo lo que se le pusiera en el camino. Nosotros agarramos los colchones y los poníamos en la reja para evitar que mojaran las pocas cosas que nuestras familias nos habían traído con mucho esfuerzo. Pero todo fue en vano, porque al cabo de unos minutos la celda estaba totalmente inundada, nosotros ya no aguantábamos los colchones mojados, así que soltamos todo y corrimos para el baño, ahí fue donde la policía entró a la celda con escopetas y cachiporras en sus manos, tiraron unos tiros al techo, nos redujeron a todos, haciéndonos tirar al piso con las manos en la nuca, mientras nos manguareaban con agua helada, nos sacaban de la celda a los palazos. Nos llevaron a un patio y nos hicieron arrodillar mientras nos apuntaban con sus escopetas nos seguían tirando agua. Nos tuvieron así durante horas, yo no daba más, tenía todas las rodillas hinchadas y temblaba del frío, porque estaba todo mojado. Ante el menor movimiento para tratar de acomodarnos, recibíamos un golpe. Así estuvimos hasta que vino la fiscal y nos empezó a tomar declaración, todos dijimos la verdad, que la policía había dejado morir al pibe.

Después de que se retiró la fiscal, fuimos todos reubicados en una celda de dos por tres, y a la hora, nos comunicaron que tenían desalojar la comisaría. Yo me puse muy nervioso, tenía pánico, con el solo hecho de pensar que tenía que ir a otro lugar y pasar algo similar. Deseaba estar soñando, que esto sea una horrible pesadilla. Pero el ruido de los candados, las rejas que se abrían y cerraban, las botas negras que iban y venían, me hacían dar cuenta que esto no era un sueño, sino, mi triste realidad.

Después de un rato, entró un oficial con una hoja en la mano y empezó a llamarnos por apellidos y decimos nuestro lugar de destino. Así pasaron varios nombres hasta que dijeron el mío. Sería trasladado al instituto Movimiento, ubicado en la ciudad de La Plata.

Con mi cuerpo temblando y desconcertado por todo lo vivido hace instantes, me despedí de los pibes, saqué mis manos por las rejas para que el encargado me pusiera las esposas y llevarme hasta el patrullero que me estaba esperando para trasladarme al instituto.

El viaje fue un poco largo, tardamos como tres o cuatro horas. Al llegar a Movimiento, miraba la entrada, era un paredón blanco con un inmenso portón.

En la entrada había varios patrulleros de diferentes jurisdicciones, pero todos con un mismo propósito, buscarle un lugar de destino a algún detenido, que vaya a saber por qué circunstancia, había cometido algún delito. Los patrulleros entraban y salían, hasta que llegó el turno del móvil que me había transportado hasta ahí. Entramos al establecimiento, estacionaron el patrullero a un costado y me llevaron para adentro, donde me estaba esperando el jefe del instituto. Al entrar a la oficina me

encontré con un hombre de aproximadamente unos cincuenta años, era calvo y tenía cara de malo. Lo primero que me dijo fue:

— ¿Cómo te llamás, negro?

— Jorge Rivas.

— Bueno, Rivas, primero y principal, para hablar conmigo, sáquese la manos de los bolsillos, que usted no es abogado, doctor ni nada por estilo. Segundo, acá en mi instituto no tengo lugar para dejarte, ahora te va atender una junta de psicólogas y según lo que vos digás, ellas hacen un informe y te buscan cupo en algún lugar. ¿Entendido?

— Si, don.

— Bueno, retírese y espere en el salón, que ahí le van a dar un sándwich y un poco de agua.

Me llevaron al salón donde estaba el resto de los pibes. Algunos estaban como acostumbrados a esto y se los notaba tranquilos, en los otros veía sus rostros de preocupación. Yo no sé qué cara tenía, pero más que seguro, que era de asustado, porque así me sentía. En ese momento recordaba todo lo que había pasado en la comisaria y no quería volver a vivir algo así. En ese instante, era tanto el miedo y el sufrimiento que estaba padeciendo, que me acordé de Dios, La Virgen y todos los santos, les pedía por favor que no me hagan pasar por otra situación similar, les prometía que si no me pasaba nada, no robaría más. Entre medio de mis súplicas escuché mi apellido. Era la hora de la verdad, de saber qué harían conmigo.

Estando en la oficina con la Junta, las psicólogas me preguntaron si tenía familia, qué pensaba hacer si cuando estuviera en libertad y si me drogaba. Mis respuestas fueron, que no robaría más, que me drogaba y

quería recuperarme. Ellas dijeron que me ayudarían y me despacharon. Luego de una hora de espera, vino un policía con una hoja en la mano y me dijo. “si tenés ganas de ir al baño, hacelo ahora, que en cinco minutos te llevamos para el instituto”. Al escuchar esa noticia, mi corazón latía más de lo normal, sentía un calor en mi cuerpo, y no sé si eran nervios o susto, pero era una sensación rara que se produjo en mí, al escuchar la palabra “instituto”.

Después de tomar un poco de agua y pasar el baño, me llevaron al patrullero, donde emprendimos el viaje. En el camino le pregunté al policía para dónde me trasladaban, y me contestó: “tuviste suerte, negro, te llevo al Legarra, es un instituto abierto”. Al escuchar instituto abierto, apreté mis puños y por dentro decía “vamos todavía”. Mi corazón ya latía con normalidad, y en mi rostro se empezaba a dibujar una pequeña sonrisa. Sabía que al ser un instituto abierto no pasaría por tantas situaciones de violencia.

Viajamos unos cuarenta minutos aproximadamente, hasta que llegamos. Yo no podía creer lo que estaba viendo. La entrada era un paredón de un metro de altura y el portón estaba totalmente abierto. Ya era de noche, en la puerta nos estaba esperando un maestro, que me recibió, le firmó unos papeles a los policías y se fueron. El maestro y yo fuimos hasta adentro. El instituto parecía una casa, acá no había protocolo de recibimiento, él solo me pregunto:

— ¿Cómo te llamás, flaco?

— Jorge, don.

— No me digas, “don”, yo me llamo Manuel, y soy un “maestro” que está con ustedes cuidándolos. Bueno, Jorge, como verás este es un

lugar abierto, ¿Qué vas hacer, te vas a quedar o pensás irte? Si te querés ir, yo te acompaño hasta el portón y te doy una hora de ventaja, porque después tengo que hacer la denuncia.

Al escuchar lo que me decía, quedé desconcertado, tenía la opción de elegir si me quedaba o me iba. Algo muy loco. Tenía ganas de decirle que me quería ir y salir corriendo, porque estos siete meses de torturas y sufrimiento, me hicieron parecer que fueron años. Pero en ese momento mi respuesta fue que me iba a quedar.

Manuel me sirvió un plato de comida, que lo comí con muchas ganas, después de estar todo un día sin probar un bocado. Más tarde me pegué una ducha y me llevaron a una pieza donde iba a pasar la noche. En la habitación había cinco pibes mas, que ni bien entre me preguntaron cómo me llamaba, de dónde era y por qué había caído. Les respondí sus preguntas y les dije que me disculpen, que estaba cansado y quería descansar, ya que en este lugar aparentemente podía dormir tranquilo.

Al otro día, los maestros nos despertaron temprano y nos llevaron al comedor, donde desayunamos una tasa de mate cocido y un pan con mermelada. Después de terminar el desayuno, salimos afuera, donde se podía ver que en ese gran predio había como tres institutos mas. Yo caminaba y miraba el alambrado, pensaba que tenía la calle a pasitos y quería irme, pero a la vez no quería ser un prófugo buscado por la policía. Seguía caminando de un lado a otro, hasta que me dije a mí mismo, me dije “ya fue, basta de sufrimiento con todo lo que me había pasado, daba por pagado mi error”. Así que empecé a correr, sin mirar atrás encaré el alambrado y lo pasé de un salto. Corrí varias cuadras por unas vías muertas hasta que llegué a una calle asfaltada. Ahí me

encontré con un pibe que tenía un bolso en su mano, al verlo me di cuenta que era uno de los míos. Me le acerqué y le dije:

— Hola, flaco, ¿no sabés cómo hago para llegar a la estación de La Plata?

— Si, tenés que tomarte el micro rojo que dice Oeste.

— Ah, pero yo quiero llegar caminando, porque no tengo para el boleto.

— No, caminando no llegás mas, queda re lejos. ¿Qué onda amigo, te fugaste del instituto vos?

— Si, flaco, me fugué y no conozco nada por acá.

— Bueno, vení conmigo, yo estoy saliendo con permiso del instituto. Vamos juntos que yo te pago el boleto.

— Dale, amigo, bien ahí, gracias. ¿Cómo te llamas, vos?

— Leandro ¿vos?

— Ah, yo me llamo Jorge-. Nos estrechamos la mano y viajamos juntos.

Cuando llegamos a la estación, Leandro tomó su camino, y yo el mío, el que me llevaría a casa. Todavía no estaba nada resuelto, estaba en libertad, pero al mínimo error, podía echar todo a perder y regresar al infierno. Tenía que medir cada paso y ser precavido con algunos gestos que hagan notar que era un prófugo buscado por la policía. En la estación le pregunto a un muchacho cuál era el tren que iba para Constitución. “Ese” y me señaló, un tren en marcha con las puertas abiertas a punto de partir. Tenía que actuar rápido, no podía perder ese tren. El problema era que no tenía plata para sacar boleto, y si intentaba pasar y los guardas me agarraban estaría en serios problemas. Me puse a

esperar a la gente que estaba apurada por tomar el tren, se empezara juntar, hasta que el guarda los dejara pasar para que no pierdan el tren. Ahí aproveché el momento y pasé corriendo.

Una vez en el tren, me senté a esperar que arranque, estaba nervioso, impaciente y todo transpirado, me comías las uñas, esperando a que se pusiera en marcha, hasta que se cerraron las puertas y el bendito tren arrancó.

En el viaje, después de haber pasado varias estaciones, estaba mas tranquilo, abrí la ventana, me recosté en el asiento y sentía como el viento acariciaba mi rostro, y llenaba mis pulmones de aire puro. Cerré mis ojos para tratar de dormirme y que el viaje sea más corto. Pero al hacerlo se me vinieron los recuerdos: toda la violencia, el maltrato recibido, y la injusticia de la justicia. Todo me llenaba de odio, rencor, dolor y resentimiento. Y al sentir todo eso, sabía que no cumpliría con la promesa que le había echo a mi mamá, esa promesa de no robar mas...

Diez años después, me encuentro privado de mi libertad purgando una condena de quince años, de los cuales ya llevo ocho. Y bueno, que mas decirle, si con tan solo contarle que la violencia que viví de menor, es el uno por ciento, comparado con la de la cárcel, y no quiero entrar en detalles. Solo quiero decirles que así como dije al principio, que la vida te topa con situaciones, y una mala elección te puede salir caro, a tal punto de cobrarte la vida, hoy digo que también te topa con oportunidades, y una buena decisión, te la puede cambiar para mejor. Hace dos años atrás me trajeron a la unidad veintitrés, donde tuve la

oportunidad de alojarme en el pabellón número cuatro. Un pabellón donde se practican diferentes tipos actividades, como la filosofía, literatura, boxeo y arte. Estas herramientas, junto con mis compañeros y los libros, me ayudaron a fortalecerme, crecer, enraizarme, a darle valor a la vida y valorar a los que me quieren... en otras palabras... los libros me abrieron la mente, me ayudan a pensar. Y hoy narrando mi historia me doy cuenta de algo: yo no quiero justificar mis delitos. Pero si bien con catorce años sabía lo que era bueno y malo, no estaba en todo mi sano juicio, y antes de atender mis problemas y buscar una solución, me mandaron a un instituto de menores, donde tenían que ayudarme, rehabilitarme, contenerme y reinsertarme. Hicieron todo lo contrario, me forjaron el camino para llegar donde estoy ahora. En otras palabras ese instituto fue la preparatoria no deseada.

DE INCONSCIENTE A CONSCIENTE

**Javier
Ayala.**

Es el año dos mil quince, en esta oportunidad les voy a contar parte de lo que viví las veces que tuve la desgracia de caer detenido en comisarías, colegios e institutos de menores.

Parte de lo que les voy a contar ocurrió entre el año ochenta y siete al noventa y siete. Les aclaro que en esta historia no hay fantasías ni cosas que fueron agregadas para perjudicar siniestramente a ningún personaje, quizás, la manera de escribir sonará dura o rústica. Sin embargo, frente a mi escritorio, que solo cuenta con varias hojas, un lápiz, una lapicera y una lámpara que ilumina tenuemente, las volcaré sin rodeos, pues mis ansias por arrojar la más dura verdad, son indescriptibles y no las detendrán nada ni nadie. También es honesto avisarles que los nombres fueron cambiados.

Caminando por la calle, cerca de la estación de San Martín, escuché la voz inconfundible de uno de los amiguitos que tenía en esos tiempos, busqué entre la gente y lo vi a Pablo, él era un poco más grande que yo, él solía vender golosinas en trenes o colectivos, me acerqué para saludarlo, le pregunté qué andaba haciendo.

-Estoy por ir con unos pibes a hacer algo.

Ese “algo” era pirañear a la gente, rastrearlas hasta dejarlos en ropa interior, uno con fierros otro con navajas y el más grande con un perrito, así le decíamos a un revolver calibre 22 corto, marca Ítalo. No me

olvidaré jamás de esa secuencia: mirándonos entre nosotros, con mocos y llenos de piojos, en aquel pasillo haciéndonos los bandidos.

Dos cuadras antes de la municipalidad, caminaba un tipo con un maletín, vestía un sobretodo de color negro, y aparentaba tener unos cincuenta años. Nosotros, al acecho. Salimos de la oscuridad, instintivamente o del susto, este hombre reaccionó. Al primero que manoteó no lo soltó mas, el resto le pegamos sin poder reducirlo, se siguió resistiendo y de tantos gritos comenzaron a salir los vecinos en ayuda de este hombre, cuatro de nosotros corrieron, Pablo y yo quedamos en ese lugar, ahora los reducidos éramos nosotros. Encima uno de los vecinos de la cuadra era poli y el patrullero no tardó nada en llegar, entre patadas y gritos nos subieron al coche, en ese instante pensé que la poli me llevaría a mi casa. Suspiré, pero cada sensación de esperanza fue esfumándose en ese suspiro, cinco minutos más tarde estaba esposado en la comisaría primera de San Martín. Pablo, cobrando con cachiporra, agua y bolsa. Yo, bifés, patadas y, para colmo, me hicieron arrodillar en arroz, al primer movimiento o queja nos molían a golpes, así pasamos los primeros quince minutos de tortura, el lugar en donde nos tenían era un asco: dos bidones desbordados de meo, escupitajos en todas las paredes. La humedad que brotaba del piso llegaba hasta el techo, el aire pesaba, el olor era nauseabundo, la música a lo lejos y los gritos hizo que se me nublara la mente, caí dándome la cabeza contra la pared, en ese momento no podía ver, escuché que entraron en la celda y me sacaron, me arrastraron hasta otra celda mas al fondo, supuse que ahí mi muerte pasaría desapercibida. Cuando recobré fuerzas, vi que se alejaban, observé el panorama, la celda tenía rejas y

una especie de red de alambre estilo pajarera, tampoco tenía baño. Se me dio por llamarlo a Pablo lo más fuerte que pude, él me respondió, pero al mismo tiempo un cana gritó:- ¡Cállense la boca guachos de mierda o siguen cobrando los dos! Me di vuelta buscando un lugar para tomar asiento y escuché que desde una pequeña ventanita que estaba cerca del techo uno me decía:

-Pibe, cuando pasés para acá vas a cobrar.

Me dio miedo y risa, porque más de lo que ya había cobrado era imposible. Le respondí:

- Bueno dale, ahora estoy acá, después vemos, puto; aparte yo soy menor y para ahí no voy, la concha de tu madre.

Interrumpió otro del mismo lugar y me preguntó:

-¿De dónde son, amiguito?

-De Billinghamts, me llamo Roberto.

-Ah, mirá yo soy de Libertador y me dicen Viru. ¿Qué hiciste que te trajeron para acá?

-Robamos y nos agarraron, estoy con otro más que esta adelante.

-Bueno, no tengas miedo que no pasa nada, si te preguntan, vos decí que estaban jugando, eso te va a servir para que no te lleven a un colegio cerrado, ahí te voy a pasar un té y una manta.

Le pedí unos panes y un cigarro, la sorpresa que un nenito fumara les causó risas.

Después de unos minutos escuché cómo los del fondo llamaban al cobani, raro, pero escuché que decían:

-Eeeehh, imaginaria, imaginaria, le puede pasar esto a los pibes, que hace frío.

Así repitieron las mismas palabras tres o cuatro veces. Durante unos minutos no se escuchó más nada, hasta que del costado apareció un cana trayendo las cosas. Desde la ventanita me decían:

-Ahí tenés, ¿fijate si está todo?, Robert.

Una manta, una botella con té caliente, un cigarro y un papel con algo escrito. Sonriendo, miré cómo haría para saber qué decía... si yo no sabía leer.

- Gracias, amigo, está todo. Después acercate que te quiero decir algo.

Comí con ansias, tenía mucha hambre, rápido muy rápido. Hasta ahí no sabía si era la última vez que lo haría. Pensaba qué pasaría con nosotros, qué sería de Pablo, porque era raro que no me llamaba, y ya estaba amaneciendo, preferí esperar a que él de una señal. En eso se acercó Viru y me dijo:

- ¿Leíste la esquela?

- No amigo, no sé leer, ¿qué dice?

- Lo que tenés que decir, pero bueno, fijate vos; pensá lo que hablamos hace un rato, que si te viene a retirar un familiar te podés ir a tu casa amiguito.

En las primeras horas de la mañana, mientras descansaba, tratando de moverme lo menos posible porque me dolía todo de los golpes recibidos por parte de los policías y además, el haberme tenido arrodillado casi media hora en arroz me había provocado hematomas y lastimaduras en las piernas, no podía mover los pies, ni pararme, ahí escuché que uno de los del fondo me llamaba, le pregunté qué quería.

-Nada, amiguito, seguro en un rato te van a llevar a otro lado porque esta es una comisaría de adultos.

Asombrado le respondí:

- ¿Para dónde?

- Acá cerca está la de menores, en Villa Lynch, ahí cuidate que los pibes hacen maldades.

Sentí pánico, miedo y los primeros sollozos, tomaron la celda fría, miré hacia la ventana y le dije:

-Viru, ¿me das un cigarro?

Los pibes se reían y gritaban:

- Ahí va, pero vos fumás más que nosotros, no tengás miedo que no pasa nada, parate de manos y fue... já, já, já!!!!

Noté que se burlaban de mí y los mandé a la mierda. Viru me pasó entre las hendijas un cigarro y un fierrito.

-Sacale punta, amigo y cuando entrés a la celda con los menores fijate que el primero que te hable, es al que le tenés que dar con todo, en la cara, el cuello o donde puedas, así te van a respetar, fijate, más que esto no puedo hacer por vos, Roberto.

Guardé el elemento. Dicho y hecho, como a las nueve de la mañana me llevaron a Villa Lynch, me pusieron en una celda parecida a la que estuve, con rejas y ese alambre tipo pajarera.

Al llegar el mediodía se acercó un poli y preguntó mi nombre, apellido y dirección, le respondí que no me acordaba la calle, ni el numero y solo le di mi nombre, lo hice sabiendo que si llegaba la noticia que me encontraba detenido a mi mamá, estaría en un problema mayor y no dije más de lo que ya había dicho, luego me sacaron de ese lugar, fui a parar al juzgado número dos de menores sobre la calle San Lorenzo, en pleno centro de San Martín, ingresé en una habitación, hablé con una señora

que era mi defensora y le conté lo que había sucedido, me respondió que ahora hablaríamos con el secretario o el juez y que le dijera lo mismo que a ella. Minutos más tarde entramos a la oficina del secretario, le dije al poli que se retire y le empecé a relatar que andaba por la calle, que me había ido de mi casa y no quería volver. Me miró, hubo una pausa, me preguntó sobre el robo, le dije que no tenía nada que ver, justo pasaba por ahí y vi que unos parecían estar peleando, de pronto un grupo salió huyendo, llegó un patrullero, se confundieron, me pegaron y me llevaron a la comisaría, el secretario moviendo la cabeza como asintiendo, la miró a la defensora, tomó unos papeles, me miró sobre los anteojos diciéndome que ahora me llevarían a un hogar de contención, que ahí había chicos de mi misma edad. Hasta encontrar a mi familia sería mi hogar de tránsito. Comencé a sollozar haciéndome la víctima, sabiendo que eso no era un colegio ni un instituto, la palabra hogar había hecho saber en mí que me dirigía a un lugar del cual me podría escapar si se descuidaban.

El sólo pensar en que debía utilizar una punta para defenderme me asustaba, si lastimaba a otro qué pasaría. Salimos del juzgado, fuimos de regreso a la comisaría, ahí lo volví a ver a Pablo. Me contó que ya había ido al juzgado que lo llevarían a un hogar como a mí, dentro de esa leonera nos dimos la mano y en señal de pacto nos dijimos que estaríamos juntos hasta el final. Nos recostamos a descansar un rato hasta que abrieron la puerta y nos dijeron que saliéramos. Subimos a un Falcon que agarró la ruta. En el camino no queríamos ni preguntar cuál era nuestro lugar de destino mientras observábamos por la ventanilla. El silencio era denso, me atormentaba, disparaba mi mente a otra galaxia,

la imaginación de un niño te lleva a suponer muchas cosas, y de la fantasía al horror. Volé por todos los lugares que puedan imaginar. Decidí preguntarle a uno de los canas hacia dónde íbamos me respondió:

-San Pedro, pendejo, ahí hay un casa que se ocupan de los bastardos como vos.

El asombro por sus palabras se deshizo recién al llegar, lo primero que vimos fue el río, barcos, un muelle sobre la costa, un destacamento de Prefectura y unos metros más alejados, la casa donde pasaríamos nuestros días. Al ingresar nos atendió una señora gorda, un joven con aspecto de bonachón y una psicóloga, nos dieron las indicaciones de donde dormiríamos, ropa y algunas cosas de higiene, había chicos de seis a trece años, nenes y nenas, las que se ocupaban de lavar, limpiar, y cocinar, los nenes más grandes que no superaban los catorce se encargaban de la quinta y de la venta de las masas, alfajores y tortas que se hacían en ese lugar, ahí conocí todo el pueblo, y fue inevitable empezar a rastrearle una fruta al verdulero cada vez que pasaba vendiendo las cosas del hogar. Me divertí mucho aprendí varias cosas, crecí aceleradamente sin olvidar que seguro mi familia se estaría preguntando dónde estaría.

Poco tiempo después de pasar los tres meses llegó un auto, se bajó una persona, lo vimos hablar con el cuidador y enseguida entraron; minutos más tarde lo llamaron a Pablo. Me dijo que era el papá, seguro lo venía a rescatar, yo ni tonto ni perezoso le pedí que le dijera que era mi tío así me retiraba y todo salió a pedir de boca, me rescató de ese lugar, donde había encontrado algo muy importante, que era el amor

platónico por Laura, una piba que sirvió de inspiración en mis noches cuando lloraba a escondidas, extrañando mi familia, ella se acercaba consolándome.

Al llegar a mi casa todo seguía como cuando me fui, la miseria, la falta de educación, nos sumergía en la ignorancia extrema. No pasó mucho para que una noche me escape otra vez, sin saber a dónde o qué iba a hacer. La cuestión es que a la brevedad y en pleno hecho dentro de un local, las linternas de la poli me encontraron nuevamente. Con voz autoritaria me ordenaron que saliera, y entre coscorriones y patadas fui a parar a la comisaría de Villa Bosh, cuando llegue me metieron en un buzón y me dejaron ahí, entre lloriqueos y lamentos me hice el tonto, porque no quería que me pegaran, la angustia de imaginar, lo que me podía llegar a pasar me asustaba, no podía ni respirar. De pronto escuché que me llamaban desde el fondo y las palabras en forma de cargada no se hicieron esperar, yo en un grito arrabalero les respondí:

-No me molesten.

Gil, cobarde y un par de amenazas e insultos llovieron del lugar donde se encontraban los otros pibes. Mi mente vio una película de terror recordando la vez anterior que caí, ese segundo duró una eternidad, me di cuenta que el silencio se apoderó de mí, solo una radio y voces a lo lejos murmuraban, en ese momento creí que planearían atravesar la reja para venir por mí, decidí entablar una conversación un poco amigable, si la gorra me pasaba al calabozo no tendría tregua de hacerlo, estando ahí dentro con los demás sin un muro o reja que nos separase.

-Eh amigo, me escuchás, eh amigo, amigo. Les grité un par de veces.

-Qué querés. Respondieron.

-¿Tienen agua para convidarme?

-¿De dónde sos?

Escuché la misma voz que me habló desde un principio, yo deduje que ese sería el que llevaba la celda, por mi poca experiencia, la otra vez recordé que el que se dirigió a mí en la primera de San Martín, cuando hablaba, todos hacían silencio. Acá pasó lo mismo.

-Roberto me llamo, soy de Coneza.

-Ah, de acá cerca. Yo me llamo Adolfo, soy de Echeverría, ¿me conocés?

Pensé rápido, esa calle era a dos cuadras de mi casa pero no podía saber quién era.

-No Adolfo, no te conozco.

-Bueno, Roberto, cuando pasés para acá vas a ser mi chica, sabés.

Lo que ese no sabía era que yo era una plaga tanto como él y mi boca una alcantarilla, desconociendo todo código de una celda llena de menores, la mayoría provenientes de villas, incluso el mismo Adolfo, donde se conoce un poco mas cómo vivir y qué decir, así que les grité:

-La concha de tu madre, hijo de re mil puta.

Esas palabras desencadenaron un odio indescifrable en la mayoría de los que estaban ahí. Agua caliente, papeles prendidos fuego, yerba usada, y varios objetos más arrojaban intentando llegar hacia el lugar en el que me encontraba. La ira duró al menos unos quince minutos, en un momento entró un cana al que le decían que me pasara para el fondo.

-Che, cállense la boca manga de ratas o los manguereo, miren la mugre que hicieron, ahora cuando me desocupe con éste voy a sacar a uno que limpie.

Esas palabras retumbaron en mi mente haciéndome sentir angustia como la que nunca antes había sentido, si en verdad salía ese Adolfo o cualquiera de los que estaban ahí, podían llegar hasta la puerta del buzón en el que me encontraba.

-Dale, vos cómo te llamás, dale levantate- me dijo el poli.

-Roberto Samuel Bustamante- respondí gimoteando de miedo.

-Te acordás la dirección de tu casa.

-Sí, Coneza, cuatro doce.

Anotó en un papel, se dio media vuelta, salió del pasillo y no lo vi más, yo me quedé pensando que ojalá encuentren mi casa rápido. Deseaba tanto irme de ese lugar, esta vez sentí que algo malo podía pasarme, el niño que en mí había desaparecido volvió aterrado, solo quería estar en los brazos de mi madre.

Las horas pasaban, no puede calcular cuánto, pero en un momento me dormí. El frío y los calambres me despertaron. A lo lejos escuché voces. Presté atención, me parecían conocidas, efectivamente una era la de mi hermana, que gritaba pidiendo verme. Me levanté de un salto y me aferré a la reja.

-Lolo, Lolo, ¿sos vos?- grité con todas mis fuerzas.

-Si papito, ahí te van a soltar, ¿cómo estás?

Rompí en llanto, creo que toda la comisaría se derrumbó, la angustia era desgarradora hasta los mismos chicos gritaban.

-¡¡¡Eh!!! Gorras, larguen al pibito, no ven que tiene miedo- al mismo tiempo que golpeaban haciendo una especie de batucada.

Ellos ignorando que yo era un callejero sin límites, actuaron solidariamente; nunca me podré olvidar ese acto, creo que su propio

deseo de libertad los impulsó. En ese momento escuché que la primera reja se abrió. Vi entrar al policía que me había agarrado, el mismo que me pegó, su rostro no mostraba signos de arrepentimiento, todo lo contrario, su mirada fija en mis ojos y mientras abría la puerta dijo:

-Dale, dale, salí ya. Te salvaste de ir para el fondo, la próxima te meto de una. Tomátela de acá, no te quiero ver más.

Pasos rápidos hicieron que saliera de ese lugar terrorífico, deseando no volver nunca más.

“Nunca digas nunca”, fue una de las cosas que aprendí ese día. Pero bueno, continuemos. Luego de regresar a mi casa me recosté para recuperarme psicológicamente. Para tener once pensaba demasiado, si bien los golpes no habían sido como la primera vez, el cansancio me ganó y dormí hasta el otro día. Al despertarme arrasé con todo lo que pude comer, “La Madre” de esa manera nos referíamos en mi casa. Con respecto a mamá y mis hermanos, me hablaron para que depusiera esa actitud, no era un juego, podría terminar muy mal. Yo prometí portarme bien, desde ese día creo que no volví a ser el mismo. Al pasar los días jugaba con los chicos de mi misma edad intentando recuperar la senda correcta, observado por mis hermanos. Todo iba bien, hasta que en un descuido volví hacer cagada y caí otra vez. Así y para ser sincero, me la pasé todo un año, una tras otra, recibiendo de la cana coscorriones, piñas y patadas, tres o cuatro veces me manguearon con agua fría, para que supuestamente escarmentara. De última me llevaban por deambular por los centros comerciales de los barrios cercanos.

Al ingresar en las comisarías siempre me las agarraba con los del fondo. Pensaba que eran las reglas, los códigos de esas tumbas, tanto en

la 5° de Billingham, en La Ofrasio o en la de menores de Villa Bosch. El carácter que hasta ese momento adopté, fue siempre el mismo, nunca pasé de una leonera o buzón en donde estaba solo. Ahí me fui forjando. Creía que contestarle a los pibes del fondo me satisfacía, putearlos los convertía en fieras, animales, y a mí, en su comida; solo que no podían comerme. El miedo, las torturas y las humillaciones... estuvieron. Pensándolo hoy, ¿qué chico pasa hasta tres días en un lugar sin baño, ni cama y casi sin comunicación, de la única manera era a los gritos, “hasta cierto punto”. Si la gorra o un cana en especial, lleno de odio, dolor y resentimiento ingresaba, me castigaba a golpes para que me calle. Mear en una botella o cagar en bolsa, comer en un bidón cortado por la mitad, tomar agua de un recipiente que lo usaron con aceite o combustible para automóvil, dormir en el piso sin cobijo alguno....fueron muchos los ultrajes.

Un día, poco después de cumplir los doce, encontré de casualidad a dos amigos: Cristian y Bruno. Ellos me invitaron a ir a la peatonal del microcentro, a la calle Lavalle a jugar a los videojuegos. Al salir de uno, de esos tantos que esa misma noche entramos, me propusieron ir hasta Palermo, yo supuse que sería para hacer algo como lo que hicimos hace un año atrás y sin preguntar mucho acepté ir. Tomamos un taxi y nos fuimos. Recuerdo que bajamos en una plaza, nos sentamos en un banco y señalando un local, Cristian me dijo por dónde trepar. A los cinco minutos estábamos en el techo, y a los diez, dos patrullas en la puerta. Ésta vez el juego tendría un desenlace muy desagradable. Mauro alcanzó a correr por los techos logrando huir y nosotros caímos presos, fuimos a parar a la comisaría 31. Al ingresar nos separaron, a mí me

metieron en un buzón de un metro por un metro, con un asiento de cemento, la puerta solo tenía una mirilla, la que abrieron solo un par de horas después para preguntarme mi nombre y la dirección de mi casa. El trato parecía, hasta ese momento, demasiado cordial e, incluso, llegué a sospechar que los canas esperaban a que me durmiera para entrar y castigarme. Las horas, los minutos, los segundos pasaban, era obvio ya se escuchaba el sonido de los autos, colectivos, y motos que venían de la calle. Cerca del mediodía, calculo, entró un cana. Sentí como abrió el candado y luego corrió el pasador que con dificultad, le costó destrabarlo porque estaba oxidado, ese sonido heló mi cuerpo. Hasta ese momento nunca sentí estar tan encerrado. Al abrir la puerta de par en par, me miro y dijo:

-Dale, salí que te llaman del juzgado, levántate.

El tono de sus palabras sonó a provinciano, un correntino o misionero pensé, porque mi familia eran de esos lados. Mientras me subía al patrullero que estaba estacionado en el garaje le pregunté de dónde era, él me respondió fríamente:

-Callate la boca y metete ahí y no se te ocurra hacerte el vivo porque cobrarás.

El miedo nuevamente se apoderó de mí. Paralizado, sin ni siquiera levantar la vista, hice caso. Salimos, él, un acompañante y yo; el sol de pleno verano calentó el vidrio de la patrulla a las pocas cuerdas, cuando alcé la vista y vi cómo la gente miraba, me dio tanta vergüenza que recordé la cara de mi mamá diciéndome que no haga más cagadas, que piense en lo malo que era robar, y me largué a llorar. Asustado intenté preguntar si me iban a soltar, pero me mordí los labios pensando que si

lo hacía, esos gorras me pegarían. O peor, para ese momento todo me llevaba a pensar a que la muerte me asechaba.

Cuando ingresé al juzgado me metieron por un pasillo hasta encontrarme con puertas totalmente selladas, me llamó la atención porque, a diferencias de las que ya había visto, esta tenían cerradura. Un cana que estaba parado frente a una de las puertas le dijo al que me llevaba

–Metelo acá.

Entré y la cerró en mi espalda, todavía siento el golpe que dio contra el marco. Dentro de ese buzón caminé desconcertado, aturdido, imaginando que apenas hable con alguien le pediría que mande por mi familia. Escuché pasos y la llave girar al abrir la puerta, un cana me dijo:

-dale, salí que te va atender el abogado.

Caminamos hasta entrar en un ascensor y subimos, vi que frenó en el número tres, tercer piso. La puerta se abrió y como salimos, entré en una oficina, la que tenía la puerta abierta: me esperaba de pie un hombre mayor.

- Hola, vos sos Roberto.

-Si- le contesté.

Mirándome indiferente me dijo:

– Mirá che, vos y tu amigo van a tener que estar unos días hasta que me ponga al tanto de cómo fueron las cosas.

-Don, no me deje ahí, yo no hice nada.

Las lágrimas se me escapaban de mis ojos pero continúe diciendo si podía ir a buscar a mi mamá o a mi hermana, que yo no sabía que era un robo.

Él me miró y nuevamente dijo.

- Basta Roberto, no llores que en unos días vas a ir a tu casa. En cuanto nos comuniquemos con alguien de tu familia, te retiran y te vas.

-¿Y Cristian va estar conmigo?- le pregunté.

-Vos preocupate por vos- me contestó y siguió diciendo:

- Ahora te van a llevar a un lugar para que te cuiden mejor, en la comisaría no podés estar, vos quedate tranquilo que vas a estar bien.

-¿A dónde, don?-, le pregunté asombrado, temblando, esperando que no dijese lo que no quería escuchar.

Empezó a decir lo más serenamente que si sabía qué era un instituto, que ahí había gente que se especializaba en cuidar a chicos, que ahí iba a comer, a dormir en una cama, que tendría espacio para caminar y que en ese lugar podía estar con chicos de mi misma edad.

Esas palabras rompieron el embrujo en el que estaba sumergido, salté de la silla e intenté correr hacia el ascensor que estaba cerrado, cuando sentí la mano del cana amarrándome de los pelos y, reduciéndome, me dio vuelta. En pleno ataque de furia logró tranquilizarme. Lleno de odio miré al defensor que me estaba condenando a un sometimiento seguro.

-Llévelo, ya terminé. Trate de traerme al otro antes de las tres, así mando la orden para que lo trasladen- dijo.

Bajamos y fuimos directo a la comisaría. En todo el camino no paré de pensar, rogando que Cristian esté junto a mí. Al llegar, el patrullero no

entró, de la puerta llamó diciendo que saquen al otro, supuse que era mi amigo y así fue. Mientras me metían pasé junto a él, le dije.

– Cristian me van a llevar a un instituto, no me dejés solo, pedí estar conmigo, no quiero estar solo- llorando en todo momento

-No te preocupés, enano, que yo voy hablar, no llores que en unos días te llevan a tu casa, ahora yo me hago cargo de todo- me dijo.

Me metieron para el buzón en el que estaba antes, cuando cerraron la puerta le pedí a Dios y todos los santos, que si existían me ayudaran a salir del problema en el que estaba metido. Un rato después, apenas unos minutos, escuché a un cana que dijo a la pasada que en cuanto traían al otro, nos llevaban al Agote.

Una hora después me sacaron de ahí y me metieron en el coche de la policía en el que estaba Cristian. Él no decía nada, creo que estaba tan asustado como yo.

Al llegar al edificio, miré desde el interior del auto y vi que era de color verde, imponente, de dos pisos, con ventanas llenas de barrotes. Los vidrios estaban pintados de negro mate, como si su intención fuese ocultar lo que pasaba en su interior, la puerta de madera se asemejaba a la de las películas de terror. Para entrar había que subir unos cinco escalones. Un cana bajó y llamó por una de las ventanas verticales que había en cada costado de la puerta, sin tener respuesta miró hacia el auto moviendo la cabeza como indicando que no salía nadie, luego levantó la mano, extendiendo su palma, queriendo decir que esperemos. Pensé que las plegarias habían sido escuchadas, y si así fuera, deseaba tanto que el auto arrancara con destino a mi casa. Cristian se acercó a mi oído, susurrando dijo:

-Parece que no hay nadie Roberto, ¿será que nos llevan a la comisaría?

No terminó de decir eso que la puerta se abrió, un sujeto sacó medio cuerpo y habló con el cana, que le mostró unos papeles, luego se acercó y nos bajaron. Al entrar había tres personas que se despidieron de los policías y nos llevaron al fondo. Ahí nos preguntaron nuestros nombres y la edad de cada uno. Luego nos llevaron hacia otro lugar en el que tuvimos que bajar unos escalones. A mi me metieron en una celda con una ventana casi en el techo, la puerta era de rejas, en el interior me pidieron que me sacara toda la ropa, pero yo me negué y empezó mi calvario.

Comencé a cobrar. Trompadas, bifés y toda clase de vejámenes. En mi cabeza todo daba vueltas, imaginé que me violarían y que de última me matarían. En un momento, hasta me cagué encima. Había cerrado los ojos, pero cuando los intenté abrir no podía, los golpes que tenía los inflamaron, pero no sentí nada, me habían arrastrado por todo el pasillo hasta que perdí el conocimiento, no sentí más nada, creo que me desmayé. Unas horas más tarde me desperté desnudo sobre un colchón todo sucio, los gritos incesantes de mi amigo me habían hecho volver en mí.. Le grité para que supiera que estaba vivo, él también me respondió que aguantara, que esta pesadilla pasaría en unos días, ahí me di cuenta que él, con dieciséis años, tenía el mismo miedo, quizás más que yo. Hoy en día, saco conclusión que si hay un niño dentro de cada adulto, un adolescente sigue siendo un niño.

Así pasamos unos días, hasta que una tarde lo sacaron, de ahí no lo vi más, por casi un mes. A mí me sacaban todos los días para bañarme, me traían el desayuno, la comida, la merienda y la cena. Todos los viernes

nos dejaban hacer una llamada que duraba cinco minutos y de a poco fui enterándome, de las otras actividades: la escuela, el patio donde había una cancha de papi futbol y unos cursos de taller y otras prestezas, eso me dijo un pibe que lo trajeron de uno de los pabellones castigado por pelea.

Hasta que me llegó el momento. El gordo hijo de re mil puta, el mismo que se ocupó todos los días de darme la comida, me dijo que subía al primer piso. Mis instintos me decían “peligro, peligro”, se me helaba el cuerpo cuando pensaba qué pasaría si me lastimaban mal dentro de ese lugar, si acá no te daban cabida, sería triste el final, nadie se preocupaba por nadie más que por uno mismo, eso te hace el sistema: te hace creer que nadie es más importante que vos mismo. La vida dentro un lugar así es horrible. MALDITA TUMBA JUVENIL. Al llegar al primer piso vi una puerta roja con una mirilla, que luego supe que era por donde pasaban la comida. Al entrar me encontré con Cristian y una decena de pibes. Él me dijo que estaba bien y que ahí tenía que hacer las cosas para vivir tranquilo, lo que él no sabía era que en mí se despertó un odio y un rencor hacia todas las personas, incluyéndolo. Qué se creyó, que no me afectaría saber que él estaba siendo sometido. Yo no quería ni aceptaría jamás ser valerio de nadie. Para terminar con la tranquilidad de la charla y del lugar, algo debía hacer ahora, si el celador se iba ¿quién me rescataría?, pensé en eso dos o tres veces, levanté la mirada hacia ambos costados, algunos ni levantaban la cabeza. Estaban divididos. De los tres que gesticulaban mientras hablaban, casi a los gritos, uno vio que lo miré y me preguntó

cómo me llamaba, le respondí con nervios, obviamente por lo que estaba sintiendo:

-Roberto.

-Pepe me dicen, ¿eh, vos caíste con éste?- señalando con el brazo a Cristián.

-Si- le respondí.

En un costado de la puerta tenían un tapper, se veían unos vasos, un mate y una bombilla de plástico; ahí detuve mis ojos, si la agarraba podía usarla para defenderme o intentarlo, significaba pararme de manos, eso, creo que me daba más temor. Este tal Pepe, cada vez que pasaba junto a alguno de los pibes que ni hablaban, los asustaba amagándole un golpe. Eso terminó de trastornarme. Caminé dos pasos, me agaché y agarré la bombilla, justo detrás mío venía este pibe, que aparentaba unos dieciséis. En ese momento recordé las palabras de Viru que me había dicho: “al que habla, grita y ordena le tenés que dar en la cara o en donde sea, porque si te dejás someter, la podés pasar mal y te puede pasar cualquier cosa”. Me hice el bobo, el tonto, el desentendido y agarré la bombilla, me di vuelta y intenté clavársela en un ojo, le di un par en la cara, pero como era más grande fue en vano, solo sé que cobré tantas piñas que si no fuera por el maestro, quizás me desfiguraba para siempre. Fui a parar al sótano donde había estado un mes, entre casi desvaneciéndome, la última ayuda fue la patada en la espalda que me dio el que me bajó. No está demás decir que si no fuera por el gordito, me estropeaba Pepe Gigantón, por eso lo de la patada lo pasé por alto. Habré estado media hora tirado en el suelo hasta que me logré acomodar en el colchón que estaba tirado a un costado. Esa noche escuché hablar a

los maestros con la mujer que, supuestamente, se ocupaba de que estemos bien los chicos en ese lugar, decían que me tenían que trasladar, era muy chico para estar ahí.

Con solo doce años pensé que la ayuda o compasión de parte de ellos se dispondría, pero me equivoqué: ese día ni la comida trajeron. Al amanecer me dieron mate cocido con un pan, era el mismo gordo de siempre, le pregunté qué pasaría conmigo y si sabía algo de mi familia; ya había pasado un mes sin ninguna noticia, ni nadie se preocupó.

El monitoreo es un derecho, debieron atenderme o contenerme. Todavía retumbaban las palabras del defensor diciéndome que en el lugar que iría estaría mejor; cama, comida y cuidado. ¿Qué cuidado? Si el primer mes que estuve ni la psicóloga ni la asistente ni teléfono ni juzgado ni patio, solo sótano, y cuando me metieron con la población no repararon que con doce años era muy chico para estar en un régimen. Suprimido, vulnerado, postergado, era demasiado obvio el ocultamiento del trato recibido y éramos sometidos. La falta de alimentos, medicamentos y primeros auxilios, que hoy puedo afirmar que no llega o, mejor dicho, que se pierde en el camino, cuando pedía una aspirina para el dolor la respuesta era que no había nada.

Después de pasar unos días, nuevamente comencé a sentir desesperación, soledad, nadie con quién hablar. Era angustiante, solo me reconfortaba el no estar en las celdas, sometido o humillado en todos los sentidos, en ese lugar y a cada momento se me venía a la mente Cristian, sumergido en el sometimiento. Cuando lo vi no lo podía creer, no quería creer pero así fue.

Luego de un mes y días vino hasta la puerta de mi celda la asistente y el gordo que estaba encargado de los “buzones”, me levanté como pude. Ya los huesos me dolían, creo que de la humedad y los golpes. Ella me miró consternada y dijo: “Roberto, llamó por teléfono una tal Lorena, ¿sabés quién es?”. Instantáneamente, desde lo más profundo de mi ser, brotó por mis ojos un mar de lágrimas y respondí: “Si, es mi hermana”. Ahí sentí la esperanza de que viviría si vendrían por mí. La pesadilla se terminaría; deseé tanto que en ese momento me largaran, pero solo termino diciendo:

-Bueno, hoy vas a poder hacer una llamada. Nos dejó el número de teléfono de tu tía Liliana, quedate tranquilo que en unos días, si todo sale bien te vas. Giró y se fue sin darme más detalles, el celador también se fue.

Pensé cada palabra que le diría, las que más repetiría serían: “Lolo, sacame de acá”. Ese día las horas fueron interminables, la ansiedad me mantuvo inquieto en todo momento, hasta que llegó el gordo y me sacó. Fuimos en dirección de una oficina en el primer piso, ahí encontré a unos pibes que esperaban para llamar, yo pasé de una, estaba la asistente, el gordo dictador y uno que parecía ser alguien importante. Me dijeron que cuidara las palabras y que no dijera nada de lo que estaba pasando, noté las miradas fijas y penetrantes, queriéndome decir que si decía algo de mas me maltratarían. El hombre que estaba sentado marcó el número y me pasó el tubo. Después de sonar varias veces, escuche.

-Hola- no conocí la voz.

-Hola Lore, soy Roberto, me venís a buscar-. Mientras hablaba miré de reojo, vi que con sus miradas controlaban que no dijese nada de las torturas.

-No hijo, soy la tía Negra ¿cómo estás? Esperá que la vaya a buscar a la Lolo. No cortés. Cinco minutos no habían pasado cuando el sorete que aparentaba ser importante cortó la comunicación y me dijo:

-Se terminó el tiempo- comencé a llorar pidiéndole que me dejara un minuto más, que mi familia vivía a una cuadra y que mi tía estaba viejita para ir corriendo. La respuesta fue:

-No. Ahora llamamos nosotros y les decimos que el viernes a las siete estén esperando que tenés teléfono, llévenlo- dijo.

Salí desahuciado, resignado a que de ésta no salía, ni hizo falta que me ordenara entrar en la celda, sumiso me recosté pensando que en una semana tendría la oportunidad de escuchar a la Madre y saber si vendría por mí. Al menos pude descansar. Al día siguiente me levanté temprano y esperé el desayuno que lo trajo otro celador, le pregunté si sabía qué pasaría conmigo y me respondió que al parecer me iban a subir a un pabellón tranquilo, que ya no podía estar más en los “buzones”. Se fue y nuevamente entre en crisis. El saber que tendría otra “prueba”, otra “bienvenida”, me aterró. Esa tarde me atendió la psicóloga, me dijo que el juzgado pidió que me den un lugar como el que dijeron que me iban a dar en un principio. Solo que esta vez parecía cierto. Habré estado unos minutos y me llevaron al segundo piso, al entrar me recibieron dos pibes más grandes que yo. Las primeras horas estuvo todo bien, comimos juntos en un salón, algunos se llevaban el postre para comerlo en la celda, yo, ignorante, hice lo mismo. Cuando entramos todos, el celador

verificó que no faltaba ninguno, cerró la puerta y se fue. Esta vez no se quedó esperando que saliera, supuestamente era de conducta la celda. Pero en unos minutos todo cambió, se me acercaron dos pibes de unos dieciséis o diecisiete años, queriéndome sacar el postre, uno me agarró de los pelos, el otro de los brazos, apretándome fuerte, me decían:

-Soltalo, soltalo o cobrás.

-No, no lo voy a soltar, yo voy a pelear, loco.

Les dije y se paró frente a mí el más grande de los dos en posición de pelea, no me quedó otra que hacer lo mismo, él tenía la mirada fija en mí como si su objetivo fuese destrozarme, yo pensé por un segundo en dárselo y que se terminase todo, pero una voz en mi interior se negaba, no sé qué era, a esa altura al orgullo, pensé que lo había perdido en el sótano. La pelea no fue la gran cosa, en la primer trompada fui a dar al piso, el mastodonte, al que le decían el Pequeño Juan, se me tiró encima. Para qué seguir recordando lo que me pasó ese día, lo que les puedo contar es que nuevamente terminé en el sótano. Para no dejar pasar la oportunidad, los guardias me golpearon, justificando la paliza panglosianamente, echándome la culpa de todo a mí porque, según ellos, era un mal hablado, prepotente y altanero, Qué sabía yo lo que significaba ser altanero, si apenas tenía doce años.

Tres semanas después de soledad, sótano, frío y mucha necesidad, el día que menos lo esperaba se abrió la puerta del buzón, y el gordo que, a esa altura, era la persona más familiar, me dijo que mi mamá y una de mis hermanas estaban tramitando mi libertad, esa fue la mejor de las noticias que recibí en mi vida.

Después de haber pasado por ese instituto ya nada fue difícil, mi vida terminó de hundirse en el abismo más oscuro que puedan imaginar. Lleno de resentimiento cometí muchos errores de los que en la actualidad no me enorgullezco en lo más mínimo, tuve momentos similares en cada caída, las veces que volví a estar en institutos no las recuerdo con nitidez, no sé si para evitar el sufrimiento o simplemente porque prefiero dejar en el olvido las cosas desagradables que pasé en esos lugares, donde solamente me prepararon para ser parte de un sistema en que no todo es lo que parece, puesto que en este momento les puede afirmar que acá los victimarios pasamos a ser víctimas, simples peones de una partida de ajedrez donde todas las jugadas benefician a los poderosos que offician de titiriteros, pero como en todos los laberintos, en éste también hay una salida. Hoy me encuentro en la unidad número 23 de Florencio Varela, en el pabellón número 4, y junto a los demás compañeros de la editorial Cuenteros, Venceros y Poetas y a base de mucho esfuerzo y perseverancia, estamos buscando la salida, tenemos claro que LA REINSERCIÓN es a base de cultura y aprendizaje, no el falso aprendizaje que tuve en las calles, si no el que te dan los libros, todo libro officia de docente sea del género que sea.

“Al principio, el mal, es difícil de reconocer y muy fácil de curar. Pero con el trascurso del tiempo, al no haber sido atajado ni combatido, el mal se hace cada vez más fácil de reconocer, aunque también se vuelve cada vez más difícil de erradicar”.

Nicolás Maquiavelo

Dedicado a los maestros, celadores, encargados y empleados de todos los colegios, institutos y cárceles de menores de la Argentina.

FÁBRICA DE MONSTRUOS

Ezequiel De Jesús

Ramírez.

“Robo, persecución, tiroteo y muerte”, decían los noticieros. “Aún se buscan dos integrantes de una banda de cuatro jóvenes, se presume que son todos menores de edad, fuertemente armados, tras cometer un rally de robos en los alrededores de San Isidro, fueron interceptados por la policía y después de un salvaje tiroteo que dejó el saldo de dos policías gravemente heridos, un delincuente abatido, uno detenido, y a los dos restantes se los sigue buscando por las casas linderas al lugar del enfrentamiento”.

Walter y Nico se fueron, Matías se me murió en los brazos esa maldita tarde de octubre. Con tres tiros en la espalda Mati respiraba cada vez menos, tirados atrás de un auto y aturdido por la explosión de tantos disparos, el único sonido que reconocía era ese silbido de los balazos rozándome la cabeza. Reaccioné y lo miré a mi amigo desangrándose en el suelo ya sin fuerzas, lo quise levantar pero no podía, vámonos de acá Mati, dale, amigo, le dije dos o tres veces. “Ayúdame...” ya con lágrimas en mis ojos y una sensación inolvidable en todo mi cuerpo, con sus últimas fuerzas y con la voz temblorosa me dijo “compa, cuidame a mi viejita y a mi bebé”, lo abracé, lo miré, se río, y de a poquito se le fue apagando esa luz que tenía en la mirada, quedé perplejo...y sin balas. Tardaron pocos minutos y cayeron policías de todos lados. Cobré como nunca en mi vida, me esposaron, me

subieron a un patrullero y me llevaron a la comisaría más cercana. Cuando llegamos a la comisaría me dieron unos golpes mas que se detuvieron cuando comprobaron que realmente tenia 16 años, me metieron en un calabozo oscuro, frío, húmedo, tenía la esperanza de que algún familiar mío viniera a buscarme y me sacara de ese lugar horrible, pero claro, la policía nunca llamó por teléfono a mi familia. Así que el fiscal que intervenía en la causa, el doctor Campos del tribunal de menores número tres de San Isidro, ordenó mi traslado a un instituto de máxima seguridad, y en un par de horas me llevaron a Movimiento de Menores en la ciudad de La Plata, donde fui derivado al instituto Almafuerte.

Después de poner mis huellas en un par de papeles, un celador le dijo a los policías que me trasladaron “dejalo, nomás, nosotros nos encargamos”. Era de noche. Tarde el celador me dirigió a un salón comedor, en el camino y con un tono burlón me dijo: “acá con esas zapatillas sos el más buscado”. Llegamos al comedor, con largas mesas y bancos de madera, había un par de pibes limpiando, y mientras el celador indicó que me dieran algo caliente para tomar. Se me acercó un chico de mi edad o un poquito mas grande. “Tomá asiento”, me dijo, y me acomodé en un rincón, mientras el celador hablaba con un maestro que estaba tomando mates en la cocina, nosotros también entablamos una especie de charla condicionada, todavía me encontraba shoqueado por lo que había vivido horas atrás.

- ¿De dónde sos? - Le Pregunté.
- De San Martín ¿y vos?- Me dijo.
- Yo soy de San Miguel, me llamo Ezequiel.

— Yo soy Hernán - y me extendió la mano.

— Un gusto - contesté... y la charla termino ahí.

— Bueno, bueno, ¿ya tenés algo en el estómago? Ahora a dormir que ya es tarde - dijo el celador.

Cuando estábamos por salir del comedor para dirigirnos a los pabellones, Hernán se me acercó y con sutileza y me dijo: “cuidate si vas al uno”, y regresó a terminar de acomodar unos bancos. Salimos por un pasillo largo hasta que llegamos a una reja donde había dos celadores mas, “¿dónde lo metemos a este?”, preguntó el celador que me traía, “en el uno, ahí hay lugar”, contestó el otro. Así entré a ese pabellón, con muchas camas dobles, yo no entendía nada, estaba en un lugar nuevo para mí y rodeado de gente que no conocía.

Había sido un día muy largo, lleno de cosas fuertes, estaba muy cansado, así que ni bien apoyé la cara en la almohada, me dormí. A la madrugada, un mínimo ruido me despertó y en la oscuridad vi a tres pibes caminando en puntitas de pies, tratando de hacer el menor ruido posible, se tiraron encima de otro chico que dormía en su cama, lo agarraron de los brazos y de las piernas y amenazándolo con algo que yo no podía alcanzar a ver por la escasa luz, le bajaron los pantalones y uno a uno lo fueron violando, me invadía una mezcla de bronca y odio, quería ir y reventarles la cabeza de un fierrazo, pero era obvio que a nadie mas le importaba, porque nadie dijo nada, solo el pibe que dormía al lado de mi cama murmuró: “se le escapó la tortuga, amigo”. Se acomodó, se tapó bien y volvió a dormir, ya era algo normal para él. De golpe me choqué con un mundo nuevo al que entendí que me tenía que

acostumbrar si no quería terminar como ese pibe, estaba solo contra ese nuevo mundo.

No pude volver a pegar un ojo en toda la noche, me sentía muy mal por lo que le había pasado a Mati, por lo que le habían hecho a ese pibe, por ver esa secuencia y no haber hecho nada, parecía que en mi cabeza seguía escuchando los balazos, las sirenas de los patrulleros, la voz quebrada de mi mejor amigo hablándome por última vez, el llanto de ese pibe que habían violado con total impunidad delante de todos y sin importarles nada.

Amaneció y fui el primero en levantarme, sin saber ni siquiera dónde quedaba el baño, se fueron despertando todos y levantándose de sus camas, iniciando sus rutinas, algunos me saludaban, otros me miraban desde lejos con una mirada que insinuaba que me estaban perdonando la vida y ni siquiera me conocían, enseguida me di cuenta de que había varios grupos formados según los barrios o zonas cercanas al domicilio, o simplemente se conocían de otro instituto, como quién dice “yo era un sapo de otro pozo”, y la verdad es que mi intención no era quedarme en ese lugar, había estado poco, pero ya había visto mucho.

El desayuno fue tranquilo, solitario, pero tranquilo, no lo vi a Hernán por ningún lado, terminé de desayunar y me vino a buscar un celador: “la psicóloga te quiere ver”, me dijo. Después de tener una charla con esa señora me sentí un poco mejor, no por que hallamos hablado de lo que me había tocado vivir, sino por que me dijo que si bien ese lugar era un instituto de máxima seguridad, no era una cárcel, que se habían fugado muchos chicos y que si esa era mi intención, que no la haga perder el tiempo, obviamente en ningún momento le dije que me quería

ir en ese preciso instante, pero tampoco tenía ninguna intención de quedarme durmiendo al lado de unos violadores, así que le dije lo que ella quería escuchar. Respondiéndome dijo que la otra semana me volvería a llamar.

Cuando salí de la oficina de la psicóloga me llevaron a un patio recreativo donde estaban jugando al fútbol, algunos haciendo gimnasia, no tardaron en acercarse los mismos que esa mañana me miraban con miradas asesinas,

— ¿Qué onda, enano, por qué estás en cana? - Preguntó uno.

— Por no dejar a mi mejor amigo... - contesté.

Se empezaron a reír. Por eso no te traen en cana, salame, me contestó, “pero bueno, ya que estás acá me podés hacer un favor si te quieres llevar bien con nosotros, y me podés regalar tus zapatillas”, lo miré fijo a los ojos y contesté, “no me interesa llevarme bien con ustedes” y empezamos a las piñas, eran muchos los golpes que estaba recibiendo, eran cuatro contra mi solo, de golpe uno sacó del bolsillo de su campera, el mango de un cepillo de dientes afilado, con una punta importante y me dejó un recuerdo en mi cuerpo, dándome tres puñaladas en la pierna derecha y una, que por suerte, no fue muy certera en las costillas. Aparecieron un par de maestros quienes improvisaron una especie de apuestas gritando “¡qué no se meta nadie!, ¿tanto se la aguanta este guacho de mierda? Ayer llegó ¿y hoy ya está peleando?”. Hasta que una persona ordenó que cortaran la pelea. Primero me llevaron a sanidad, donde después de mirar mis heridas, me limpiaron un poco con Pervinox, me dieron dos analgésicos y listo, “ahora a la

caja”, dijo un maestro y me dirigieron a los “buzones”. Pasaron cinco largos días donde realmente me di cuenta de qué estaba castigado.

Solo, en una celda sin poder ver el exterior, comiendo poco y nada, ya que hubo días en que ni si quiera se acercaba nadie a ofrecerme un pedazo de pan, tres días de esos cinco me los pasé volando de fiebre, por momentos deliraba y me acordaba de cuando era aún mas chiquito y me enfermaba y mi mamá me cuidaba y me ponía paños de agua fría que parecían caricias, y en ese momento no llegaban esas caricias que tanto necesitaba, ni siquiera sabía si mi familia estaba enterada de mi situación.

El quinto día me fueron a buscar dos maestros, me llevaron a la oficina del jefe del instituto, quien después de un discurso me dijo que me iban a cambiar de pabellón, me mandaron al tres, estaba nervioso por que no sabía que me iba a encontrar ahí, si iba a ser recibido como en el uno ¿o qué iba a pasar?, pero bueno, no tenía muchas opciones, era ese o cualquier otro de los cinco pabellones que todavía no conocía.

Esta vez fue distinto, porque ingresé al tres ¡y de día! Me recibió en la puerta del pabellón, Hernán, aquel pibe que me había convidado en su momento una taza de mate cocido caliente y me advirtió sin conocerme que me cuide si me llevaban al uno. Tuve una sensación de alivio cuando lo vi, aunque en realidad no nos conocíamos de ningún lado, pero hasta ese momento era lo más cercano a un amigo.

— “¿Cómo estás, Eze?” - Me dijo... “me enteré lo que pasó en el patio, mal ahí amigo”

— “Bien”... - contesté - “si mal, pero no pasa nada, ya fue”.

— “Bueno, amigo, acá quedate tranquilo que están los pibes mas tranquilos que en otros pabellones, no hay tantos quilombos, te vas a ir dando cuenta, vamos, que te voy a presentar a un par de amigos míos”. Fui saludando a varios chicos, algunos más chicos que yo, otros más grandes.

Así, tomando mates, hablando poco, pero escuchando mucho, fui conociendo varias historias de la vida de esos pibes. Por momentos sentía un escalofrío en todo el cuerpo, porque algunas de esas anécdotas eran muy fuertes y sufridas. Llegó mi momento, empecé a relatar cómo fue que terminé en ese lugar, y lo que me fue pasando desde que llegué ahí.

Después de todos esos días yo no sabía nada de mi familia me sentía muy solo, triste y hasta avergonzado por el mal momento que le hice pasar a mi viejita. Me preguntaba cuál fue el sentimiento que la invadió cuando supo dónde estaba y por qué, me sentía desinflado, muy triste, sin ganas de nada que no sea volver a mi casa, con mi gente; en ese momento, donde me sentía como la peor basura de la tierra, Hernán sacó una agenda del bolsillo y me dijo: *“Eze, vamos al teléfono así le avisás a tu familia dónde estás y que estás bien, porque a ellos siempre le tenés que transmitir eso, para que no se preocupen”*.

Nunca voy a olvidar esa charla corta que tuve con mi mamá, al escuchar su voz, no aguanté y me puse a llorar en silencio, los extrañaba mucho, ella me decía que ya sabía dónde estaba, que me quede tranquilo que estaban haciendo lo posible para sacarme de ese lugar, y que unos días atrás, ni bien se enteró de lo que me había pasado, me fueron a visitar con mi hermana, pero no las dejaron verme porque no era un día

de visitas, “pero mañana te vamos a ver, hijo te amo...”, y se cortó la comunicación. Justo en el momento que me sentía perdido, ahí estaba mi vieja, demostrándome que yo no era esa basura que, por un momento, creí ser, y que era muy importante para la gente que me quiere. Pasé toda la tarde muy ansioso, quería que se termine el día y su noche, pero el reloj se hacía rogar, cada hora para mí era una década. Finalmente llegó la noche, hacia frío, me acomodé en mi cama para intentar dormir, pero se me venía a la cabeza la imagen de ese pibe que habían violado y me despabilaba de nuevo. No recuerdo en qué momento fue que me dormí, pero si me acuerdo que a las seis de la mañana ya estaba despierto. Sabía que la visita empezaba a entrar después de las ocho, así que todavía faltaba. Ya preparado y listo para ver a mi familia, me dirigí al salón de visitas, el mismo comedor donde conocí por primera vez a Hernán, ahí estaban mi mamá y mi hermana muy abrigadas con una bolsa de mercadería al lado de ellas, ropa mía, y distintas cosas que me podían llegar a hacer falta, jamás voy a olvidar la cara de mi mamá al verme llegar, tenía tanto dolor, tanta tristeza en el rostro, fue una imagen que me quedó tatuada en la memoria. Fueron un par de horas inolvidables, donde me di cuenta cuánto tiene de verdad esa famosa frase *“Uno no valora lo que tiene hasta que lo pierde”*. Pasando el mediodía las autoridades del lugar dieron por finalizada la visita, me despedí de mi hermana y de mi mamá cómo si nunca mas nos volviéramos a ver, entre lágrimas y abrazos, intenté darles unas palabras de aliento... “Fuerzas, vieja”, le murmuré al oído, y me quedé parado, mirando cómo mi familia se alejaba de mí, fue la primera vez que vi que en la parte trasera del salón de visitas había un patio y al final del patio

un portón que daba a la calle. Después de unos minutos supe que tenía que recuperar mi ánimo, que las cosas seguían igual y que seguía en ese lugar deprimente. Volví al pabellón como una ovejita bien enseñada que sabe volver sola a su corral. Muchos pibes habían tenido visitas ese día. Mientras acomodaba mis cosas escuchaba que un grupo de pibes estaban juntando camisetas originales de equipos de fútbol, conjuntos deportivos, zapatillas o cualquier prenda de primera marca original, “con esto vamos a comprar algo para alegrarnos la tarde”, dijo uno, “¿Con qué colaborarás, Eze?”, preguntó. Mucho no entendía todavía, pero saqué del bolso de ropa que me habían traído esa mañana, la última camiseta de la selección argentina de ese momento, “¿Sirve?” pregunté, Hernán me miró, soltó una sonrisa y dijo: *“Por esa sola nos van a dar veinte clonacepan. Vos no te preocupés, Eze, yo tengo la línea con un enfermero que trabaja en sanidad, me vende pastillas y botellitas de alcohol fino por camisetas, y un maestro me vende porro, imagínate... ¡hoy somos nosotros!”*. Dijo con una gran felicidad. Cargó todo lo que había en una mochila y salió del pabellón a toda velocidad. No tardó más de media hora y trajo cincuenta pastillas y una piedra de marihuana. En ese lugar estaba todo legalizado, así fui conociendo muchas cosas del instituto que solo se conocen estando ahí, por suerte todo terminó tranquilo ese día, y bajo los efectos de la droga, me dormí.

Llegó el lunes de nuevo, los días seguían pasando y yo seguía en ese lugar, pero en mi cabeza tenía bien decidido lo que quería hacer, no sabía aún cómo, ni cuando o con quién. Sabía que era un tema que no podía hablar con cualquiera de los pibes y no tenía confianza con muchos, así que decidí seguir aguantando unos días mas hasta saber

quién era quién, sabía que podía confiar en Hernán, pero... ¿Podía contarle que quería planear una fuga? Sabía que era algo muy delicado, era mi libertad la que estaba en juego, por otro lado también sabía que mi situación procesal no era muy buena que digamos. En la causa, había robos múltiples, un enfrentamiento con la policía, y lo peor de todo la muerte de mi amigo. Tenía que salir de ese lugar y cumplir la promesa que le hice, la que el selló con su vida. Sabía que tenía que tener una buena conducta para poder salir del pabellón y llegar a los lugares que hicieran falta, para conocer bien el lugar, se complicaba un poco por que gracias a la venta inconciente de tantas pastillas que había en ese lugar, la mayoría de los pibes andaban todo el día drogados, alterados, nerviosos y muy violentos, aumentaron las cifras de chicos lastimados, robados, y hasta violados por los mismo internos que compartían los días de encierro, era tierra de nadie y empeoraba gracias a la gran corrupción que se veía por todos lados, las autoridades del lugar se robaban todo y para los internos cada vez había menos.

Fueron pasando los días, tenía una sensación rara, como si el tiempo se empecinara en repetir una rutina cientos de veces, no soportaba el encierro y extrañaba mucho a mi familia. Un día de diciembre desperté con una pregunta en la cabeza, “¿qué sigo haciendo acá?”. Y con un humor no muy bueno. Salí del pabellón y me dirigí hacia el comedor, Mientras desayunaba, Hernán se acercó y preguntó... “¿*Está todo bien, Eze?*” “¿*Vos creés que estamos bien?*”, respondí con otra pregunta...nos miramos a los ojos y supimos que uno podía confiar en el otro

— “*Nos tenemos que ir de acá, Hernán*” – susurré.

— “No es así nomás, hace un año que estoy acá. Sé cómo se manejan cada uno de los maestros, no hablés con nadie más de esto, a la noche hablamos más tranquilos en el pabellón”-. Dijo, y sin perder tiempo se levantó y se retiró a la cocina, a lavar ollas y platos sucios.

Volví al pabellón, donde ya tenía un grupo de chicos con quiénes estábamos empezando una amistad, hacíamos la mayor parte de las cosas juntos, desayunábamos, comíamos, jugábamos al fútbol, íbamos a talleres o cursos que, de vez en cuando, daban en el instituto, ¡y lo mas importante de todo! ¡Nos cuidábamos la espalda uno a otro! Si uno del grupo tenía algún problema, entonces el problema era de todos, sea con otro interno, con un maestro o quién sea. Mi grupo estaba formado por el Coló, Chelo, Moco, Hernán y yo, ellos ya habían estado en otros institutos y, en el caso de Moco, en varias oportunidades, creo que por eso se ganó su apodo. Un año atrás había estado en el instituto Alfaro, donde salía casi todas las tardes a robar, con el consentimiento del jefe de ese instituto y de otros maestros, con la condición de que repartiera el botín traído con ellos, y con la garantía de que volvería, porque el hermano menor de Moco también estaba en el Alfaro, y si no volvía él sería quién pagaría las consecuencias. Un día algo salió mal, y lo agarró la policía en pleno asalto a una casa, cuando la policía se dio cuenta que ese pibe figuraba en un instituto, fueron a investigar, y en el instituto dijeron que Moco se había fugado esa mañana, así que el juez que tenía su causa, no dudó en separarlo de su hermano menor y lo mandó a un instituto de máxima seguridad, termino en el Almafuerte. El Coló y Chelo eran compañeros de causa, y estaban por cumplir los dieciocho y eso, significaba cárcel.

Como se había puesto muy violento el instituto, los maestros hacían requisas en los pabellones, te revolvían todo, rompían nuestras cosas, y si a algún maestro le gustaba algo de lo que revisaba se lo llevaba, si reclamabas te cagaban a palos, te metían desnudo en una ducha y te tiraban con la manguera de incendios, se nos reían a carcajadas en la cara, nos humillaban, y pisoteaban nuestra decencia, pero eran las autoridades y nosotros unos pendejos que para lo único que servíamos era para hacer cagadas, la comida era cada vez peor, hubo muchos días donde ni siquiera había pan para los desayunos, no había nada.

Fueron viniendo caras nuevas, pibes que venían de la calle, que llevaban horas presos y que no entendían nada, y muchos traslados también, que venían de otros institutos por tener mala conducta, y que ya llevaban un tiempo presos, en algunos casos estaban mejor en cana que en la calle, y pasaban caminando cerca de nosotros mirando si la ropa que teníamos era de marca o si las zapatillas estaban buenas, surgían problemas en todo momento, ¿cómo esquivarle?

Si estaban todo el tiempo cerca nuestro con la mirada perdida por tanta droga, en lo único que podían pensar esos pibes era en conseguir mas droga. Como ya les conté, las cosas habían empeorado. Todos los días se escuchaban gritos, correteadas de los maestros, en algunos casos para separar a chicos que se estaban lastimando a puñaladas, con grandes cortes de bisturí o en la cara y gran parte del cuerpo, desfigurados, porque eran quemados con agua hirviendo, todo esa maldad que había en el ambiente hacía que todo el mundo esté todo el tiempo a la defensiva, esperando cualquier cosa de cualquiera. A mí me cambió la mente porque cuesta mucho confiar en alguien, sentía que

todo el mundo me quería cagar. Así que abrí bien los ojos y estaba mas atento que nunca, hasta a la mas mínima cosa. ... pero era muy difícil.

Por suerte recibía visitas con frecuencia, eso me ponía los pies en la tierra. Terminó diciembre y llegó la feria judicial, ahogando por el momento las pocas esperanzas de que me larguen, que me quedaban, las distintas situaciones que nos tocaron vivir, desde ver cómo lastimaban, violaban, quemaban o torturaban a chicos, hizo que nos fuéramos adaptando a ese sistema de violencia que nos imponían, y eso hacía que nos volviéramos, de a poquito, mas violentos. Se pierde la piedad porque el Instituto es una fábrica de monstruos. Recuerdo que un miércoles me disponía a salir del pabellón para ir hasta sanidad a ver a un amigo de mi barrio que lo trajeron un día antes de otro instituto, estaba lastimado y sin nada, había perdido todas sus pertenencias, así que le llevaba una muda de ropa, una manta, algunas cosas de higiene y algo de comida. Cuando salí del pabellón, el viejo bigotudo que nos daba paso en el tres, estaba tomando vino y escuchando música “*A ver si se dejan de romper las pelotas, guachos de mierda, que yo no estoy acá para atenderlos a ustedes ni para hacerles de portero*”, lo miré y solté un suave suspiro, como ignorando esas palabras de tono agresivo, traté de explicarle la situación y lo qué quería hacer, como si esperara que ese viejo dolido entendiera, o si le importara!!! “Poné lo que vas a llevar arriba de la mesa que las voy a revisar primero”, cuando apoyé las cosas sobre la mesa, con la manta y sin querer, le toqué la antena de esa radio de chamamé horrible que escuchaba y se perdió la sintonía del dial “¿qué hacés pendejo hijo de puta?”, me gritó, como creyendo que me asustaba y la verdad era que no. En ese momento no pensé en nada, se

me puso la mente en blanco, lo miraba como revolvió la comida con los dedos sucios y no aguanté mas, había una escoba parada contra la pared, la agarré y, sin dudarle, le partí el palo en la cabeza, lo corrí por todos lados con la mitad del palo con punta que me quedaba en la mano, parece que se le pasó el pedo al gordo, porque salió corriendo y gritando como si atrás de él viniera el diablo, y solamente era un pibito de dieciséis años. Vieron lo que pasaba otros celadores que andaban por el lugar, se me tiraron un par de maestros encima tratando de reducirme y sacarme el palo, hasta que lo consiguieron, me dieron vuelta los brazos, me los pusieron en la espalda, y la frente contra el piso casi, es una toma muy común que ellos siempre hacían, y en el aire me llevaron a los buzones. Claro que no iba a ser así de fácil yo ya lo sabía, me metieron en un cuartito antes de llegar a los buzones y apareció el gordo con una gasa en la cabeza, *“Ahora te mato, negro de mierda”* dijo al entrar a la habitación. Era consiente de lo qué había hecho y de lo que se me venía en ese momento, rodeado mas o menos, por ocho o diez maestros, todos con caras de enojados, lo miré y solté una sonrisa *“¿Ahora te hacés el piola, gordo borracho? Y recién corrías y gritabas como una nena”*, le dije, y sentí un golpe en la mandíbula que me aflojó las piernas. Fue inevitable caer de rodillas, me arrastraron de los pelos mientras me caía una lluvia de golpes por todo el cuerpo, me sentaron en una silla, me ataron las manos atrás, me tiraron un baldazo de agua para que recupere el conocimiento, claro por que en ese momento comenzaba la verdadera tortura. Un maestro se me acercó con una bolsa de nylon de esas que te dan en las casas de deportes cuando comprás un par de zapatillas, puso la bolsa en mi cabeza y la apretaba contra mi cuello para dejarme sin

aire, me daban piñas y patadas en las costillas para obligarme a soltar el poco aire que tenía en los pulmones, y de ese modo tenía que volver a intentar respirar un aire que no había dentro de esa bolsa, después de unos agobiantes segundos me sacaba la bolsa de la cara por dos o tres segundos y me la volvía a poner, fueron varias veces que me hicieron lo mismo. Llegó un momento donde sentí que ya no podía mas y de la desesperación que me había agarrado, aspiré fuerte por la boca con las últimas fuerzas que me quedaban, hasta que pude meterme la bolsa en la boca y mordí hasta hacerle un pequeño orificio por donde respiré mientras me seguían pegando como salvajes, cuando volvieron a hacer el proceso de sacarme la bolsa de la cara para que respire, se dieron cuenta de que la había mordido y agujereado y fue peor... “¿Ah sos pillo, guacho?” Escuché que murmuró uno, mientras me volvían a poner la bolsa dada vueltas y con mas empeño que nunca en que no respire, en ese momento pensé que iba a morir, ya no daba mas, empecé a forcejear como pude, ya que no podía tener mucho movimiento con las manos atadas, pero pataleé y pataleé hasta que soltaron la silla los maestros y caí para atrás con todo el peso de mi cuerpo sobre mis brazos, lo único bueno era que ya no tenía esa bolsa en la cara y podía respirar, mucho no duró mi alivio, parecía una tortuga que quedó panza para arriba, no me podía levantar del suelo ni darme vuelta, en ese momento me apuntó un maestro con la manguera de un matafuegos y soltó ese talco sobre mi rostro, ese químico se me metió en los ojos ardía como si fuera ácido, se me metía en la nariz cuando respiraba y en la boca, de tanto tragar eso me agarraron convulsiones, quería gritar pero no me salía la voz, quería gritar para pedir ayuda ¿Ayuda a quién? Cuando vieron que me

agarraron convulsiones me tiraron unos baldes de agua encima y me llevaron tirado arriba de una manta como si fuera una especie de camilla a sanidad, donde recibí un poco de oxígeno, me colocaron un suero y me dieron unos analgésicos, estaba tan golpeado y dolorido que me dejaron en una camilla ahí *¿Vos querías venir a sanidad? Ahora estás en sanidad...*”, dijo un maestro con un tono burlón, me esposaron a la cama, y le dieron indicaciones a las enfermeras de que me planchen por que era un interno conflictivo y que los iba a hacer renegar si no lo hacían, una enfermera se acercó y aplicó una inyección en el suero que colgaba de mi brazo derecho, salieron todos de esa habitación dejándome solo, pasó un rato, empecé a sentir todo mi cuerpo pesado, me sentía muy cansado, se acercó una enfermera, me preguntó si necesitaba algo, “solo quiero un vaso de agua” respondí, asintió con un gesto como diciendo que sí, *¿Cómo te sentís?* Me dijo mientras me ayudaba a incorporarme para tomar un sorbo de agua, le dije lo que sentía y me contestó *que era normal por el calmante que me habían inyectado, que no me asuste. “Me llamo Liliana y trabajo hace poquito acá”*, me dijo, Yo la observaba con una mirada extraña, no era común que nadie te trate bien o tenga algún gesto bondadoso en ese lugar, me contó un poco de su vida de dónde venía, dónde trabajaba antes de llegar ahí, arrimó una silla a mi camilla y se sentó a hablar conmigo:

— *¿Cuántos años tenés?* – Preguntó.

— Dieciséis.

— Tenés la edad de mi hijo... – murmuró - *¿Qué te pasó? ¿Por qué estás tan golpeado? ¿Quién te pegó así? ¿Me querés contar?*

— *Ahora no, tengo mucho sueño - le dije... - pero sabe que yo quería venir a ver y a traerle algunas cosas a un amiguito mío de mi barrio que llegó ayer de traslado, me mando una esquila y me dijo que estaba acá por que vino lastimado, Luciano García se llama.*

— *Sí, está acá, bueno, ahora no porque lo llevaron al hospital porque tiene un brazo quebrado, está en la otra habitación, pero cuando vuelva le voy a decir que estás acá para que te venga a hacer un poco de compañía, hay un maestro afuera, así que cuando necesités ir al baño avisame que yo le digo que te suelte las esposas para que puedas ir, ahora trata de descansar un poco que por lo menos mientras yo esté acá nadie te va a poder hacer nada, descansa tranquilo.*

Como si me hubiese olvidado de todo lo que había pasado, de a poquito se me cerraban los ojos y me dormí, no sé cuánto tiempo. Cuando desperté Luciano, mi amigo, estaba sentado ahí, en la silla que había traído Liliana, “¿Qué te pasó, amigo?, me dijo ni bien abrí los ojos, “¿Te sentís mejor?” “Cobré como loco, Luciano, le di un palazo a un maestro y me re verduguearon, pero bueno me saqué las ganas”... “Sí, ya sé cómo son estos hijos de puta, mirá cómo me dejaron”. Seguimos hablando de cosas que hacíamos cuando éramos más chiquitos, de nuestras familias, de la causa, todavía me sentía medio atontado por ese calmante, me quería volver a dormir. “Encima te plancharon”, dijo mi amigo, “Si, no sé qué carajo le pusieron al suero, pero quiero dormir, nada mas, ¿le podés decir a la enfermera que necesito ir al baño?”. Vino el maestro con la llave de las esposas y me soltó, me acompañó hasta la puerta del baño y se quedó mirando lo que hacía. Cuando terminé me volvió a esposar a la camilla y se fue,

“Bueno, Eze, descansá un poco mas hasta que se te pase el efecto de eso que te dieron, después tomamos unos mates y hablamos mas tranquilos”, “Dale amigo”, murmuré mientras me intentaba acomodar un poquito y me volví a dormir. Desperté al otro día, con una sensación como si me hubiese pasado un auto por encima, me dolía todo, ya había cambiado la guardia, Liliana ya se había ido, pero antes de irse pasó a saludarme, dijo Luciano, pero yo estaba re durmiendo y no me quiso molestar, me revisaron otras enfermeras, me sacaron el suero, y me dijeron que en cualquier momento me llevaban al pabellón o a los buzones, que eso no lo manejaban ellas, después de hacer su informe se fueron, Y nos dejaron tomar unos mates con mi amigo, le dije que escriba una carta al tres, y que hable con Hernán, que le diga que era mi amigo para que vayan a hablar con el jefe del instituto para que lo pidan para ese pabellón, que era el único que estaba mas tranquilo. Me fueron a buscar para llevarme a los buzones, me dijeron que tenía una sanción de quince días por lo que había hecho, Y allá fui. Faltaban ocho días para mi cumpleaños. Solamente pensar que iba a pasar ese día solo y encerrado me deprimía, era la primera vez en mi vida que no iba a estar rodeado de mi familia, pero bueno no quedaba otra. Fui matándole los días como pude, leyendo revistas que me mandaban los pibes de mi pabellón, durmiendo por efecto de alguna pastillita que me llevaba Hernán cada vez que me llevaba la comida. Empecé a cambiar, a trasformarme de a poquito en uno mas del montón. Pasó mi cumpleaños y ni me enteré por el estado que tenía ese día, así que pasó sin que me de cuenta, por un lado mejor, se terminaron los quince días de sanción y toda mi ranchada estaba molestando a las autoridades para que me

reintegren al pabellón, así que me atendió el jefe del instituto y me dijo que la próxima vez que me mandaba alguna, me sacaba de traslado, yo puse mi mejor cara de pelotudo y solamente le dije que sí, *“Andá nomás, andá para el pabellón y dejen de romper las pelotas”*, fueron sus últimas palabras mientras yo cruzaba la puerta de su oficina. Cuando llegué al tres, me recibieron con abrazos y risas, como festejando una hazaña, ya había un aprecio entre nosotros, mi amigo Luciano también me estaba esperando ahí con un termo de agua caliente y el equipo de mate listo, *“Vení compa, vamos a tomar unos mates que por lo menos ya estamos juntos, desde ahora va a ser todo distinto”*, me susurró al oído mientras me daba un abrazo sin importarle el yeso de su brazo roto.

Se acercó mi amigo Hernán también, Chelo, el Coló, y por supuesto Moco, cuando estábamos los seis y tuvimos un poco de intimidad, Hernán me miró y me dijo delante de todos: *“Ahora si, Eze, ya es el momento, vamos a mandarle cuete, que si empujamos los seis parejas, nos vamos a la mierda”*, nos miramos todos unos a los otros fijamente como intentando descifrar la mente de los demás y así saber cual era su verdadera intención al saber de lo que estábamos hablando. Rompió el hielo Moco, que muy convencido dijo: *“Cuenten conmigo”*, nos miramos confirmamos, nos levantamos y nos dispersamos, no podía parar de pensar, quería que todo lo que tuviéramos que hacer saliera perfecto, siempre tuve ese pensamiento de tratar de hacer las cosas bien, necesitaba seguir hablando con Hernán y saber mas de los movimientos del instituto, pero sabía que los nervios me podían jugar en contra, así que contuve el aliento por unos segundos, suspiré y traté de olvidarme haciendo otras cosas, portaretratos de palitos de helado, avionetas, o el

clásico cisne de papel que se hace con anotadores de papel de oficina. Llegó la noche y nos dirigíamos al comedor con mas hambre que ganas de caminar, en el pasillo se me acercó Hernán y mientras caminábamos me dijo: “vos seguime a todos lados que quiero que veás un par de cosas que vengo viendo desde que trabajo limpiando este salón y toda la cocina”, “bueno, dale te sigo”, le dije. Aceleramos el paso, fuimos a la parte trasera de la cocina, un depósito que tenían donde guardaban mercadería y alimentos cuando había algo en la cocina. Me pegué un re cagazo cuando entramos porque casi no había luz, pero salían ratas corriendo por todos lados, era un asco: ratones gigantes con todo el lomo pelados como si estuvieran sarnosos metidos de cabeza en las bolsas de papas. Caminamos hasta el final del depósito y atrás de unos estantes había una puerta que daba al fondo del patio. No tocamos nada y volvimos a salir tratando de hacer el menor ruido posible, cuando pasamos por la cocina sin que se de cuenta la cocinera, Hernán me señaló tres cuchillas que estaban en el piletón, yo observaba todo muy detalladamente, y rápidamente me di cuenta de que mi amigo contaba con la confianza de toda la gente que trabajaba en ese comedor y eso era una ventaja, fuimos a la mesa donde nos esperaba el resto de nuestro grupo y los pibes preguntaban: *¿Vieron algo? ¿Qué hay que hacer? ¿Por dónde tenemos la colada?*, Hernán les contó de esa puerta que había en el depósito, pero teníamos que conseguir la llave y la tenía el jefe de cocina todo el tiempo en un manajo con todas las llaves de la cocina y la cámara donde, por lógica, estaba guardada la carne para todo el instituto. Mientras comíamos pensábamos en alguna estrategia para apoderarnos de ese manajo de llaves para sacar la que necesitábamos,

“Yo voy a hablar con el jefe de cocina ahora para que me deje sacar a otro pibe del pabellón para que venga a trabajar conmigo, y bueno, ahí vemos cómo vamos haciendo para conseguir esa llave. Entre dos va a ser mas fácil que para mí solo, a vos no te van a querer dejar salir, Eze, por el bondi con el maestro que tuviste el otro día, pero voy a hablar para que lo saquen al Chelo o a vos Coló”, dijo Hernán. Se levantó de la mesa y entró en la cocina, después de un largo rato salió serio y se puso a acomodar unos bancos sin ni siquiera dirigirnos la mirada, al ratito salió el jefe de cocina y, caminando entre las filas de mesas, se acercó a la nuestra mirándolo fijamente al Coló, que se dio cuenta de lo que pasaba y se hacía el re boludo. *“Luque, estuve hablando con Hernán y me habló bien de vos, nos hace falta un pibe responsable que venga todos los días y que tenga ganas de laburar”*, le dijo el pelado y avejentado maestro, *“Si, don”*, contestó el Coló, *“Tengo ganas de hacer algo que me mantenga ocupado para que se pase el tiempo mas rápido, déme una oportunidad que yo no le voy a fallar”*, *“Eso espero”* contestó ese hombre, venite mañana con Hernán y ya empezás, él te va a ir mostrando lo que tenés qué hacer. No hubo mas palabras, ya teníamos a uno mas metido en la cocina y de a poquito íbamos empezando a buscar nuestro objetivo. Terminó la cena, era hora de volver al pabellón y a dormir. Al día siguiente los dos salieron a trabajar con toda la suerte que le deseábamos antes de que salgan del pabellón. Los demás seguimos con nuestras rutinas cuidándonos unos a otros, tratando de evitar todo lo que se interpusiera entre nuestra meta y nosotros, pasaban los días, y se aproximaba febrero, se notaba que el número de maestros había bajado notablemente porque salían de vacaciones y sus turnos

eran remplazados por otros celadores que tenían otro turno, así que mayormente estaban muy cansados por trabajar tantas horas seguidas. Era el momento perfecto, pensé. El pabellón tres para estos días también había cambiado ya no era ese pabellón tranquilo donde no habían tantos problemas, se había plagado de caras nuevas con ganas de hacer maldad, todavía no se veían violaciones pero todos los días salían mas pibes lastimados y echados sin nada, hasta le tiraron una olla de agua hirviendo encima a un pibe que estaba durmiendo, porque decían que en otro instituto había hecho muchas maldades. Vivir todos los días en ese mundo a veces hacía que nos olvidemos de lo que realmente era importante para nosotros, ya que muchas veces dejábamos de lado algunas cosas por los conflictos que había en el pabellón, pero teníamos la esperanza de que en cualquier momento se nos podía presentar la oportunidad y no la podíamos desaprovechar porque podía ser la única.

El pabellón estaba todo el tiempo con el ambiente tensionado, se percibía que no estaba todo bien, música fuerte todo el día, gritos, correteadas, porros, pastillas y alcohol era algo normal todo el tiempo, aparecieron puntas de metal, y si querías seguir teniendo tus cosas tenías que pelear, porque era así de corta, el que no paleaba perdía sus cosas y lo echaban o lo agarraban de gato, para que lave toda la ropa sucia, los tappers, limpiaban el baño, hacían las camas, toda tarea domestica, y aparte eran los armeros, afilaban las puntas de las facas de los que sí peleaban, cepillos de dientes, varillitas de acero, hasta la hoja de algún Tramontina, encima andaban a los bifés... pobres pibes, ya no se podía vivir mas así. ¿Pero dónde íbamos a ir? A los maestros ni les interesaba. Llegó el día de visita y me encontré con una gran sorpresa, ya que

después de todo ese tiempo me fue a visitar mi mamá, mi hermana y mi novia, cuando vi a mi novia sentí muchas ganas de abrazarla fuerte, pero me contuve, estaba muy dolido por que habían pasado varios meses y no había aparecido hasta ese momento, pensaba que por que yo estaba preso, todo el mundo tenía que estar pendiente de mí o de lo que a mí me estaba pasando, y la realidad es que la vida sigue en la calle y que nadie me obligó a nada, fueron mis decisiones las que me llevaron a ese lugar. Tardé mucho igual en entender eso. Pasamos una visita muy linda, cuando se terminó el tiempo nos despedimos de la misma manera que la primera vez, entre lágrimas y abrazos, se retiraron, cada vez era mas fea esa despedida, se sentía mas el dolor que ocasionaba que ellos se tengan que ir sin mí y yo tenga que quedarme sin ellos.

Diez días después, el diez de febrero, fueron dos maestros a despertarme mas temprano de lo normal, me dijeron que mi juzgado estaba de turno y que el juez me mandó a llamar para hablar conmigo de todo lo que pasó, me levanté rápido, nervioso, pasado de energía, era la primera vez que me llevaban al juzgado desde que había caído en cana. Fui rápidamente a las duchas y a vestirme, mientras tomaba unos mates con los pibes que se habían despertado por el ruido que estaba haciendo.

“Andá tranquilo y hablá todo lo que tengás que hablar”, me decía Luciano, “sacate todas las dudas que tengás, Eze”, también se me acercó Hernán y me puso un pedacito de la hoja de una trincheta en la mano, “guardala bien en la zapatilla y cuando estés en la leonera, tenela todo el tiempo en la mano, no duermas”.

Llegó el momento y me volvieron a buscar los mismos maestro, “¿Ya estás listo, pibe?”, “Si, don”, respondí y encaré para la puerta. Cuando

íbamos llegando a la entrada, me esposaron, subimos a un patrullero que estaba esperando afuera y emprendimos el camino, el policía que manejaba me dijo “*Capaz que te vas a tu casa hoy, nene*”, “*Ojalá, Dios quiera*”, respondí y permanecí el resto del viaje sin decir ni una sola palabra, solamente pensaba en qué podía llegar a pasar en esa audiencia que me había dado el juez que llevaba mi causa, miraba por la ventanilla y era todo tan atrapante, como si hubiese estado encerrado mil años en una cajita, como si todo lo que estaba viendo, fuera todo nuevo.

Llegamos al juzgado de menores de San Isidro y ni bien puse un pie en la vereda... ahí estaba mi mamá y mi hermana dándome fuerzas, no las dejaban acercarse los policías, pero mi hermana me decía fuerte “¡vamos, negro que hoy nos vamos a casa!”, y a mi se me erizaba la piel. Entramos al juzgado y me llevaron a una leonera donde había más de veinte pibes, de todos los institutos, las preguntas no tardaron en llegar ni bien entré a esa jaula gigante: “*¿De dónde sos? ¿Por qué estás en cana? ¿En qué instituto estás? ¿Vas a pelear por tus zapatillas?*” “*¡Mas vale!*”, contesté solo a esa última pregunta, y lo encaré, se metieron un par de pibes en el medio y nos separaron, “*Por culpa de ustedes, acá vamos a cobrar todos*”, dijo uno de los que parecía mas grande “*Nos van a llenar de gas pimienta a todos, así que... ¿Por qué no pelean cuando se crucen en algún otro lado? No da para que todos cobremos y que no nos atiendan por una boludés*, así que entendí que el tenía razón y me acomodé en un rincón donde podía ver todo lo que hacían los demás, me agaché y sin que nadie se de cuenta, saqué la hoja de la trincheta y me quedé esperando mi turno para que me atienda el juez. Fueron siendo atendidos y despachados, algunos bajaban contentos

y con buenas noticias, otros con una tristeza en los ojos, resignados a tener que quedarse un tiempo más.

Después del mediodía, con mucho sueño y muerto de hambre, seguía en esa leonera esperando mi turno, hasta que escuché a un policía anunciar mi apellido y casi automáticamente, como un reflejo espontáneo, salté del banco frío de cemento en el que estaba sentado y dije: “*Soy yo, don*”. Abrió el candado de la jaula donde estaba, me pusieron las esposas y empezamos a subir unas escaleras hasta el cuarto piso.

Entramos a una oficina, había una señorita hablando por teléfono, sin cortar su llamada me dijo, “*Ya te van a atender, ¿sabés?*”, Me traspiraban las manos y trataba de memorizar todo lo que tenía que hablar con el juez. Después de unos minutos me hicieron entrar, el juez le pidió al policía que me sacara los ganchos y que esperara afuera.

— “*Bueno, soy el doctor Martínez, estoy a cargo de la causa que se sigue en tu contra*”...

Empezó a hablar, yo lo miraba atento a que no se me escapara ningún detalle, hablamos y hablamos, él me explicó que me iba a dar una oportunidad de volver a mi casa, pero no en ese momento, porque era una causa pesada, porque los medios habían estado en el lugar donde caímos en cana, filmando, investigando, preguntándole a los vecinos del lugar, por lo tanto tenía que seguir esperando. Fue como un baldazo de agua helada que me despertó de ese sueño de volver a mi casa ese día. Siguió diciendo mas cosas pero sinceramente no lo escuché mas, mi mente se puso en blanco, estaba tildado, me di cuenta de que mi tiempo con el juez se había terminado al escuchar abrirse nuevamente la puerta

y ver ingresar al policía con las esposas en la mano, antes de retirarme de la oficina el juez me miró y me dijo: “*Esperemos unos meses mas, y una vez que quedés condenado te cambio a un instituto que no sea de máxima seguridad, después de eso vamos viendo algún beneficio*”. Salí de la oficina sin saludar, muy resentido con la vida, volví a la leonera con todas las ganas de desquitar mi bronca con ese pibe que había discutido a la mañana, como si él o alguien mas tuviera la culpa de lo que me estaba sucediendo, cuando yo, siendo un pibe, sabía que si en la calle andaba robando algún día iba a caer en cana o me iban a matar, pero por suerte, no estaba ese chico en la leonera, quedaban pocos, entré y esperé un rato sin pronunciar una sola palabra y lleno de ira. Me volvieron a buscar los policías que me trasladaban y a sí emprendimos el camino de regreso a un lugar donde no quería volver jamás, veía las miradas de los policías por el espejo retrovisor como buscando la mía, como intentando entablar una charla, pero solo recibieron ser ignorados, estaba tan atrapado en mi odio, estaba enojado con la vida. Llegamos al instituto y volví a mi pabellón, me bañé y me acosté a dormir, no quería ver a nadie ni hablar a nadie, lo único que quería era que se termine toda esa pesadilla. Me despertó Luciano como a las ocho, “*Vamos a comer, levantate, compa*”, me había hecho bien descansar un poco, llegamos al comedor y lo único que se me cruzaba por la cabeza era sacarle ese manojito de llaves al viejo ese, no me importaba si tenía que lastimarlo o no. Pasé toda la cena mirando sus movimientos, pero no se regalaba, tenía el manojito sujeto a su cinturón por un gancho metálico. Finalizó la cena y volvimos al pabellón, fumé un cigarrillo, otro de los vicios que adquirí en aquel lugar, y volví a mi cama, habían pasado las horas y

todo ese odio que se sentía se fue mezclando con angustia, desesperación, fue ahogándose con lágrimas que llegaron en el momento en que apoyé la cabeza en la almohada, sentía que el pecho se me oprimía, que me faltaba el aire, y mas de una vez me levanté y me senté en el borde de mi cama intentando recuperar el aliento.

Me sentía muy triste por lo que me generó ver el rostro de mi mamá y mi hermana al salir del juzgado, en ese momento había sacado fuerzas de donde no había para no demostrarles mi debilidad pero en la oscuridad no le tenía que demostrar nada a nadie, fue uno de los momentos mas feos de mi vida, sentirme solo y perdido, pero en mi cabeza sabía que tenía que salir de esa angustia, así que respiré profundo y volví a acostarme.

Siguieron pasando los días como una figurita repetida... una tras otra, pero en el momento que nadie esperaba nada, el Chelo me dijo que el Coló me llamaba de la reja de entrada, me acerqué y lo vi parado del otro lado con un tapper de gelatina y una botella de jugo frío en las manos.

— “¿Qué onda, Coló?, ¿Todo bien?”

— “Sí, Eze, todo más que bien, te traje esto para que tomen algo fresco, y el postre, pero tengo algo mucho mas importante”.

— “¿Y decime, boludo?, ¿Qué es?”

— “Adentro de la gelatina está la llave, amigo, en un rato venimos con Hernán y hablamos cuando estemos todos juntos, guardala bien que no creo que se den cuenta de que la tenemos, porque en el manojito hay como quince llaves mas y se durmió el maestro, pero si se dan

cuenta van a mandar a toda la requisita a buscarla, no sabés lo que fue conseguir esta llave, amigo”

— *“Qué bueno Coló, bien ahí, la voy a cuidar bien, quedate tranquilo”*

— *“Dale, me voy, después nos vemos”*

Y salió corriendo para la cocina, yo fui a juntar al resto de mis amigos y les conté que teníamos la llave, fue lindo ver una sonrisa en sus rostros, y la esperanza en sus ojos como un destello de luz, de que las cosas salgan bien y que pudiéramos volver a nuestras casas, con nuestras familias. Finalmente se escuchó abrirse el candado de la reja de entrada y vimos como Hernán y el Coló entraban con la misma sonrisa que nosotros en sus rostros, nos fuimos a un lugar donde nadie pudiera escuchar de lo que hablábamos, *“Bueno ya tenemos lo mas importante, ahora hay que ver cómo nos abren el portón de afuera, y cómo nos vamos rápido de acá”, “no sé ni dónde estamos”,* dije a los demás, Chelo me contestó que el padre lo podía ir a buscar en un auto, pero sacábamos la cuenta de que no podrían ir mas de dos en un mismo auto, por que si los llegaba a parar un patrullero, corríamos mucho riesgo de volver y sabíamos que si eso pasaba y volvíamos eran capaces de matarnos, por eso había que hacer una buena logística. Chelo se iba con el Coló, eran compañeros de causa y muy amigos, Hernán me dijo que tenía un lugar para que pasáramos un par de días por las dudas, un departamento que tenía un primo de el en Munro, no vivía nadie ahí, así que podíamos ir con Luciano y Moco si queríamos, yo en realidad solo quería volver a mi casa, pero sabía que me podían llegar a ir a buscar y como ya les dije, no quería volver, ya había otro auto para que nos fuera

a buscar solo nos faltaba uno, todavía tenía a mis amigos y compañeros, Nico y Walter, sabía que si podía hablar con ellos, no lo dudarían y me iban a ir a buscar, pero no sabía sus números de teléfono y en mi casa nadie me iba a hacer la gamba para conseguirlos porque mi familia siempre fue una familia muy trabajadora y era mas que obvio que no querían que yo mantenga alguna relación con ellos, pero mi cuñado, el marido de mi hermana, era vaguito, aparte de ser mi amigo, era el único que me podía tirar un salvavidas, así que me fui al teléfono a llamar a mi casa y disfracé de ingenuidad mi anzuelo, ya que era raro que llame y que quiera hablar con todas las personas que estaban en mi casa, casi siempre hablaba con mi mamá o mi hermana, y contadas eran las palabras con mi viejo, que mostraba ser una roca sin sentimientos por fuera, pero por dentro, yo, lo sentía sufrir mucho mas que yo, aunque no lo demostraba, después de hablar unos minutos con cada uno de los que estaban en mi casa, incluidas mi abuela, mis primas y mi tía que habían pasado a visitar esa tarde, escuché a mi sobrinito gritar: “Papi”, lleno de felicidad, en ese momento estaba hablando con mi hermana y no fue difícil que me pasara con él, le dije que se haga el boludo y que salga al patio o que se aleje donde no puedan escuchar lo que le iba a pedir, entonces salió al patio, mientras que mi sobrinito jugaba con Tadeo, nuestro viejo Rottweiler que era un integrante mas de mi familia, *“Decime, boludo que estoy en el patio ¿Qué necesitas?”*, *“Necesito que me consigás el número de Walter o de Nico, necesito urgente comunicarme con ellos porque quiero que me vengán a buscar, ¿Entendés?”*. Yo hablaba lo necesario, me perseguía de que alguien esté escuchando del otro lado de la línea, pasaron unos segundos de silencio

y me contestó, *“Si, creo que te entiendo, ahora salgo a comprar algo y voy en la moto hasta la casa de ellos, llamá en dos horas”*. *“Justo a las cinco, que yo voy a estar esperando pegado al teléfono, cuña, así te atiende yo ¿sabés?”*. *“Dale, amigo, te lo agradezco mucho”*, *“Dejate de joder, salame, para qué somos amigos”*, *“En dos horas hablamos”*, dije y corté la comunicación.

Esas dos horas las conté hasta el último minuto. Sabía que si los encontraba estaba todo bien, pero si no los encontraban... Estos dos andaban todo el tiempo en la calle, yendo de un lugar a otro, tratando de aprovechar cualquier situación que se presentara para hacer algo de plata, no tenían familia, solo eran ellos dos, por eso no les daban explicaciones a nadie de lo que hacían. Nico ya había cumplido los dieciocho y a Walter no le faltaba mucho, lo último que supe de ellos era que habían agarrado unos miles de dólares en una casa en un Country de Pilar, pero cayeron en cana a las pocas cuadras, no les dieron tiempo a tirar ni un tiro y el hecho todavía no había sido denunciado, arreglaron con el comisario de la comisaría primera de Pilar, les sacaron toda la plata, poco mas de treinta mil dólares, bastantes gramos de oro, y las dos pistolas que tenían en su poder y los largaron, la suerte seguía de su lado “pensé” y me puse contento. Al fin pasaron esas largas dos horas y volví a dirigirme al teléfono con unas expectativas increíbles, llamé, sonó dos veces el teléfono y ahí estaba mi cuñado atendiendo: *“Hola ¿me escuchás?”*. Me dijo, *“Sí, tus papás salieron a comprar y tu hermana está durmiendo, así que no hay nadie, podemos hablar tranquilos, fui hasta la casa de Nico y justo estaba saliendo, lo enganché de pedo, le comenté lo que me dijiste y me dijo*

que cuentes con él para lo que sea, que en todo lo que esté a su alcance te va a ayudar, me dio un número para que los llames y plata para que te compre tarjetas, así que anotá”. Después de dictarme número por número me dijo: “Tené mucho cuidado, cuña, nosotros te queremos mucho y contá conmigo para lo que sea... también ¿Sabés Eze?” “Dale cuñado, bancame un ratito que hablo con ellos y te vuelvo a llamar así te adelanto algo, ¿Querés?” “Sí, Eze, llamá tranquilo que yo espero acá”. De mas está decir que corté con él, llamé al número que me dio mi cuñado y se escuchó la voz de una chica contestar:

— *“¿Hola?” - dijo...*

— *“¿Hola?”, dije con un tono de admiración. No sabía si me habían pasado mal el número, o si lo anoté mal, pero pregunté: “Estoy buscando a Walter o a Nico, ¿Viven ahí?”*

— *“Si, Nico está afuera, ahí te lo llamo, ¿cómo es tu nombre?, así le digo quién lo busca”.*

— *“Eze”*

— *“Ah, dale, Eze, ahí te lo llamo” - y dejó el tubo del teléfono sobre una mesa. Rápidamente escuché la voz de mi amigo que me decía:*

— *“Compa, ¿cómo estás? Hace mucho que queríamos saber algo de vos pero no nos podíamos acercar a tu casa, vos sab.es”*

— *“Sí, ya sé, Nico, estoy bien, en el Almafuerte, ¿conocés? ¿Sabés dónde queda?”*

— *“Sí, conozco porque hace unos años estuve unos mese ahí, es en La Plata, y mas o menos me guío para llegar, ¿Qué necesitás?”*

— *“que me vengás a buscar, ¿podés?”*

— *“Sí, olvidate, tenemos un auto que compramos con Walter hace unos días, pero no tenemos registro y cuando salís de la autopista Buenos Aires- La Plata, por ahí te paran, pero dejame encontrar a alguien que tenga registro y te vamos a buscar, hermano, ¿cuándo te tengo que ir a buscar?”*

— *“Todavía no sé con exactitud, pero en cualquier momento, Nico, pero quiero tener todo armado”.*

— *“Dale vos llamá acá y si no estamos nosotros le decís a la chica que te atendió, cuándo y a qué hora tenemos que estar ahí, y ahí vamos a estar”.*

— *“Listo, amigo, te aviso. Un abrazo y saludos a Walter”.*

— *“Otro”- contestó y cortó la llamada.*

Volví a marcar el número de mi casa y volvió a atender mi cuñado, parecía más ansioso que yo *“¿Y, salame? Contame”*, me dijo. Así que le comenté un poco el asunto. *“Ya está el auto, pero los pibes van a buscar a alguien que tenga registro para ir a buscarme porque ellos no tienen, y si nos paran estamos hasta las manos”* *“¿Y yo para qué estoy?”* Sorprendió con su pregunta. *“Yo tengo registro, boludo, habló con ellos para que me den el auto pero que se queden porque muchos en un auto vamos a levantar sospechas, yo solo te voy a ir a buscar, vos decime cuándo que yo voy a ir preguntando cómo llegar desde hoy mismo”*, *“bueno, está bien, cuña, me vas a dar una re mano, bien ahí”*, le dije. Hablamos unos minutos más y hicimos un apuntamiento para el día siguiente, donde a una hora exacta iba a llamar, él iba a estar esperando para atender antes que nadie y nos despedimos. Volví muy entusiasmado con mis amigos, les conté que ya teníamos el tercer auto.

“Bueno”, dijo Hernán, “*Ya tenemos todo, lo tenemos que hacer el fin de semana, el domingo a la tarde, que no van a haber tantos celadores, después de que se vaya la visita, hay que pensar en algo para el portón*”. En ese momento Moco dijo que la única forma de que los celadores que estaban en la garita de la entrada abran el portón, era que nos llevemos a alguien de pechera, y no fue difícil asignarle ese papel a la cocinera, ya que era más maniobrable una mujer que un hombre, coincidimos todos. Era jueves a la tarde en ese momento.

Fueron días muy largos y llenos de pensamientos: en cómo saldrían las cosas. No podíamos fallar, ya que solo íbamos a tener una sola oportunidad.

Ya era viernes y se acercaba de a poquito la hora, solo pensaba en que faltaba poco para que se termine toda esa agonía, faltaba poco para volver a estar con mi familia, aunque sabía que por el momento seguía ahí y que lo mejor que podía hacer era ponerle onda a las cosas que todavía teníamos que hacer para que todo saliera bien.

Recuerdo que esa tarde, tuvimos visitas en el instituto, gente que venía de la calle a compartir algo con nosotros, de una parroquia de no se dónde; entre ellos había un hombre de ceño fruncido, con una mirada impactante, sufrida, poderosa, había algo en esa persona que me llamó la atención, no entendía qué era, hasta que se levantó de su asiento y empezó a relatar su historia de vida, su nombre era Antonio, había pasado veinte años largos tras las rejas, Antonio decía que la cárcel no reinserta socialmente sino que excluye, que el instituto era la escuela, pero la cárcel iba a ser nuestra graduación, que una vez que se entraba a este sistema era muy difícil salir del mismo, que teníamos que hacer las

cosas bien para poder ganar algún beneficio lo antes posible, que en la calle también teníamos que seguir así para no volver a tropezar con la misma piedra... fue algo que me dejó pensando mucho, porque no quería llegar a viejo habiendo pasado mas de la mitad de mi vida preso, terminó la charla, me acerqué a Antonio mientras se despedía de todos y con un tono muy bajo le pregunte:

“¿Si vos hoy estuvieras acá, te quedarías a hacer las cosas bien como decís o te irías a la mierda?”, me miró fijamente a los ojos y contestó:

“Después de tantos años perdidos ya no me acuerdo lo que siente un niño al estar encerrado, lejos de sus seres queridos, solo contra este sistema, pero después de todo lo que me tocó vivir, estoy seguro de que me iría, porque sé lo que es vivir encerrado, los años no vuelven y de lo que se pierde acá o en la cárcel, no se recupera nunca mas nada, y mas con el nivel de violencia que se vive en estos tiempos, pero no le cuentas a nadie que te dije esto”, soltó una sonrisa y cruzó la reja de entrada, en ese momento me vinieron a la cabeza recuerdos con mi compañerito muerto, que solo eran recuerdos, porque el ya no estaba, y no iba a volver. Mas decidido que nunca fui al teléfono, ya era la hora que habíamos acordado con mi cuñado un día antes, marqué y sonó solo una vez el teléfono, atendió mi cuña que estaba firme esperando ese llamado:

— “Eze, ¿Cómo estás?” - Dijo...

— “Bien, el domingo a la tarde, entre las siete, ocho de la tarde, ¿vas a poder?”

— “Sí, olvidate, ya sé cómo llegar, voy a estar ahí”

— “Listo, entonces no hablemos mas, ahora hablo con los pibes para que te den el auto y que sea lo que Dios quiera, mañana llamo, pido con vos y terminamos de ajustar los últimos detalles, ¿te parece?”.

— “Sí, Eze, armá todo lo que tengas qué armar, que yo voy a estar ahí, pero cuidate mucho, Eze” - me dijo.

Después de hablar con él, seguí charlando con el resto de mi familia. Cuando conversaba con mi mamá, la escuchaba sufriendo por algo que no hizo ni se merecía, tenía muchas ganas de decirle que se quede tranquila, que en unos días se iba a terminar todo, que íbamos a volver a estar juntos, pero sabía que si le contaba algo, la iba a preocupar mas, así que no dije una palabra, quedamos en que ellos, el mismo domingo, me iban a ir a visitar y yo coincidí, para que nadie sospechara nada. Terminamos la comunicación y volví a llamar a Nico, para avisarles cuáles eran mis planes y para que sepan que ese domingo iba a necesitar su auto. Me atendió esa gentil chica que ya me había atendido en otra oportunidad, y que me hablaba como si ya me conocía, aunque era obvio que lo poco que conocía de mí era lo que mis amigos le fueron contando, “tengo que dejarles un mensaje, ¿puede ser?”, le pregunté Sin tardar ni un segundo en contestar, me dijo: “si”, “decile que ni bien llegan, yo les aviso...deciles que el domingo, mi cuñado va a ir a buscar el auto al mediodía, que él tiene registro, que él solo me va a venir a buscar”, se escuchó una pausa, y luego su linda vos diciéndome que me quede tranquilo, que ella les dice ni bien llegan, nos saludamos y como un chiste inocente le dije que la próxima vez que nos saludemos va a ser de cara a cara...se escuchó su sonrisa y contestó: “eso espero...”.

Bueno ya estaba todo armado, ahora era cuestión de esperar que pasaran las horas, aunque cada vez tardaba mas el reloj en dar la vuelta completa con sus débiles agujas, a veces me daban ganas de empujarlas con los dedos.

Llegó la hora de la cena de ese viernes y todos reunidos en el comedor. Mientras comíamos estudiábamos con sutileza los movimientos de los maestros, de la llave ni cuenta se habían dado así que ese era nuestro factor sorpresa, el jefe de cocina se sentaba en un banco que había atrás de una barra donde se apoyaban los termos vacíos y la comida, para que los llenaran con agua hirviendo o calentaran la comida en los grandes hornos, siempre estaba con una revista de crucigramas y los anteojos puestos, solo desviaba la mirada de la revista para observar todo a su alrededor por encima de sus lentes, la cocinera, cuando terminaba de servir la comida, se ponía a hacer alguna que otra cosa en la cocina, así que tampoco iba a ser difícil sorprenderla, había algunos otro celadores que estaban en la entrada o que daban un rondín por el comedor para verificar que todo estaba tranquilo, y volvían a sus lugares. Al terminar la cena volvimos al pabellón con mucha seguridad de que lo qué estábamos haciendo.

El sábado, gran parte de los internos fueron a visita, entre ellos Luciano, en el pabellón se sentía una especie de tensión, todos preocupados, caminando, esperando que algo pasara, de golpe se ven salir corriendo a un par de pibes del fondo con palos y puntas de distintos materiales, cepillos de dientes, varillas, o cualquier objeto contundente que podían usar para lastimar, chocaron dos bandas, un grupo de zona norte contra un grupo de zona sur, fue una batalla muy

sanguinaria, se estaban lastimando mal, pero era todo por el control del pabellón, cinco chicos salieron para el hospital de la calle con heridas graves como quemaduras de primer grado, uno salió con un fragmento de alguna punta incrustada en la garganta, fue todo muy agitado, nos sacaron a todos al patio, nos hicieron arrodillar en el piso por mas de tres horas, nos mataron a palazos sin tener nada que ver. Cuando un par de pibes no aguantaron mas la golpiza de onda que estábamos recibiendo, empezaron a hablar y a decir cómo fueron las cosas, los celadores llevaron a los que tuvieron que ver en la pelea a los buzones y a los demás nos dieron unos palazos mas y nos mandaron al pabellón, que era una desastre total, todo tirado prendido fuego y mojado por el agua que tiraron los maestros para extinguir el fuego, nos acomodamos como pudimos, nos informaron que por el quilombo que se había armado, el resto de ese día nos iban a dejar sin teléfono y sin comida, eso dificultaba las cosas porque todavía había detalles por resolver, pero bueno, no quisimos molestar pidiendo nada para no llamar la atención. Una vez que acomodamos el desastre que había, empecé a preparar las cosas para el día siguiente, ya que iba a recibir visitas temprano hasta el mediodía. Volvió Hernán un poco mas temprano de lo normal, “ya no falta”, nada, murmuró al sentarse a mi lado, era cuestión de horas para saber cuál sería nuestro destino. Llegó el fin de ese día agitado, me fui a la cama y me dormí... nunca me desperté tantas veces a la madrugada como esa noche, me despertaba y miraba por la ventana para intentar descifrar la hora, pero la noche seguía siendo oscura, claro indicio de que faltaba para el amanecer y que mis nervios me estaban jugando una mala pasada. Cuando al fin llegó la mañana, fui a las duchas me bañé, y

ya preparado, fui a recibir a mi visita, traté de hacer las cosas lo mas normal posible, pero estaba atento a todos los movimientos, en esos lugares se cuentan los segundos cuando nuestras familias están por entrar, pero una vez que estábamos en visita las horas se escapaban como agua entre los dedos, se espera mucho y se termina muy rápido. Después de almorzar con mi mamá y mi hermana, las autoridades finalizaron la visita, “cuidate mucho, tenés que estar bien para que nosotros en casa también estemos bien”, dijo mi viejita, la abracé como si fuera el último abrazo que le iba a dar en la vida y también abracé a mi hermana, que lloraba desconsoladamente como si me hubiesen condenado a la silla eléctrica o algo parecido, le besé la frente y le murmuré en el oído: “no llorés mas, negrita, muy pronto vamos a volver a estar todos juntos de nuevo”, me miró con los ojos mezclados de lágrimas y sorpresa, “cuidate mucho porque te amamos”, contestó y se dirigieron a la salida. Esas palabras me aflojaron las piernas y me hicieron temblar la voz por unos segundos.

Mientras acomodaba mis cosas para volver al pabellón, se me acercó Hernán, “¿cómo la pasaste, compa? - Preguntó...

— Bien, que sé yo, boludo, quiero terminar con todo esto ya. Conté cinco celadores ¿¿Vos??

— Hay seis - me dijo - pero a las dos es el cambio de guardia y no va a quedar nadie acá hoy, acordate que a la tarde no hay mas de tres, cuatro con toda la furia. Hoy es el día, hermano - me dijo.

— Listo, ¿cómo vamos a hacer Hernán?

— En un rato voy al pabellón y terminamos de organizar todo lo que falte, ocupate de que los autos estén a las ocho de la tarde listos, Eze.

— Dale, yo me ocupo.

Agarré todas mis cosas y volví al pabellón donde me esperaban mis amigos para saber cuales eran las novedades, solo les dije que se preparen, que estén tranquilos que estaba todo bien, que eran pocos celadores y que esa tarde nos íbamos, fui a teléfono y retoqué los últimos detalles, los autos ya estaban listos y esperando. Volvió Hernán a descansar un poco y fue la última charla que tuvimos sobre ese asunto, íbamos a hacer lo necesario para salir de ahí, pero tratando de no lastimar a nadie, eso ya estaba estipulado, si bien sabíamos que nos íbamos a fugar utilizando la violencia, no queríamos lastimar a nadie, aunque más de uno se lo merecía. Los autos nos iban a esperar a algunas cuadras del lugar y separados entre sí para no levantar sospechas, había que cruzar la puerta de entrada y correr bien fuerte, solo faltaba esperar que llegue ese momento, la adrenalina cada vez era mas fuerte y las ganas de irnos también. Moco tenía un bisturí que había encontrado un día antes después del quilombo que se había armado, pensamos en hacernos alguna punta con lo que sea, pero decidimos que para que se den cuenta de que estábamos hablando en serio, teníamos que apoderarnos de las cuchillas que había en la cocina, y a las que Hernán tenía fácil acceso, nos concentramos solo en lo qué teníamos que hacer, en cuidarnos las espaldas unos a otros.

Llegó el momento, se acercó el celador a la reja de enterada y gritó: ¡prepárense, que en cinco les doy paso para el comedor!, y así fuimos

agrupándonos, encaramos para el comedor, cuando entramos ya había bastantes chicos esperando para cenar, fuimos a nuestra mesa solo se veía a simple vista a el jefe de cocina y dos celadores mas, uno en la entrada y otro al fondo del comedor. Vino Hernán a traer una jarra de jugo frío, se lo veía un poco tenso, pero no tanto, “amigos, ya estamos en el bondi” dijo mientras servía cada uno de los seis vasos que había sobre la mesa, “el Coló ya abrió la puerta del depósito, está apoyada, nada mas hay que empujarla y se abre, ahora voy por las cuchillas, donde se descuida la cocinera las agarro y arrancamos para el carajo”, mientras se levantó de la mesa y se dirigió a la cocina con la jarra en la mano. Pasaron unos minutos y salió con la misma jarra, se sentó a mi lado y sacó una cuchilla de su cintura, “solo pude rescatar dos, pero si apretamos bien, agarramos dos mas”, dijo. En ese momento ya estaba todo dicho, me puse la cuchilla en la cintura y me levanté, “yo lo apreto al jefe de cocina, vos Hernán dale al que está al fondo y traelo para la cocina, Moco y Chelo lo tienen que ajustar al otro celador que está en la entrada, y vos Coló y Luciano aprieten a la cocinera”, “listo”, dijimos todos a la vez y el primero en levantarse fue Hernán y encaró para el fondo, el Coló fue con los platos para la cocina y Luciano atrás de él, al verlos entrar yo me fui acercando a la barra donde el jefe de cocina hacía sus crucigramas, cuando fui llegando nuestras miradas se sincronizaron, pegué un salto que crucé la barra sin tocarla, caí del otro lado con la cuchilla en la mano, en ese preciso momento explotaron todos juntos agarrando por sorpresa a los guardias del lugar, el Coló se apoderó de otra cuchilla que tenía la cocinera en su poder, todos los pibes miraban sin entender nada, entre gritos y corridas sabíamos que

mucho tiempo no teníamos antes de que lleguen mas celadores, así que no perdimos tiempo, metimos a los dos celadores en la cámara refrigerante, y agarramos a la cocinera y al jefe de la cocina de pechera, encaramos para la puerta trasera del depósito, mientras Moco gritaba en el comedor que el que se quiera ir que se vaya.

“Por favor, Hernán, no nos lastimen”, dijo esa señora, él la miró y le explicó mientras caminábamos por ese depósito infectado de ratas y mugre,”quédense tranquilos que no es nuestra intención lastimar a nadie, solo necesitamos irnos de acá y ustedes nos tienen que ayudar a que abran el portón porque si no... no sé lo que va a pasar con ustedes”, el Coló le pegó un empujón a esa puerta y se abrió de par en par, salimos por el patio con las cuchillas afiladísimas en la garganta de la cocinera y el maestro de cocina, cuando llegamos al portón, un celador vio lo que pasaba y quedo duro cuando le exigimos que abrieran el portón, nos contestaba que no podía hacer eso, que pensemos lo que estábamos haciendo, que no lo empeoremos, Moco le tiró un palazo en la cabeza al maestro de cocina y le dijo “ya sabemos lo qué estamos haciendo, abrí el portón por que los vamos a lastimar por tu culpa”, “abriles, dejalos que se vayan”, decía el jefe de cocina agarrandose la cabeza, el portón corredizo se empezó a abrir, e inmediatamente, comenzamos a salir con esas dos personas de pechera todavía, llegamos a la vereda y los soltamos, corrimos y corrimos como nunca, en la dirección ya convenida, parecía que no nos seguía nadie pero se escuchaba a lo lejos las sirenas de la policía, seguimos corriendo sin parar hasta que encontramos el primer auto, en ese se iban el Chelo y el Coló, una cuadra mas adelante el segundo que los esperaba a Luciano y

Moco, y en la esquina estaba estacionado un Chevrolet Corsa gris con los vidrios negros, mi cuñado estaba parado al lado del auto, cuando me vio acercarme no dudó en poner el auto en marcha y abrir la puerta del acompañante, subimos al auto con Hernán que se acostó en el asiento trasero para simular que no había nadie en el mismo y cerró los ojos, creo que para no ver cual iba a ser nuestro destino, atrás de nosotros habían salido corriendo muchos chicos mas, que se metieron en las casas cercanas al lugar, para esconderse, otros corrían por las calles tratando de alejarse, pero rápidamente la policía de La Plata hizo un cerrojo y recapturó a todos los que se habían fugado a pie, mi cuñado manejaba como un piloto de fórmula uno, nos alejamos de la ciudad de La Plata y volvimos a la noche de la ciudad...mientras Hernán y mi cuñado se conocían un poco mas, yo miraba el esplendor de las estrellas, el puerto, los edificios, la gente, como si fuera un extranjero.

Recordé que no le había dicho a nuestro chofer estrella que nos tenía que llevar a otro lado y no a mi casa, me miró muy sorprendido cuando le informé de las cosas que había decidido hacer para no llevar los problemas que mi fuga iba a traer a mi casa, “son unos días, boludo, después yo te llamo y me venís a buscar”, “bueno, está bien, Eze, aunque mucho no me guste la idea yo te hago la segunda, pero yo voy a ver ahora donde vivís y mañana cuando vuelvo del laburo paso y te dejo plata para que se manejen mas tranquilos y no tengan que salir a hacer cagadas”, dijo mi cuñado, “bueno, dale, está bien, un par de días, hasta que se calme todo esto”, le dije, y le dimos las nuevas coordenadas de nuestra nueva dirección, un departamento en planta baja que le prestaban a Hernán, todo amueblado.

Bajamos del auto, entramos, había unos sillones de cuero negro, un televisor de veintinueve pulgadas y una play conectada, una heladera llena de comida y era obvio que ahí íbamos a estar mejor que en el instituto, y que nadie nos iba a pegar ni a maltratar mas. Después de que llegamos con Hernán y mi cuñado, llegó Luciano y Moco, que también se iban a quedar con nosotros.

Mi cuñado salió y emprendió el camino hacia mi casa, diciéndome como cien veces que no salga a la calle, que me quede adentro como si fuera que me estaba buscando toda la INTERPOL, lo acompañé hasta el auto estacionado en la vereda lo saludé con un fuerte abrazo y un gracias. Como se dice en la jerga “de rolo”, de corazón, y me quedé esperando que volviera rápido para que me cuente las últimas noticias, ¿qué había pasado en mi casa? ¿Cómo estaba mi familia? ¿Cómo había tomado la noticia mi mamá, al saber lo que hicimos para salir de ese lugar que para nosotros significaba un calvario?

Volví al departamento, comimos algo y dormí en paz, sin tener que despertarme muchas veces en una noche, dormí sin miedo. Al otro día mi cuñado volvió a la tarde y me contó que la policía me había ido a buscar, que le informaron todo a mi familia y que estaban tan preocupados que él le dijo a mi hermana que los tranquilice a mis papás, que yo estaba bien, y que en unos días cuando todo se calme volvía a casa. Pasaron dos semanas y el domingo estaba en mi casa sentado en la mesa con toda mi familia, después de un tiempo la causa fue archivada y recién me volvieron a llamar por esa causa cuando estaba en la unidad número dos de Sierra Chica, pero esa ya es otra historia. Así fue mi primera experiencia de encierro, la experiencia más horrible de mi vida

hasta ese momento, siendo solo un pibe de dieciséis años. Fue algo que marcó mi vida para siempre, imágenes que me quedaron en la memoria de por vida, violencia en su expresión mas grande, hambre, frío, maldad, odio, es lo que se inculca en esos lugares, es una fábrica de monstruos.

UN MUNDO SIN LÍMITES

Guillermo Quiroga Rojas

Año mil nueve noventa y siete, con tan solo quince años estábamos encarcelados con José de dieciséis, en la segunda de Banfield, tras chocar contra un árbol, al querer escaparnos de la policía. Nos tenían en una celda diminuta: un baño, una canilla y una tarima pegada a la pared. Eran como las nueve de la mañana. Cuando de pronto se acercaron dos policías diciéndonos que nos tenían que llevar a cuerpo medico, abrieron la reja toda despintada y oxidada sacándonos por la misma, poniéndonos las manos atrás nos esposaron, nos llevaron hasta Lanus, al bajarnos del patrullero nos metieron por un pasillo, nos hicieron pasar por una puerta donde se encontraba un enfermero con una planilla en la mano, preguntándome si tenia alguna lesión,

_ “No” le dije

_ “Sácate la ropa” me dijo. Al sacarme todo vio que tenía raspado el codo,

_ ¿Que te paso que tenes ese raspón?

_ “Me lo hice jugando a la pelota” le respondí. Me miró mientras anotaba en la planilla, lo mismo hicieron con José, nos subieron de nuevo al vehiculo, rumbo a la comisaría, un policía, nos dijo

_ “Ahora seguro los llaman del juzgado” Al bajarnos, de nuevo nos metieron por el pasillo para el fondo, a la celda, las horas pasaban, José miraba el techo y de pronto me dijo,

_ Alfredo, ¿vos decís que nos van a largar?,

_ Ojala ya no aguanto mas este lugar, Le respondí,

Ya se empezaba a notar que llegaba la noche, las pocas luces que veíamos se encendían, de pronto de un calabozos de enfrente, a unos cuantos metros, de tras de unos barrotes uno con una visera, nos pregunto

_ ¿Eh guacho de donde son?

_ De lomas, le respondí.

_ ¿Y como se llaman?

_ Yo Alfredo y el es mi compañero José,

_ Ustedes podrían ser mis hermanitos, yo me llamo Chili, soy del faro, ¿necesitan algo?

_ No tenemos nada, le dijo José.

_ “Ahí los llamo”. Nos contestó y se perdió tras las rejas. A los cinco minutos apareció con un colchón y una bolsa colgada de su mano izquierda, nos paso todo por entremedio de los barrotes, arrojando las cosas hacia nosotros. Lo primero que hicimos fue abrir la bolsa, unos ricos sándwiches de milanesas, con jugo. Nos comimos todo, teníamos un hambre, luego nos tiramos en el colchón. Cuando me quise dar cuenta José dormía, yo no podía pegar un ojo, se me cruzaban una banda de cosas por la cabeza, mi mamá, hermanos, sobrinos, el perro de mi casa, hasta que me dormí. Como a las ocho de la mañana, nos llamaron dos policías diciendo que nos llevarían al juzgado, como estábamos nos sacaron, ni la cara nos dejaron lavar. Al llegar nos bajaron del patrullero, metiéndonos por un túnel hasta llegar donde había como cinco jaulas de fierros, nos metieron en una grande. En un

rincón, se encontraba un pibe con una mirada triste, se le notaba en sus ojos. “Como se llaman” nos pregunto, le estire la mano,

_ Alfredo ¿y vos?

_ Cristian; me dijo

_ Yo soy José; le contesto mi compañero

_ ¿Que son compañeros?, nos dijo.

_ Si, le respondí, al darme vuelta dos policías nos llamaron, sacándonos de esa horrible jaula, esposándonos, nos metieron por un túnel que nos llevo directo a un ascensor, subimos hasta el cuarto piso, donde nos esperaban en una oficina dos persona de traje diciéndonos que eran nuestros abogados defensores,

_ ¿Ya nos vamos?, le pregunto José.

_ No, le dijo uno.

_ “Ustedes tienen el robo de la moto, en unos días se van” Muy tranquilo tomaba su café, se levanto de su sillón, abrió la puerta y le dijo al policía, que nuestras madres nos iban a ver unos minutos. Cuando vi a mamá llorando se me cayeron una banda de lágrimas, me abrazo fuerte, *Porque haces esto*, me decía mientras tiraba mi oreja y me daba un beso. El policía me puso las esposas bajándonos por el mismo lugar a esa celda fría. El pibe que estaba cuando llegamos ya no se encontraba mas. Después de tomar unas cuantas horas de frío y con hambre, aparecieron los policías que nos habían llevado, sacándonos para llevarnos de nuevo a la comisaría.

Al llegar nos metieron por el pasillo, directo a la celda. Eran como las dos de la tarde, de pronto vimos como tres policías, traían a dos pibes

los metieron con nosotros, uno nos miro y se dirigió a un rincón, el otro me estrecho la mano,

_ Ariel, me llamo,

_ “Yo soy Alfredo y el se llama José” Tomó asiento, se acomodó en un rincón.

_ ¿Y ese pibe es tu compañero?, le pregunte.

_ “No” me dijo. Me levanté acercándome despacio, a ese pibe que miraba el piso y a la vez temblaba. Tenia miedo no sabía que le pasaba, le apoye mi mano en su hombro izquierdo, y le pregunté.

_ ¿Como te llamas?

_ Ángel me dijo. Levantó la mirada, y al ver su cara daba miedo, era orejón sin dientes, la cara llena de pozos.

_ ¿Cuantos años tenes?, le pregunté.

_ “Quince”, me respondió.

_ Soy de Lomas, del Barrio la Loma,

_ “Yo también soy de ahí”, le conteste,

_ Ya se, yo a vos te vi. En una bicicleta chiquita, con una bolsa colgada del manubrio;

_ Si era yo, salgo a vender empanadas que prepara mi mamá

_ ¿Que paso que estas acá?

_ Me agarraron con una pistola de juguete, había robado una chata de pan Bimbo, me dio risa

_ ¿No tenes miedo que te pase algo?

_ No, me respondió.

_ ¿Vos?, me preguntó.

_ Yo venia con él en una moto. Un patrullero nos empezó a seguir, hicimos unas cuadras, y al querer doblar chocamos contra un árbol, corrimos media cuadra, y nos agarraron, pero mi compañero alcanzo a tirar el veintidós que teníamos. En el juzgado nos dijeron que tenemos el robo de la moto, que en unos días nos vamos.

Tanto que hablamos las horas habían pasado volando, escuchamos unas voces, unos policías, aparecieron con unas bolsas, que nos mandaba nuestra familia. Mamá me había llevado dos pizzas y una coca, una carta que decía, *“Ya vamos a estar juntos todos en casa te amo hijo”*. Cada uno recibió algo de su seres queridos, nos sentamos a comer y escuchamos un grito del calabozo de frente,

_Alfredo, Alfredo,

_ ¿Que? le dije,

_ Soy yo Pedro, ¿No tenes un jugo?,

_ Ahí te paso, le dije, como teníamos cuatro coca le pase una,

Se acercó un policía diciendo Aranda Ángel,

_ Yo, le dijo el Orejón,

_ Bueno salí que te vas a tu casa,

Contento se acercó y nos dio un abrazo a cada uno, paso por la puerta y mirábamos como desaparecía por ese pasillo. Otra noche se aproximaba, nos estábamos acomodando para dormir, dos policías más se acercaron, llamándolo a José y Ariel, diciéndole que se iban para sus casas, los dos me miraron, me dieron un fuerte abrazo y se fueron. Quedé solo con el frío de la celda y el silencio de un cementerio. No podía dormir pensaba ¿Porqué se fue mi compañero y yo no? Me quedé dormido. Al día siguiente me levanté, me lavé las manos y la cara, tomé un mate cocido,

con agua caliente que me hizo llegar Pedro. De pronto se acerco un policia diciéndome que me prepare, que me llevaban para la comisaría de menores de Guillén. Terminé de acomodar mis cosas y me sacaron, me subieron a un patrullero llevándome a destino. Al llegar me bajaron y me hicieron agarrar mis cosas, entramos a mi izquierda a una oficina, en frente de un calabozo con un par de pibes, uno me pregunto

_ ¿De donde venís?,

_ De la segunda de Banfield, no le termine de decir eso, que me metieron a la oficina del taquero,

_ ¿Vos? me dijo ¿a donde querés que te meta? ¿Sos rebelde?”,

_ No, le dije, me miro bien o los ojos mientras se rascaba la cabeza,

_ Mételo en el ultimo calabozo, le dijo a un policia, mientras pasaba por los otros calabozos, los pibes me decían,

_ Que no te metan en la ultima celda, al escuchar eso el corazón me latía a mil, abrieron la reja y uno con un gorrito de lana me agarro las cosas y me las tiro en un rincón, los cuatro que estaban acostado se reían,

_ Porque tiras mis cosas, le dije

_ Ahora Te vas, me dijo y de su cintura saco una punta, me tiro un par al cuerpo para lastimarme. Me corrí unos pasos hacia atrás y le dije

_ No me voy a ir, uno que estaba acostado me tiro un cepillo de dientes, con punta lo levante y nos raspamos por todos lados, hasta que Cristian dijo

_ Basta ya esta el guacho es chorro, se acercó uno y me estrechó la mano

_ Me llamo Negri,

_ Yo Alfredo, le respondí y se acercaron los otros dos a saludarme,

_ Un gusto, soy el chino

_ Yo el Sergio. Acomódate en un rincón, ahí tenes un colchón. Acomodé mis cosas y al terminar me di un baño. Al salir me cambié y nos pusimos hablar con el Negri,

_ ¿De donde sos?, me dijo

_ De la Loma,

_ Yo soy del Faro, me respondió

_ ¿De que parte?, conozco todo por ahí,

_ Vivo en la esquina del pool, de tomate”

_ Ah... la casa de la esquina, le dije

_ Entonces la conoces a Analía,

_ Si, me respondió,

_ Ella es mi novia me viene a ver,

_ Ah bien, me respondió,

_ ¿Y que día hay visita? le pregunte,

_ Los miércoles, me dijo,

_ Seguro viene a verme, ¿A vos te vienen a ver?, le pregunté.

_ Si, viene mi mamá con mi novia, me respondió

_ Ah, bien, le dije, no le termine de decir eso que se acerco Cristian,

_ ¿Como estas?, te vi en el juzgado de Lomas estabas con tu compañero, ¿te acordas?,

_ Si, le respondí,

_ Ese pibe en donde está, ¿Se fue a la calle?,

_ Yo quede con el robo de la moto, pero bueno ya esta,

_ Y si, me contesto Cristian,

_ Yo a voz te conozco, me dijo,

_ ¿Ah, sí?, ¿de donde sos?, le dije

_ Yo de a dos cuadras de tu casa.

_ Sabes que ya se de donde sos, vos vivís por el costado del riachuelo,

_ Si soy el mismo, me dijo riéndose, de pronto un policía se acercó repitiendo Negri corpus, Negri corpus, yo, le respondió el pibe que estaba sentado a mi izquierda,

_ Prepara tus cosas que te vas para movimiento de La Plata, al terminar con sus pertenencias nos miro a todos y nos dio un abrazo, desapareciendo tras las rejas y el pasillo que nos dividía con los demás calabozos, el que me había tirado mis cosas al ingresar se acercó y me dijo,

_ ¿Te asustaste cuando te dije que te vayas?

_ No te voy a mentir estaba asustado, todavía me tiemblan las manos, le dije

_ ”Ja ja ja ja ja ja,” se reía,

_ Pero ya esta, yo me llamo Eze, me dijo le di la mano y se fue a su colchón, la noche estaba a punto de llegar cuando el Chino, nos dijo

_ Vengan a comer, nos sentamos todos, estábamos comiendo, se acercó otro policía llamándolo a Cristian y a mi,

_ Preparen sus cosas que van para movimiento,

_ Esta bien ya acomodamos nuestras cosas y salimos, le dijimos, no terminamos de acomodar que enseguida, aparecieron tres policías sacándonos hacia una Trafic, rumbo a La Plata. Después de unas cuantas horas de viaje por las ventanillas se veía un portón grande, “la parte de atrás del maldito instituto”, me decía Cristian, al llegar nos llevaron a una celda que estaban vacía, nos dejaron cinco minutos y se

acercaron dos vestido de enfermeros, me llamaron primero y me metieron a una oficina, me hicieron unas preguntas, si me drogaba, si tomaba alguna bebida o si fumaba, no le respondí y una señora rubia, con la cara toda arrugada, me dijo,

_ ¿Que piensas hacer quedarte o te vas a escapar?

_ “Me voy a quedar” le dije. Anotó en unas hojas y me devolvieron, llevándome al mismo sitio donde estaba, me dejaron ahí lo llevaron a Cristian en unos segundos. Lo trajeron de nuevo, nos dejaron a los dos en la espera de algún destino, nosotros creíamos eso, pero nuestros destino ya estaba, yo al Roca, Cristian para el Faro. Se acercaron dos policías. Salude a Cristian y salí junto a esos sujetos que me subieron a un patrullero, directo al instituto mi cara pegada a la ventana mirando todo y pensaba, con que me iba a encontrar. Al llegar veía rejas por todos lados, baje agarre mis cosas, me metieron por un pasillo de rejas, parecía que me llevaban a una colonia, me dejaron a un costado. Me metieron en una oficina. Al entrar vi un gordo sentado. Fumando un cigarro, mirando mi legajo. Levantó la mirada diciéndome con voz de malo:,

- Para dónde querés ir pendejo.

_ “Población” dije.

_ “A este mételo en el dos” gritó.,

_ “Agarra tus cosas y seguime” Me dijo el de bigote, pasamos por el costado de una cancha hasta llegar al pabellón, abrieron una reja y al entrar estaban todos encerrados en sus celdas, los nichos eran de diez celda de cada lado, estaban divididas por un pasillo de dos metros. Me metieron en la celda nueve, no había nadie. Un colchón tres botellas

para mear, porque no había baño, un olor a mierda impresionante, para cagar tenía que hacer en bolsa y tirarla por una ventana. Acomodé todo, tiré un poco de jabón para que se vaya el olor. Estaba cansado, me acosté en la cama y a la vez pensaba que pasaría mañana. A los minutos me quedé dormido. A las siete de la mañana, abrieron la puerta de mi celda. Desayuno me dijo el encargado. Me lavé la cara, los dientes y me dirigí a donde todos iban cuando llegue tenía mi desayuno en la mesa. Me senté al lado de un gordito, que me miro con cara de que me perdonaba la vida, no le di importancia, seguí con mi desayuno. De repente sentí un golpe en la nuca tan fuerte que hizo que me cara golpease con violencia la mesa. Atiné a levantarme, pero estaba mareado termine cayéndome al piso. Lluvias de patadas, sobre mi cuerpo. Desperté en sanidad, con toda la cara hinchada, rota y un hilo de sangre que corría por mis cejas.

Al día siguiente vi a mi mamá, llorando por como estaba,

— “Quédate tranquila má, que estoy bien” le decía, pero ella no paraba de llorar. “Acá te traje ropa y para que comas” me dijo y todo dolorido me levanté de la cama. Mamá me ayudaba, fui hasta el baño, después salí a sentarme en las pierna de la vieja, que me abrazaba fuerte y a la vez me decía ya vas salir. Entró un enfermero diciendo que mamá se tenía que retirar, me dio un beso, y se perdió tras una puerta blanca de chapa, quede solo tirado en la cama, con las sabanas que tocaban el piso, el aire que entraba por la ventana hacia flamear las cortinas celeste de ese lugar, pasaban los días, los enfermeros me traían los medicamentos. Pasaron cinco días, cuando abrieron la puerta. Vi entrar a Analía. Quedé sorprendido al verla con su pelo suelto, mis ojos se llenaron de alegría y

una sonrisa iluminó su rostro. Me llenó de besos, sin darme cuenta detrás de ella estaba mi hermana Sandra. Se acercó y me dió un beso. Tomamos una Cindor con facturas y charlamos un poco antes que me volvieran a meter en la celda.

Al siguiente día, me subieron de nuevo al pabellón, que había ingresado, me metieron en la misma celda, mis cosas estaban ahí, de la celda diez me llamo un pibe

_ ¿Como estas?

_ Bien, le dije

_ Mal como te pegaron, esos giles,

_ Sabes que no me acuerdo de nada, me desperté en sanidad sin saber quien me pegó.

_ Yo te voy a decir quien fue, el gordo de la celda dos vive con un flaquito, no se el nombre pero ese también te pegó,

_ ¿Vos donde estabas cuando me pasó esto?,

_ Justo a mi me llevaron a sanidad yo soy el Chili ¿Te acordás de mi?

_ Si vos estaba en Guillon, cuando llegue ahí,

_ Si amigo y quedate tranquilo, que ya los vamos a agarrar a lo que te pegaron, No pasa nada, le dije, tengo que recuperarme bien,

_ Si eso ya lo sé.

_ Después hablamos tengo que acomodar unas cosas, le dije

_ “Dale lo que necesites llámame”, me contesto Chili. Empecé acomodar un poco mi celda, tendí la cama, doble la ropa y me acosté a mirar una revista. De repente escuché ruidos de llaves, estaban sacando a patio, al llegar a mi celda, un encargado me pregunto si iba salir. Si, le dije. Me miraba mientras salía todo dolorido. Caminé hasta llegar a la

puerta que daba al patio, pase esa puerta y un sol brillante y hermoso calentaba una parte del patio, la otra parte le daba la sombra, sentía que todas las miradas se dirigían hacia mí, el Chili se me acercó me tomó del brazo y empezamos a caminar, mientras me decía “Ese que está ahí en el rincón de la derecha es el gordo Pepe, y el Flaquito también te pego”. Yo no me podía mover. Me dolía todo. Los miraba con un odio hasta que no aguante más me acerque a preguntarle porque me habían pegado si no les hice nada. El Gordo me miró y me dijo “Quiero que todos los días me des tu postre”. Lo mire, le respondí. “Vos te pensas que soy un gato estás equivocado ya me voy a curar y esto lo vamos a arreglar sabes gordo Gil pelota de playa, y vos también lombriz seca”. Los dos me miraron y se reían. Al terminar el patio, nos empezaron a llamar celda por celda, hasta que llegó mi turno, parecía que había hecho como veinte cuadras, estaba muy cansado, al llegar a mi cama caí desplomado. Quedé profundamente dormido. Pasaron los encargados gritando ducha. Ni me había enterado, después escuchaba como el Chili golpeaba la pared, de mi celda, preguntándome si estaba bien, porque no había salido a ducha ni a merendar. Me dijo que en media hora nos sacaban a comer. Ya quiero que me saquen a comer tengo un hambre, le conteste. “Bueno amigo ya nos van a sacar”. “Si eso espero”. Las tripas me suenan del hambre que tengo, de pronto escuché como abrían mi celda, a comer me dijo un encargado, me puse las zapatillas y salí hasta donde estaba mi comida, cuando vi el plato, desesperado lo devoré. Levanté la mirada quería saber donde estaban los que me habían pegado cuando, mire a mi derecha, vi que estaba lombriz solitaria, el Gordito, no estaba con él me levante lentamente, y le toque el hombro, cuando se

dio vuelta para mirar quien era, le pegué con toda la bronca que tenia, le dí piñas por todos lados hasta dejarle la cara toda rota. Llegaron los encargados se metieron en el medio y nos separaron me agarraron torciéndome el brazo contra la espalda y la pera que me chocaba al piso, me llevaron directo a buzones y me dieron una paliza bárbara. No aguantaba mas, me dolía todo el cuerpo, pero a la vez estaba contento por sacarme la bronca, con uno de lo que me había pegado. Claro faltaba uno, Pelota, con ese se me iba a complicar, porque era bastante grande el Gordo.

Los días pasaban lo único que me llegaban eran las esquelas de mi amigo, el Chili. Me contaba las cosas que pasaban en el pabellón, mientras yo trataba de hacer cualquier cosa para que llegue el día que me reintegren.

El Chili como todos los días salió al patio. El Gordo se las estaba por mandar, porque sabía que era mi amigo. Terminaron de salir todos, cuando de pronto se escucho, un grito, Chili vení, para el fondo le dijo el cara redonda. Ahí voy le contesto, cuando estaba llegando donde estaba el Gordo, se acercó lo mas cerca, posible, y de una le dio una piña en la cara, tratando que el Gordo caiga, pero el Globo se puso rojo y su mirada asustaba, como la de un toro salvaje, era tan grande que de una piña lo tiro contra la pared al escuálido Chili que cayó con toda la boca rota, le dio patadas en la panza por todos lados estaba cobrando como loco, hasta que entro la gorra.

En vez de separarlos los canas comenzaron a apostar cuanto iba aguantar el Chili antes de rendirse. Se cagaban de la risa y cronometraban la paliza. Junto a ellos había un par de pibitos de otro

pabellón que eran los gatos de los policías. Eran los chicos que accedían a tener sexo de la policía a cambio de comida y pastillas.

Al final la gorra dio por terminada la pelea. Se intercambiaron dinero de acuerdo a como había salido la apuesta y junto con sus esclavos sexuales terminaron llevándose al Gordo y al Chili a buzones. Escuché ruido a llaves, saqué la cara para mirar por el pasa plato, de la puerta, ví como traían a mi amigo, todo ensangrentado, lo metieron en la celda de enfrente,

_ ¿Eh amigo, que paso?,

_ ¿Quien habla?, me contesto el Chili,

_ Yo Alfredo que te pasó.

_ El Gordo me invito a pelear, no me quedó otra, pero mas que pelea parecía que estaba jugando a la pelota conmigo, pero no pasa nada, me lo traje en cana también, lo metieron en una celda por el fondo,

_ Bueno quédate tranquilo que cuando estemos en el pabellón vamos hablar de esto,

_ Esta bien me dijo el Chili, vos ya subís a los pisos,

_ Si amigo hoy subo, te voy a estar esperando para jugar con la pelota,

_ “ja, ja”, se reía el Chili. Esa tarde me subieron a los piso, me metieron a mi celda, acomode un poco y me tire en la cama, pensaba en las cosas que estarían pasando en mi barrio. Cerraba los ojos, parecía que todo era verdad que andaba por las calles que solía frecuentar, pero solamente era mi imaginación. Lejos estaba mi barrio de la realidad en la que me encontraba. Me desperté ya cuando el encargado, abrió la puerta y me dijo desayuno. Como estaba me levanté, con la ropa puesta del día anterior. Me lavé la cara y salí directo hacia el comedor. Terminé de

desayunar me di vuelta y estaba la banda de Pelota, que ni me miraron. Fui hasta el baño para ver, si unas de estas ratas me seguía, al salir me di cuenta que todos se encontraban en el mismo lugar hablando como si no pasara nada. Me di cuenta que sin Pelota, no eran nada. Solo uno mas como yo, una cosa a vigilar. Una voz ronca se escuchó de fondo gritando, a las celdas, mientras caminaba hacía el sitio donde descansaba. Sentía que me miraban, levante la vista, y cada uno se dirigía a sus lugares, como si nada, al entrar, me recosté en la cama, agarre una lapicera y empecé a escribirle una carta al Chili, al terminarla, llamé al encargado, le pedí, si me podía a ser el favor de entregarle una carta al buzono. El viejo calvo me miró, con una mirada seria, agarró la esquila y se marchó. Me puse a lavar un poco de ropa que tenía a un costado de la cama, mientras pensaba que iba a pasar cuando suba el Globo de los buzones. Al terminar, se escuchan las puertas que venían abriéndose,

_ Todos al patio requisa.

Me senté en un costado donde daba el sol. De esa posición podía ver a todos, pensaba que la banda de Pelota, me iban a patotear, pero el ambiente era todo lo contrario. Cada uno en la suya. Me levanté y comencé a caminar un poco, mientras pensaba que estaría haciendo mi familia. Con este día tan lindo, estarán en una plaza o en casa, o debajo del árbol, largue una sonrisa, sin querer, me acordé cuando mamá siempre me decía que podara el árbol, me causo gracia. Cuando mi mente viajaba, la puta vos del encargado me hizo volver a la realidad. Empezaron a llamar uno por uno hasta que me toco a mí. Entre a mi celda y estaba todo dado vuelta. Sin ganas empecé acomodar todo, al

terminar me acosté. Así pasaban los días, siempre la misma rutina, hasta que un jueves subieron el Chili y Pelota, eran las ocho de la noche.

_ “Hola amigo” me gritaba, con vos de alegría.

_ Estas bien amigo, le contesté.

_ Si, me dijo,

_ Bueno entonces mañana nos vemos temprano,

_ Si Alfredo

Al día siguiente, nos sacaron a desayunar, llegue primero al comedor. Me senté al costado de la pared donde había dos panes y dos tazas de mate cocido. Llegó el Chili, nos dimos un abrazo y lo miramos a Pelota, que nos estaba mirando, como presa fácil. De pronto vemos que se estaba acercando hacia nosotros. Me levanté. El Gordo largo una sonrisa, me dejo confundido, se sentó con nosotros nos dio la mano, y nos dijo

_ Quiero que me perdonen por lo que les hice,

_ “No pasa nada”, le contesto el Chili, dándole nuevamente la mano y un abrazo, yo me levante y también lo abracé. El gordo largo unas lagrimas de sus ojos rebalsados de alegría y tristeza por lo que había pasado, en ese momento el celador grito

_ Vamos cada uno a su celda,

Caminamos los tres, el Gordo entró primero a su celda, nosotros seguimos de largo hasta que llegamos a la mía y el Chili continuo hasta la de el, agarré una revista y me tire a la cama a leer un poco, cuando de pronto abrieron la puerta de mi celda. Pegué un salto, preguntando que pasa, el encargado me contestó te vas a tu casa, una sensación de alegría

corría por mi cuerpo, agarre todas mis cosas y las deje en la puerta del Chili,

_ Me voy amigo, le dije,

_ Que bueno, cuídate mucho y no hagas renegar a tu mamá, me contestó.

_ No amigo, le dije,

Le di la mano y empecé a caminar hasta la puerta de salida del pabellón, antes salude al Gordo, que me dijo cuídate mucho, vos también le conteste, al salir no se como mi mamá sabia que me estaba yendo, porque me estaba esperando en la puerta, del maldito instituto. Le di un fuerte abrazo, y nos fuimos a casa, dejando todo eso oscuro, que pase, ese maldito cementerio, que los muertos vivos solo andan y cada semana, sus seres queridos los van a visitar, y quien diría, a tirarle un par de flores.

ÁNGEL DE LA SOLEDAD

Natalio Damián Aguilar

Esta fue una tarde que se convirtió en noche para mi compañero y para mí. Siendo aproximadamente las cinco de la tarde, intentamos robar una casa de deportes, qué locura la nuestra, lo que parecía fácil resultó todo lo contrario, queríamos tener un par de zapatillas de marca y conjuntos deportivos, pero poco duró nuestra ilusión, cuando entramos al local para asaltarlos, una de las cajeras tocó la alarma silenciosa dándole aviso a la comisaría mas cercana, y en pocos minutos entraron varios policías que dieron la voz de alto con pistolas en mano, apuntándonos.

— ¡Tirá el fierro! ¡Dale hijo de puta! ¡Y tírense al piso!

— ¡No tiren, no tiren que el fierro que tengo no tiene balas y mi amigo no tiene nada encima! -dijo Roberto.

La yuta, una vez que nos vio reducidos nos esposó.

Les puedo asegurar que fue el cagazo de mi vida al saber que perdimos, estábamos re en cana. Los nervios y la adrenalina en las venas se revolucionaban de forma cheguevarista, el miedo invadió mi ser, para Roberto era una caída más, él ya se conocía todas las comisarías de la zona, recorrió varios institutos, fugándose de varias granjas; cuando llegamos a la taquería Quilmes primera de menores, los jefes de calle murmuraban diciendo:

— Mirá quién cayó de vuelta, el famoso Robertito de la Villa del Monte, y ahora con otro más- dijo un milico.

— Metelo en el cuarto, que ya estoy cansado de verlo a este pendejo entrar y salir por la misma puerta, ésta vez me harté, lo voy a empapelar, ni la familia lo va a sacar, no lo quiero ver por un largo tiempo en la calle, y con el otro no sé qué voy hacer, porque ni familiares tiene- dijo.

Nos metieron en un lugar de cautiverio, nos verduguearon un buen rato, en ese cuarto de tres por dos, ahí nos metieron, solos ellos y nosotros en ese sitio. El primer cachetazo se lo dieron a Roberto, porque fue el que no acató la voz de alto, y le dijo:

— Guacho de mierda, no los matamos acá por que son menores de edad, ¿para qué queremos lacras como ustedes?

Esto marcó mi vida, algo imposible de olvidar, estos hijos de puta nos pegaron aproximadamente unos tres cuarto de hora, fueron trompadas, palazos, patadas, así fueron esos cuarenta y cinco minutos interminables, “La justicia enmascarada” hace oídos sordos a las torturas del preso, nuestro eco queda solo en el silencio, creándonos monstruos sin alma, con tan solo catorce años y Roberto de dieciséis. Veía como le pegaban a mi amigo y lloraba como una criatura de la impotencia que tenía por no poder ayudarlo, aunque la vida te golpea tempranamente aún somos chicos, sin que esto justifique mi responsabilidad por los delitos que cometí.

Pero a esos resentidos jefes de calle, que poco les importa nuestra vida, con otros dos de copa, zarpados de rosca, nos agredían y nos insultaban:

— Villeros de mierda, mugrientos. Con esta paliza van a escarmentar, porque los quiero ver cuando entren a la celda. A ver si son

tan poronga ahí adentro cuando los quieran agarrar de mulos y cogernos, pendejos de mierda.

Física y psicológicamente nos hicieron daño con los golpes que nos dieron. Recordando las palabras de ese vigilante, sentí miedo por nuestras vidas. El guardia nos llevó a la celda grande, donde sólo lo chorros tienen la última palabra, el gil es gil y nada más, así es la política tras las rejas, pese a quién le pese. Cuando estábamos llegando al calabozo la música sonaba a todo ritmo, parecía una joda pero no, es todo una pantomima, “no todo lo que brilla es oro”. Al llegar el imaginaria, abrió el candado de la reja y entramos, el cobani se tomó el palo, se acercó un pibe y nos dijo:

— ¿Ustedes por qué cayeron en cana? -Mirándonos de arriba abajo. Dije dentro mío “está todo mal”, por sus gestos y palabras. Luego se acercó otro de forma prepotente y repitió lo mismo.

— ¿Ustedes por qué cayeron en cana? ¿Tanto la van a cajetear para decir por qué están?

— Por robo, no vez que estamos todos rotos por la golpiza que no dio la yuta- les contestó Roberto.

Y pensaba nuevamente “otra pelea más en mi vida”, pero esta vez tras las frías rejas que solo transmiten angustia y frialdad, Si la calle es dura bajo el cielo, no es nada comparable al frío del encierro, donde hasta la sombra te abandona cuando se apaga la luz. Las cosas no estaban bien en ese lugar, los movimientos eran raros, buscaban psicologiarnos con sus actitudes y palabras tumberas, supuestamente con terribles prontuarios, como por ejemplo: robo, secuestros, homicidios, etc. ¿Qué ironía de la vida?, en la jerga tumbera dicen que

la cárcel esta hecha para los chorros, pero son solo palabras, poco importa la carátula, el fuerte se devora al débil, esa es la realidad donde te dormiste sos pollo. ¿Y por qué digo ironía? Porque en este caso fue todo lo contrario, ellos eran siete en la celda, menos uno que estaba encarpado tras las mantas que colgaban de la cama cucheta para escuchar lo que estábamos hablando. Corrió la manta y salió con una varilla de secador de piso, bien empuñada y le dijo a mi compañero:

— ¿Y ahora qué vas a hacer, Robertito, vas a pelear vos, viste que la vida es un pañuelo? ¿Y ahora qué vas a hacer? Porque la celda es mía y se queda quien yo quiera.

— ¿Qué onda con vos, Chaca?, nos conocemos de pibes y sabés que ando robando, no rastreando como vos en el barrio-. Le contestó Robert.

— ¡Qué carajo me importa, yo me paro de mano igual!, mirá que caíste regalado, gato de mierda, si quiero te hago echar a vos y a el gil de tu compañero, que está más para mami que para papi, puto, o te olvidás que me diste un tiro en la piernas en la cancha de tu barrio, la concha de tu madre. Vos ahora tenés que pelear y el pancho de tu amigo también, no hay lástimas acá, somos todos guachos, el que no se para de mano, para afuera o al pileton ¡Es corta la bocha!

— Más vale que vamos a pelear, yo robo y me paro de manos, dale, que ya me cagó a palos la policía. Qué la voy a cajetear para pelear con vos, rastrero de mierda- le dijo Roberto al temible Chaca.

Enfurecido quería pelear con mi compañero si o si, y siempre con la punta en la mano, llamó a unos de sus soldados y le dijo:

— Pasale la cuchara con punta, que lo quiero vacunar a este gato, ahora me toca a mí, y ustedes hagan lo que quieran con el otro gatito. Dale, defendete, puto cagón, ¿no sos guapito en el barrio?

— Más vale que sí, en todos lados soy guapo, no me vas a echar, primero muerto me sacan de acá.

— ¿A sí? ¿Tenés berretines? Ahora te voy a dar un par de picotazos.

El negro, ni lerdo ni perezoso, le dio una puñalada en el brazo a mi compa y le gritó:

— Dale, seguí que no te vas a morir, puto.

Roberto esquivaba la lluvia de puntazos, infortunadamente le pegó otro más en el hombro, dejándolo inmóvil, fuera de combate; algunos pibes se metieron para separar la pelea.

— Vamos, hacerle un torniquete por que está sangrando mucho-dijo uno.

El Chaca que demostró ser un buen peleador y que aún conserva su respeto, gritó:

— Ya fue, guacho, vos te paraste de manos y sé que sos chorro, aparte somos de la zona.

Tiró la faca a un costado como insinuando que ya fue, que las cosas se cortaron de raíz. Roberto le dijo:

— Más vale que no me traicionés, voy a confiar en tus palabras.

Se estrecharon las manos. Todo se normalizó, los pibes curaron las heridas que tenía mi compa, pero a le dolían mucho los picotazos que tenía en el brazo y el hombro, pero moría callado, por que si le avisaban al imaginaria que había un herido, iba a ser peor, porque entrarían con

los paleros y nos iban a cagar a palos de nuevo y eso no querían los guachos, por que al otro día, era día de visita y, con lo que había pasado, se podía empeorar si la yuta se rescataba que hubo bondi entrarían a requisar. Llegó el día jueves: día de visita, los pibes se levantaron temprano a limpiar las celdas y acomodar las cosas para recibir a sus parientes. Ya a las diez de la mañana empezaron a caer las visitas, muchos abrazos, llantos de novias y mamás, algunos que otros reproches de familiares por ver a sus seres queridos en ese lugar de mierda, ahí se veía la cruda realidad, fingiendo estar bien con una sonrisa.

Por un momento, los pibes con sus conocidos juntos, se olvidaron de la situación, era todo risa, tomando mate, los que no teníamos visita estábamos a escondidas, mas que nada por respeto a la familia de los muchachos, Roberto estaba con su novia Mariela curtiendo el mambo, ellos estaban enamorados porque él siempre me decía “ella es mi amor, por ella mato y muero, Miguelito”.

Ya eran las cinco de la tarde y el guardia de turno grito: “¡Finalizó la visita, la familia ya se puede retirar!”.

Cada cual saludó a sus parientes; hay cosas que jamás me voy a olvidar, los llantos desconsolados de las madres al saber que sus hijos se tendrían que quedar encerrados en esa fría celda, llenos de odio y dolor.

Una vez retiradas las familias, los pibes llamaron a los que no tuvieron visita para que comieran algo y mi compa me dijo:

— Vení, Miguel, vamos a comer algo que trajo la flaca y de paso chamullamos un poco amigo.

Se lo veía contento, nunca lo había visto así, era raro en él porque su personalidad es seria, siempre andaba con cara de perro. Comimos unos sándwich y me contaba cosas de su amor, la flaca, como le decía, y que la pasaba bien. Su novia le preguntaba qué le había pasado en el brazo y hombro.

— Yo le dije la verdad compañero, que el Chaca me dio un par de puñaladas, pero que se quede tranquila que ya esta todo bien, que el problema ya se solucionó.

— Poné música, vamos a ponerle onda a esta celda que esta re apagada, “Nahuel” poné el tema de “Carlitos”- dijo el Chaca.

Esa canción revolucionó el calabozo, empezó la joda, los gatos empezaron a bailar por que sus dueños les decían, el dueño de la celda estaba comiendo un bizcochuelo envenenado lleno de pastilla y llamó a un par de pibes para que coman esa bomba diabólica que fue el detonante para que se pudra todo, y horas más tarde el Chaca y otros secuaces deciden hacer bondi por que se querían ir de la comisaría. Llamaron al imaginaria simulando que a un preso le agarró epilepsia. Los pibes le gritaban al cobani para que venga.

— ¡Dale, que hay un guacho que se está muriendo! ¡Dale, apurate, loco que se muere!

Pero el guardia no les dio pelota, sabía que estaban todos drogados, Roberto y yo no entendíamos nada, sabíamos que estaba todo mal. No va que se le ocurre al Chaca y a otros más prender fuegos los colchones. Los encendieron y el fuego tomó el mando, el humo nos estaba asfixiando a todos mientras las llamas avanzaban sin cesar, solo se escuchaban, gritos y llantos desesperantes, esa celda era el

mismísimo infierno, consumiendo a esos chicos lentamente para disfrutar el espectáculo que Satanás preparó esa noche para ellos, donde la muerte fue el trofeo del mal. Las muertes en esa taquería del infierno aún siguen vigentes, pero la celda quemada y los barrotes son testigos de esas atroces y desesperantes muertes de chicos, que con tan sólo algunas primaveras vividas fueron marchitadas y consumidas por el fuego, quitándoles los sueños de vivir un nuevo verano. Que en paz descansen esas almas que pueden, porque otras, aún, divagan en esa celda y la memoria de algún sobreviviente, que por las noches los atormenta escuchando voces de súplica. La policía de guardia de esa noche, nunca escuchó nada, o mejor dicho, hicieron oídos sordos.

¡Qué la culpa los condene! Porque la justicia del hombre nunca los investigó, justificando lo injustificable, como verdaderos panglossianos

Después del incendio nos despertamos en un calabozo de castigo, abombados por el humo que habíamos aspirado y que dificultaba nuestro respirar, al escuchar voces me levanté del suelo húmedo y mojado, caminé hasta la reja, vi personas con guardapolvos blancos y guantes de látex sacando fotos, y en un abrir y cerrar de ojos, se llevaron un cuerpo en una camilla, colgaba un brazo, era mi compañero, lo identifiqué por el tatuaje del Gauchito Gil, eso fue lo que terminó de quebrantar mi espíritu. La tristeza invadió mi alma y caí de rodillas y empecé a llorar a los gritos, ¿por qué Dios mío tanto sufrimiento? Los pibes que estaban conmigo en esa celda de mierda se acercaron y me preguntaron:

— ¿Qué te pasa, guacho, por qué te ponés así? Rescatate que por lo menos estamos vivos, dándome ánimo a su manera.

— Sí, pero mi único compañero está muerto, recién lo vi pasar arriba de una camilla, era el loco, mi amigo Roberto, en quien yo confiaba. Está muerto ¿me entendés?

Al escuchar mi llanto y gritos se acercaron unos hombres de traje y nos llamaron a cada uno de nosotros y se presentaron.

— Nosotros somos de la fiscalía de Quilmes y vinimos a investigar los homicidios que hubo esta madrugada en la celda de enfrente, y los únicos testigos y sobrevivientes son ustedes, necesitamos de sus colaboraciones. En ese mismo lugar nos hicieron declarar unas largas horas y luego del testimonio, pidieron nuestro traslado inmediato para algún instituto, en menos de treinta minutos nos sacaron como el viento de esa maldita comisaría, nos subieron a los tres juntos en un patrullero, camino hacia La Plata, a un complejo llamado Movimiento. Bajamos y nos recibieron los guardias de ese lugar, después nos llevaron a una oficina. Imagínense la mirada de esas personas cuando nos vieron entrar, estábamos todos mojados, llenos de hollín y temblando de frío y muy nerviosos. Se levantó una de las personas que se encontraba en las oficina y nos dijo: “¿chicos, qué les pasó?”, nos hicieron tomar asiento para hacernos una serie de preguntas, una pequeña junta de evaluación para analizar dónde, ellos, decidirían nuestro lugar de alojamiento, centro de rehabilitación o institutos. Esas personas con cargo decidieron enviarme al ALMAFUERTE, si, así como suena Alma Fuerte, ya su nombre intimidada, me subieron a una camioneta para trasladarme a mi nuevo desafío elegido por el destino, al instituto de máxima seguridad del conurbano bonaerense. Mientras viajaba como dijo Patricio Rey “Atado con doble cordel”, pensaba miles de cosas, mi amigo que ya no está, con

sus consejos que me decían que me tengo que parar de manos con quién sea, que no compre con nadie, todos esos berretines del él me venían a la cabeza, a los pocos minutos llegamos al complejo, tenía un frente todo espejado. Me bajaron del patrullero y entramos a un hall donde se encontraban las oficinas. Uno de los custodios que me llevaba golpeó una puerta, lo atendieron y me hicieron entrar, el cobani se fue y me dejó con el director del instituto, macanudo el hombre, me tomó mis datos, me explicó las normas del lugar, y que por el momento me iban a evaluar y según mi conducta me cambiarían de estandarte, por ahora me llevarían al pabellón izquierdo de ingreso, luego se levantó de la silla y me señaló un barco gigante hecho manualmente y me dijo:

— Ves, corte que los pibes con buena conducta están todos en el mejor establo del instituto “El Central”, si te portás bien podés llegar ahí.

Abrió la puerta, llamó a un maestro y le dijo.

— Llévalo a Revisación Médica y después de ahí mandalo a Ingreso.

El competente me llevó a Sanidad, el médico me hizo un psicofísico, algunas preguntas y vi que tomaba notas en una planilla, el maestro me dio una muda de ropa de color verde, pensaba que me lo pasaban por que me veían negro y pelado como una papa, parecía el chavo del ocho de lo sufrido que estaba, ja, ja. Con el tiempo me enteré que a todos los ingresos en ese lugar le dan esa ropa y que solo te dejan las zapatillas, luego me llevaron por un túnel hasta llegar al lugar indicado.

El maestro me dijo:

— Vas al pabellón izquierdo, ahí vas a estar en la celda solo y por seis días no vas a poder salir, porque estás en observación, después de eso recién vas a poder salir junto con otros pibes al comedor a recrearte una hora veinte, ¡ah! y fijate que hay chicos con muy mala conducta, igual nosotros los vigilamos desde la pecera.

Me terminó de decir todas esas cosas y me pasó medio cepillo de dientes y algunas cosas de higiene, me metió a la celda donde “sería mi nuevo resguardo...”.

Me gustaría describir algunas cosas que me llamaron mucho la atención de cuando entré a la mazmorra: cuando escuché al guarda que cerró la puerta y puso ese maldito candado, que es sinónimo de aislamiento, sabés que tu vida pasa a estar bajo llave, me sentía preso de verdad, solo había una cama de cemento y una colchoneta fina, una sola manta y paremos de contar. “Manejate con eso, macho”. Ahí adentro no tenés comunicación con nadie, solo vos con el Ángel de la Soledad, que una vez más no te abandona, sigue siendo tu compañero “aunque vos no quieras”.

Ahí dentro me puse a caminar, me acerque a la puerta para visualizar algo y solo vi una pequeña rendija por la cual apenas se veía y un poco de claridad bajo la puerta, eso es todo lo que hay en ese sometimiento, en pocas palabras, estoy “re encerrado” y mi cabeza no dejaba de pensar un instante. Armé mi catrera y me acosté, apoyé mis manos sobre la nuca en la almohada, pensaba y me respondía solo “¿y ahora qué pensás hacer, Miguel? Ya estás acá, te tenés que cuidar, por que vos ya viste en comisaría la maldad que había en ese lugar, y más ahora que el maestro te dijo que hay pibes con mala conducta y que son

atrevidos”. Y así estuve pensando hasta que el cansancio y sueño me vencieron. Me dormí todo hasta que una pesadilla me despertó haciéndome revivir todo lo que pasé esa noche en la comisaría de menores y escuchando la voz de mi amigo que me decía “salvame, no me dejés morir, Miguelito, me estoy asfixiando”. Esas palabras fueron las últimas escuchadas por mí, me levanté de lo asustado que estaba, fui hasta la puerta y la golpeaba, llamaba a alguien, pero nunca vino nadie, abatido y estremecido por el sueño que tuve, escuché una voz de un pibe que no lo veía y me decía:

— Estoy enfrente de tu celda, ¿qué te pasa, guacho, te sentís bien?

Al escucharlo se me vino el alma al cuerpo, ya sabía que había uno que me estaba escuchando. Me dijo:

— Yo soy el Negro Chocolate, tirá una manta al suelo y chamullamos por debajo de la puerta que hay una rendija es la única manera de hablar.

— Dale, vamos con esa, Negro.

Tiré la manta al piso y me puse a conversar con el guacho: que esa noche era mi segunda, que ni él ni yo nos conocíamos... solo voces nos acoplan, ¿qué pensará este pibe también? pensaba. Me comentó nuevamente:

— Yo soy de Lomas de Zamora, del Entubado. ¿Y vos de dónde sos?

— Yo soy de Quilmes, es la primera vez que estoy en cana, tengo quince años, quiero aprender a sobrevivir acá ahora, en los institutos, le prometí a mi finado amigo que me iba a ser respetar con cualquiera.

— Esto que te está pasando es normal en todos los pibes, se sienten solos y se trauman de la situación que es la peor tortura del hombre. el encierro. Ya te vas a acostumbrar, guachín, yo ya llevo tres meses en este lugar, solo salgo a recreación y a visita, ya estoy zarpado de estar acá, me quiero ir a la mierda, tengo unas ganas de agarrar al maestro del cuello y que me re caguen a palos, a sí me trasladan a otro lugar más piola. Me estoy volviendo loco de tanto estar encerrado, ni un grillo te canta por la noche, así por lo menos el encierro nos deja en paz por un momento y podemos viajar por nuestra remembranza del pasado, que ya es solo un recuerdo... nada más, pero es lo que alimenta nuestras ganas de seguir adelante a pesar de la circunstancias.

— Sí, Chocolate, pero ¿Sabés cuál es la diferencia entre vos y yo?, que vos tenés familia y yo no, me crié en la calle, mis viejos ni cabida, soy un maldito bastardo que solo por momentos Dios me tira una soga para que no muera lentamente.

— Mira, guachito, te la voy hacer corta, acá estamos todos llenos de dolor, zarpado de andar sufriendo por la vida. Te digo una cosa, hacete malo, porque vas a estar para el choto de una, hay pibes que ya están por cumplir la mayoría de edad y no les cabe nada, ellos ya saben que en poco meses marchan para penales y hace años que vienen recorriendo todos los institutos de Buenos Aires y Capital Federal, lo único que te digo que te cuidés, loquito.

— Sí, ya sé, Negro, voy a pelear si quieren hacerse los pillos, la voy a colgar hasta el techo, ya murió mi compañero, a mí no me importa más nada. Era lo único que tenía, le prometí que me iba a parar de manos siempre y con quién sea. Cómo él me decía: “cómo en la calle

parate de manos, Miguelillo, como cuando te querían zarpar tus cosas, así te tenés que defender acá también y atrevido tenés que ser”, eso me lo dijo un día antes de que se muera, ¡la concha de su madre! Todavía no puedo creer que ya no esté más conmigo.

— ¿Sabés qué, Miguel? Cuantos sueños e historias hay acá adentro de chicos que se te aparecen en las noches, mayormente a la madrugada. A mí me pasó banda de veces, pero ya me acostumbré, a veces me pregunto, si tal vez es la misma soledad del encierro, que se aparece para hacerme compañía a mi cuerpo sin calor, y solo hallo palabras sin sonidos, donde el miedo y la muerte rondan en silencio y sin guadaña en esta tumba de seres vivos, donde el alma llora como un niño buscando ayuda en la prisión, y el mismo sistema te termina convirtiendo en un monstruo sin sentimientos, por el rencor y el odio que produce ésta mierda, tomando el dominio de nuestros pensamientos. Así es acá, Miguelito, hay que ser fuerte de mente para sobrevivir. Bueno, guachín, me voy a dormir, me levanto temprano todos los días para hacer gimnasia si no, no me pasan más los días, y de noche me duermo re cansado, vos tenés que hacer también, y fijate cómo quedás todo marcado, si somos pibes... estamos lleno de trotil ¿o no, Miguel?, aparte si hay que defendernos y pelear, tenemos que estar en forma y ágil como un tigre.

— Dale, hasta mañana, Chocolate. Piola, loco por escucharme y hacerme la segunda, ya nos vamos a conocer, Negro.

— Bueno, dale, guachito, un abrazo, andá a dormir, amigo.

Después de hablar me puse a caminar y analizar toda mi vida, la verdad no tengo a nadie, ni ratas siquiera, y mientras me seguía

maquinando en esa fría celda, y la pared, volviéndose un mar de vómitos de lamentos de pibes que no pudieron sobrevivir en este calvario, que solo dejaron repugnancias en forma de reclamo. Ya no cabe más nada en la pesadumbre de mi corazón ni gritos que quepan en mi garganta después de lo que grité y vi; sólo sé que me tengo que hacer sí o sí, porque acá no me van a tener piedad por más que tenga quince años, ya estoy en la cárcel y me tengo que defender cómo sea. Después de caminar un buen rato en ese asqueroso calabozo, me volví a acostar para ver si me podía dormir nuevamente.

Al otro día me desperté bastante relejado, el descansar alivió mis dolores, me higienicé, me puse a hacer un par de lagartijas para fortalecer los brazos en la celda y, mientras caminaba para entrar en calor, para entrenarme, me colgaba a mirar fotos de mujeres pegadas en la paredes como por ejemplo Mónica Ayos, Karina Mazoco, etc. Eran las chicas del momento y me colgaba a leer las metáforas, poesías de amor y odio, las palabras más comunes en cada frases eran “traidora”, “madre te amo” o “libertad”, así trataba de que pase el tiempo para que llegara el desayuno, las tripas me crujían del hambre, necesitaba alimentarme, quería estar bien piola para todo. Me tengo que cuidar, aunque no lo niego, tenía un miedo inmenso dentro mío que me carcomía la conciencia.

El Negro Chocolate me llamó

— Miguelito, ¿estás despierto, amigo? Pasá cabida, si te estoy escuchando que estás despierto.

— Hola, Negro, sí, me levanté temprano, no me podía dormir, el silencio me llama al pensamiento, quiero que llegue el día de recreación para cambiar el aire, este aislamiento me está volviendo loco, Choco.

— Ahí viene el desayuno, Miguel, espero que le pongan bastante azúcar al mate cocido. ¿Qué vendrá, con pan o galletita?

— No sé, que venga con lo que sea, pero que venga algo, amigo. No aguanto más el hambre.

Y así pasaron los días y llegó el gran momento dónde por primera vez iba a salir al comedor, Miguelito es de una constectura pequeña, flaquito, un guachito que por primera vez va a vivir algo diferente en sus quince años.

— Eh, guachín, eh, Miguelito ¿me escuchás?

— Si negro, ¿qué pasó?

— Fijate que más que seguro te van a sacar al comedor cuando venga el desayuno, así que fijate vos, limitate con tus palabras en todo, no te regalés con nadie hasta que le cacés el mambo, ¿me entendés, amigo?, nueve y veinte viene el recreo, que dura tan solo cuarenta minutos.

— ¿Qué onda ahí, Chocolate?

— Fijate los guachos, algunos tienen berretines y te van a querer probar por ser nuevo, en el pabellón o te van a mandar un gato para buscarte la reacción y según tu manejo ellos sabrán que hacer con vos, igual es todo piñas o algunas veces te agarran entre todos para chorearte las llantas y te patotean.

— Bien ahí, amigo. No te preocupés las zapatillas no me las zarpa nadie. Me voy a parar de manos aunque me caguen a palos.

— Vos mirá que no se te escape el postre porque te lo comen y si no decís nada te la van hacer todos los días, Miguelito. Estate astuto como la serpiente, porque más de uno se va acercar a comerte la oreja, a mí me la hicieron, ¿pero sabés qué le hice, Miguel, le rompí la boca, lo tiré al piso y le di banda de piñas y patadas, nunca más me molestaron después de esa secuencia. Fijate que si a vos te molestan, defendete y exclamales que estas por robo y que tu compañero de causa murió en la comisaría intentando fugarse y que si quieren probar si peleás, deciles que sí, aunque seás un guachito, vos te vas a hacer respetar, racioná así, amigo.

Así pasaron los minutos, mientras oía a los pasadores de la puerta abriéndose, y cada vez más cerca de mi celda, hasta que llegó el gran momento, llegaron a mi puerta y la abrieron los maestros.

— Tenés recreación, Rosales, hoy cumpliste los días de observación.

Me até los cordones de las zapatillas y encaré con fuerza hasta llegar al famoso comedor jaula del Alma Fuerte. Al entrar al mismo, habían aproximadamente unos cinco pibes, qué sensación más fea, me sentía como un animal enjaulado que lo largan por un momento para alimentarte y no sentir tanto el sometimiento. Así es la vida, pese a quién le pese, en este mundo diferente llamado instituto de menores, donde no existe la rehabilitación, solo el resentimiento y rencor que se alimenta dentro de uno mismo para no darles lugar a ciertos valores de la vida, “maldita burocracia” luego se llenan la boca de mentiras vendiendo una falsa realidad que poco conocen, que ingenuidad, ¿no?

Yo no sabía qué hacer, tres caminaban de punta a punta por el comedor y otros dos sentados en un rincón, mis sentidos se pusieron en alerta, no sé si por temor o por supervivencia, me puse a caminar solo, los otros tres caminantes eran unas hienas malas en busca de alguna presa fácil no para sacarles algo, si no para divertirse del más débil de la manada, mientras yo seguía caminando, las miradas estaban todas dirigidas hacia mí. Me incomodaba eso, la tensión de mis nervios estaba al límite.

“¡Desayuno!”- gritó el maestro – “hoy tuvieron suerte, les tocó mate cocido con unas galletitas”.

Los seis nos sentamos en la mesa y al instante vi como le sacan las galletitas a los otros dos que estaban más cagados que yo y solo le dejaron las tazas, diciéndoles: “ustedes son giles, agradezcan que les damos para que tomen algo, gatos de mierda”.

Una vez desayunando, unos de los pibes me preguntó: “¿vos cómo te llamás, de dónde sos, guacho?”.

— Miguel, me llamo y soy de la villa de Quilmes, hace poco que estoy en cana, pero lo único que sé, es que me tengo que parar de manos, porque estoy por robo y mi compa murió en un intento de fuga -demostrándoles coraje, pero el culo se me llenaba de preguntas por las interrogaciones de estos nenes malos- no me pregunten por qué les respondí. Eso fue lo primero que me salió en ese momento.

— Ah, bien ahí, guachín. A mí me dicen Ñoño, soy de San Martín, conmigo la mejor. Ellos son mis amigos, hace una banda que nos conocemos y nos cruzamos por banda de institutos e hicimos una recabida y nos volvimos a encontrar de nuevo acá, y estos dos giles que

les comimos las galletas son altos gatos, miralos, ni pinta de chorros tienen ni se paran de manos por sus cosas, por eso le cabe.

Así fue toda esa conversa, cuando me quise dar cuenta pasaron los cuarenta minutos, de vuelta a la caja de cemento, qué bajón, de nuevo en esa mierda, llevaba seis días y me parecía una eternidad. Los maestros me volvían a encerrar en el calabozo. Lo único bueno era que mi pancita estaba llenita. Como dice el refrán: “panza llena, corazón contento”. No lo voy a negar, fui cómplice junto a los otros que le sacaron las galletitas. A los otros pibes, el miedo los turbaba, les puedo asegurar que no es nada lindo esta situación.

Otra no me quedaba, si no compartía junto con ellos, tal vez podría ser yo la víctima a quien le hiciesen los mismo.

— Eh, Negro Chocolate, eh amigo, soy Miguel, pasame cabida, Choco.

— Uh, Miguelito, la re quedé, compa, estaba leyendo una revista y me dormí, guachín, ¿qué onda en el comedor, pasó algo? ¿con quién saliste?

— Éramos seis pibes en esa jaula que de comedor no tiene nada, já já, y me puse a chamullar con un guacho rescatado, en ningún momento me faltó el respeto.

— ¿Quién era?

— Un tal Ñoño de San Martín, me dijo que era, parecía piola el gordo, parece un oso de lo grande que es el loco.

— Sí, ya sé quién es, no confiés en ese, que es un traidor hijo de puta, te acordás que te conté que una vez le rompí la boca y le di una re paliza y lo destrocé todo a piñas a uno. Bueno ese Ñoño se sintió

zarpado conmigo, pero no le dio para encararme y decírmelo en la cara y me mandó un soldado digitado por él, así que descargué todo mi odio en ese gil enviado en forma de avioneta, se lo derribé en el aire, era de papel ese avioncito, já, já.

— Ah, con razón que investigó en qué celda estoy. En la nueve, le dije y me preguntó por vos, “por ahí está el Negro Chocolate cerca, ¿no?”, si, le dije, pero él no acotó más nada sobre vos, pero me dijo: “está todo bien con vos”, y ahí me rescaté que me estaba sondeando ese perro.

— Yo te digo algo, Miguel, donde lo cruce, lo voy a pelear, por culpa de ese gordo atrevido y cobarde me castigaron diez días. Te juro, guachín, yo me quiero ir de acá y ese Ñoño, que se hace el piola, va ser mi boleto para irme de este lugar de mierda, te tienen todo el día encerrado... ¡ni un puchos podés fumar, están re locos! Estoy re verdugueado hace como tres meses, ya fue me quiero ir.

— Bueno, Choco, vos fuiste mi segunda desde el principio, desde que llegué a este lugar, amigo. Y me hablaste de rolo y me escuchaste cuando estuve mal, así que ya sabés que si tenés bondi, yo no te voy a dejar tirado. Vos sabés que yo no tengo a nadie en esta vida y nada qué perder.

— Bien ahí, Miguelito, me voy hacer un poco de gimnasia porque me estoy entrenando a full para cuando me saquen de acá, en un lugar de mínima seguridad salto el tejido y me fugo de una, esa es mi intención, mas tarde chamullamos guachín.

— Dale, más tarde nos llamamos como siempre, Choco.

— Bueno, Miguel, vamos con esa, ya nos vamos a conocer en algún momento y nos vamos a cruzar, amigo, acordate de lo que te digo.

Qué loca que es la vida y tan bella a la vez, cada segundo que pasé en ese encierro, analicé las cosas de otra manera, lo que alguna vez fue mío ya no está, “cómo te extraño, libertad, ¿cuándo te volveré a ver?” ¿O tal vez Dios me sacó de la calle por un instante?, la verdad no la sé. Son sólo preguntas que me hago todos los días sobre mi vida, de niño vengo cargando esta pesada mochila de sufrimientos sobre mi espalda.

Así fueron pasando los días, y las rutinas eran las mismas de siempre. Un viernes a la mañana vinieron los maestros a sacarnos al campo de deportes, mi corazón palpitaba de alegría, lo que más me gusta en la vida es jugar a la pelota, soy el mejor jugando, en la calle todos me elegían por que era un goleador nato, imagínense, criado en la calle jugaba en cualquier lado, en donde pintaba un balón yo estaba ahí seguro.

De la emoción de salir de esa celda para ir a jugar al fútbol, me olvidaba de lo más importante, y era que el Ñoño y el Negro Chocolate se iban a cruzar sí o sí, porque sacaron a todo el pabellón entero a deporte. Arrancaron desde la celda uno, y así sucesivamente hasta llegar a la catorce, que es la última celda.

Cuando llegamos a la cancha había otro pabellón, me puse a caminar un rato, miré para varios lados en busca de alguna pelota, pero nada, fue un tipo de recreación. Mientras seguía la caminata escuché que un par de pibes saludaban al Negro Chocolate, corrí mi mirada hacia donde había oído los saludos y le grité:

— ¡Choco, amigo!

- Miguelito, ¿sos vos, guachín?
- Sí, Negro, soy yo. Tenías razón vos, que en algún momento nos íbamos a cruzar, já, já.
- Acercate, boludo, vamos a caminar juntos. ¿Cómo estás, amigo? Sos re flaquito, Miguel, pareces un pibito de trece años.
- Já, já, já, ¿viste, soy re flaco? Y más ahora que no te dan casi nada de comer, voy a desaparecer acá, con la miseria de vianda que te dan, pero vos estás re patovica, estás todo trabado, mirá los brazos que tenés, já, já.
- Dale, gil, dejá de cargarme. Mirá para la esquina de la cancha, fijate quién está.
- Es el Ñoño, está con su gente y son bastantes.
- Hoy es mi oportunidad de pelear con este gordo, pero tengo que pensar muy bien por que son muchos estos caranchos y si lo encaro ahora, nos van a dar maza entre todos, ¿me entendés amigo?
- Ya se rescató, nos está mirando ¿Qué vas hacer, Choco?
- Seguro, si ese gordo es re zorro, no se le escapa nada, dejame pensar, Miguel, no me vuelvas loco.

Mientras caminábamos en la cancha, se sentía la tensión del momento, miradas desafiantes, en pocas palabras, las cosas no estaban bien. Pensaba dentro de mí “si se pudre todo, no lo voy a dejar tirado a mi amigo, pero no lo voy a negar, ellos eran una banda, nosotros apenas somos tres, los demás estaban dibujados y muchos ni enterados de la situación. En el momentos menos esperado se iba a pudrir, porque el Negro estaba decidido, se la va a mandar. Yo le hablaba y ni cabida,

solo me miraba y no me respondía, su semblante ya no era el del principio.

— Ya fue, Miguelito, lo voy a encarar de una a ese gordo salchicha, me siento zarpado que me mire con cara de asesino.

— Como vos digás, Choco, vos ya sabés, yo voy a estar con vos como te lo dije un día, yo soy fiel a mis amigos, no te voy a dejar tirado ni ahí. Que pase lo que tenga que pasar. ¿Sabés cuantas veces me tocó pelear en la calle porque me veían pibito y flaquito?

Nos fuimos caminando hasta el rincón dónde estaban el Ñoño y sus secuaces, que eran como ocho. El Negro lo encaró de una.

— Che, gordo gil, vos me debés una ¿te acordás que me mandaste un gato a explotar y te lo cagué a palos? ¿Te acordás? ¿O no?

— Más vale que me acuerdo, si te cabía la maldad. ¿Qué? ¿Te querés parar de manos ahora? Pero dale, vamos a pelear, salame, te voy a romper todos los huesos.

Se acercó el Negro y lo arrebató en la boca, rompiéndosela, Ñoño se tocaba con las manos y vio sangre correr. Ahí se re pinchó. Se dieron maza, se desfiguraron todo el rostro, y en un descuido vinieron dos de la banda del gordo Ñoño, uno me agarró del cuello y el otro me daba piñas y patadas, así sucesivamente. Nos agarraron entre todos al Choco y a mí y nos dieron una re paliza cuando caímos al suelo.

Hasta que llegaron los maestros, entraron en la cancha y pararon la pelea, por un lado un éxito, pero después cobramos más con los maestros que con los pibes. Nos pusieron las manos hacia atrás y nos volvieron a llevar a nuestras respectivas celdas, y en el trayecto pude ver

a mi amigo Chocolate con la cara toda rota, y yo, ni les cuento, me dolía todo el cuerpo, estos mal paridos nos re patotearon.

Así fue mi primer experiencia de pelea en un instituto de menores, nos castigaron con quince días sin recreación, pero todo esto me hacía más curtido o, tal vez, más rebelde, como dice el refrán “a los golpes se hacen los machos”...

Pasaron las horas y me llamó mi amigo, el Choco, no se le entendía nada, apenas se lo escuchaba al Negro.

— Bien ahí, Miguelito. Estuviste conmigo hasta el final. Donde nos crucemos vamos a estar juntos a la par, la verdad, cumpliste tu palabra, fuiste fiel.

— Más vale, Choco, fiel hasta la muerte con vos, porque fuiste mi primer compañero del instituto.

Así pasó una semana y trasladaron al Negro Chocolate para el “ALFARO UNO”. Cuando se iba, pasó a saludarme diciéndome “nos vemos, amigo, cuidate mucho”.

— Nos vemos, Negro. Vos también cuidate, amigazo.

Dentro de mí se generó algo muy difícil de explicar, porque una vez más me quedaba solo con el ÁNGEL DE LA SOLEDAD, el que nunca me abandona y el que todo ve y escucha y que por momentos se hace sentir.

Justo un día antes de cumplir mi castigo abrieron la puerta de mi celda, un maestro me dijo “preparate que te va atender la psicóloga”. Salgí de la misma y me llevaron a una oficina, allí me dijo una señora que tomara asiento.

— Rosales, tengo buenas noticias para vos.

— De enserio, doctora, dígamelo que no se imagina cuánto hace que no recibo una buena noticia.

— Dame todos tus nombres y apellido completo.

— Miguel Rosales, es señora.

— Bueno, te paso a contar, apareció una tía tuya que se va ser cargo de tu tutela, así que hoy es tu último día de encierro, te vas en libertad.

Esa palabra fue la más hermosa que escuché en mi vida, Libertad, no lo podía creer, hoy el Ángel de la Soledad rompió las cadenas para hacerme libre de cuerpo y alma.

Quisiera no volver a recordar momentos carcelarios ni mucho menos a hablar de esa manera, no está bueno robar ni mucho menos matar. Porque hoy alumbra la luz sobre mi rostro resplandeciente de sabiduría y todo eso fue gracias a la literatura y la filosofía que me hizo pensar que el hombre nació para ser libre...

EL ÚLTIMO DÍA DE MI NIÑEZ

Oscar Omar Gaudio Monier

Era una tarde de enero, donde todo parecía igual a los años anteriores; junto a mis amigos de siempre jugábamos a la pelota en la canchita a la vuelta de mi casa.

Entre gritos y gastadas, como no podían faltar entre amigos, vendría una colgada de la pelota al galpón de al lado de la cancha, en el cual se guardaban camiones y mercadería, ese día cambiaría todo para mí.

Subí con mi amigo el Colo por la casa pegada al galpón a buscar nuestra pelota, cuando bajé me encontré con algo muy tentador; la puerta abierta de la oficina del lugar, la pelota ya no importaba, solo queríamos ver qué había adentro. Cuando entramos nos encontramos con muchas cosas. Había remeras, computadoras, otros objetos de valor, y al revisar los escritorios y cajones, nos encontramos con un poco de plata.

De la emoción que teníamos empezamos a poner lo que podíamos en bolsas que había en el lugar, a las computadoras, como eran muy pesadas para subirlas, decidimos dejarlas. Fue muy tentador todo y para colmo era sábado por la noche y era nuestro día de boliche.

Nos llevamos lo más que pudimos. Contentos por lo cometido nos fuimos al kiosco a comprar cosas con la plata obtenida y luego al centro a comprar algo de ropa, sin pensar que el vecino de enfrente nos estaba mirando, era nuestro día y nada ni nadie lo iba a arruinar.

Tres días después, en la puerta de mi casa tendría a los dueños del lugar, o sea el galpón, junto con la policía. Mis padres, los cuales no sabían nada, se enterarían de mi cometido, el cual me llevaría a un cambio de vida inesperado, mi inicio en el robo.

Tras las acusaciones del vecino y cosas que encontraron en mi casa, como las remeras, me llevaron ese mismo día a la comisaría primera de Morón, acompañado por mis padres.

Asustado por lo que estaba pasando, no podía entender de qué se trataba, me alojaron en un calabozo de contraventores, porque era menor de edad.

Estuve dos días en ese lugar junto a dos chicos más que estaban por otros ilícitos. Al segundo día me llevaron a un juzgado de menores, donde el juez, al atenderme y redactarme todo lo que había hecho, decidió castigarme con quince días en una alcaldía para menores, por haber sustraído plata y mercadería; la hazaña tendría un precio muy caro.

Se me enfrió el cuerpo, y recuerdo que no entendía nada, me largue a llorar con quince años que tenía. Al otro día me llevaron al instituto Roca, recuerdo que al ingresar, el pasillo a caminar fue el mas largo de mi vida, no podía creer dónde me encontraba. Cuando me ingresaron temblaba de miedo y pedía por favor que me perdonen, para poder volver a mi casa, que no me dejen ahí. Como nunca quería desaparecer como por arte de magia, pero no iba a ser posible, esa mañana todo cambiaría para mí.

Me llevaron para que me atienda el director del lugar, era un hombre de bigotes, pelado, alto y robusto, también recuerdo muy bien su voz, me asustaba, con una voz muy fuerte me decía:

— Acá, pendejo vas a aprender a comportarte y a adecuarte a las normas y reglas del lugar, si no me vas a conocer.

No podía entender lo que estaba pasando, como mis padres podían permitir que esté ahí; me llevaron a mostrarme el lugar donde me iba a quedar, recuerdo que me hicieron bañar con agua fría, mientras dos hombres me miraban y al hablarme uno me decía:

— ¿Te gusta portarte mal?, ahora vamos a ver qué guapito sos cuando te metamos con tus nuevos amiguitos,

Salí de la ducha mientras estos dos encargados me seguían hablando y queriendo intimidar con las cosas que me decían, como por ejemplo:

— ¿Vos sabés lo qué hiciste? ¿Ni idea tenés, no? já, já, já. Mientras el otro encargado se reía y decía:

— Este nene de mamá no dura ni cinco minutos donde lo vamos a meter, mirá la cara y la ropa que trae se lo van a comer crudo cuando lo vean- al querer tomar un poco de coraje, respiré y le dije:

— ¿Qué te pensás que soy, un cagón? Te equivocás.

Y fue lo peor que pude haber hecho, me hicieron poner de cara contra la pared y me pegaron un par de cintazos en el cuerpo mientras gritaba que paren, se reían sin parar y me amenazaban.

Pensar que todo esto que estaba pasando solo era el principio de mi estadía en El Roca.

Asustado, abrumado y desconcertado por la situación, mi mente no podía pensar en otra cosa que no sea en volver esos tres días atrás para cambiar las circunstancias.

Llegando al pabellón donde me iban a meter, a un par de pasos me paré y no me quería mover, ahí el encargado me pegó un sopapo en la nuca, y me decía:

— ¡Movete, pibe! ¿No vez que ya no hay vuelta atrás? Nene, seguí caminando y hacela corta porque sino va a ser mucho peor pendejo.

Saqué fuerzas de donde pude y encaré para la reja de entrada, se arrimaron un par de pibes con cara muy agresiva y sobradora preguntándome cómo me llamaba, les dije:

— Soy Oscar y es la primera vez que estoy en un lugar así.

Fue lo único que salió de mi boca mientras los pibes se reían y murmuraban entre ellos, el ruido del candado de la reja marcaba y hacía sentir en mí una sensación muy rara, la describiría como temor, ya estando del otro lado.

Al ingresar un pibe llamado Juancito me cruzó el brazo en los hombros y me dijo:

— Quedate tranquilo, Oscar, yo te voy a cuidar, confía en mí, acá me conocen.

Sabía que lo que me estaba diciendo no era verdad, y que se venía algo tramado entre ellos. Creo que mi apariencia y mirada hablaban por sí solas por más que quisiera vender otra cosa, como que la tenía re clara en como manejarme ahí. No iba a ser posible, ya estaba todo dicho.

Ese pibe, Juancito, me dijo:

— Vení, sentate acá así hablamos de cómo son las cosas.

Lo miraba muy desconfiado porque sabía que algo iba a pasarme, entonces fue cuando otro pibe que no llegué a ver me dio una piña de costado, y ahí se me vinieron al humo un par más. Me enrosqué en el suelo como un bicho bolita y les decía que pararan, que estaba por robo, que me dejaran tranquilo, já, já, já. No había forma alguna. Linda paliza me dieron. Dolorido en el suelo, el mismo Juancito que me recibió, me hablaba.

— Acá mando yo, y todo lo que tenés es mío. Lo que te voy a pedir lo tenes que traer ¿escuchaste?

Tonto por las piñas y patadas que había recibido pensaba por dentro “la puta madre, cómo me está pasando esto a mí. Al levantarme del suelo quería explotar como nunca en mi vida, pero eran muchos los pibes y estaba solo, el derecho de piso se empezaba a notar. Pero era el comienzo. Después de incorporarme me dijeron que me lavara la sangre en la cara y me cambiara la ropa, desconcertado metí la cabeza debajo de la canilla y pensaba qué vendrá ahora. Me lavé la cara, pero me dolía todo el cuerpo, se me caían las lágrimas de la impotencia que sentía, ya no era el piola del grupo que llamaba la atención ni tampoco tenía decisión como en la calle; era un mundo detrás de las paredes y rejas muy distinto al de afuera, todo nuevo para mí y tendría que armarme de mucho valor y coraje para afrontar las situaciones que se aproximarían muy rápidamente.

Me cambié la ropa, obvio que ya no era la mía ni mis zapatillas estaban já, já, já, ¿qué loco, no? En un par de minutos cambió todo, hasta mi vestimenta era otra.

Recuerdo que esa noche no pegué un puto ojo, no dejaba de mirar al que estaba conmigo en la celda, por si se acercaba, con alguna mala intención.

Al pasar las horas trataba de dormirme, pero no lo conseguía, era tal la desesperación que no podía dejar de pensar lo que pasaría al otro día al venir la abierta.

El pibe que estaba conmigo dormía, o eso creía, en ningún momento dejé de mirarlo, por si se movía para algo, o se levantaba.

Era todo muy difícil para mí, estaba en un abismo total, en el cual solo era el plato principal. “La concha de la lora, ¿ahora qué mierda hago?”, pensé. Los minutos se hacían horas, las horas se transformaban en días, y ni explicar en lo que se convertía un día entero, já, já, já, já, era una maldita eternidad.

Faltando poco para el “desengome”, recuerdo que en mi mente solo cabía una sola cosa: ENGAÑO, esa palabra sería el modo en cómo afrontaría el día a transcurrir.

Armándome de fuerzas, pensaría en cómo engañar a la misma situación que se me puso enfrente de mí, solo para poder tratar de esquivar los problemas que se avecinaban.

Por más que quisiera armar la mejor estrategia, sería imposible eludir lo que se me vendría.

Recuerdo un momento de mi vida donde todo era paz y tranquilidad, en donde hacía lo que quería y como lo deseaba, “¡VOLVÉ, NENE!” Já, já, já, eso se terminó. “Rescatate, perejil que estamos en el horno y nos van a comer crudo”. Como no voy a escuchar a la voz de mi conciencia, mas que nunca la oiría, llámenlo miedo o como mierda quieran decirle,

Esa voz me mantendría alerta y bien despierto para poder enfrentar los problemas e inconvenientes futuros.

Miré todo lo que se me pasó por la mente antes de salir de esa celda podrida del orto, en vez de estar pensando qué iba hacer al otro día, dónde iba a ir a plaguear o de joda, con quién me iba a juntar para salir. Tenía que estar planeando de qué modo y forma me iba a defender de los ataques de desconocidos, y en cómo tratar de salir lo más sano posible del problema.

Se escuchan pasos, ruidos a puertas y candados, “la rechoncha de la lora, se viene la maldita abierta, ¡TRAGAME TIERRA!, la puta madre que los re mil parió, ¿qué mierda hago?, ¿y todo lo que estuve pensando en toda la noche? ¿Todo lo que planeé en mi mente?, la puta madre, no me acuerdo un carajo de todo lo que pensé, que hijos de mil puta, ¿y ahora qué carajo ira a pasar?

Se abrió la puerta de la celda, “tragame tierra, tragame tierra, Dios, ayudame por favor, sacame de acá, ¿qué carajo hago?”, pensé miles de cosas en ese momento y yo que creía que el primer día iba a ser el mas difícil en el lugar, ¡la poronga! Fue solo el comienzo del descenso al mismo infierno.

Mis ojos, alertas; mis oídos, como nunca escuchaban todo, menos la verdad; mis piernas, trataban de mantenerse firmes; mis manos eran agua pura, por el miedo. Y todavía no había salido de la celda.

Papá, qué cagazo tenía por Dios, que se vaya todo a la mierda. Ya fue, total va a pasar igual.

Que hijo de puta que soy, me quería convencer de que no me importaba lo que se me vendría. Por favor, si estaba recagado en las

patas. Nunca había pensado tanto en mi familia, en Dios y en la Virgen como en esa noche.

Se vino el desengome, creo que desde la cama hasta la puerta, había tardado más de dos días en llegar, pero no hizo falta salir de la celda, me primerearon ellos.

Ese pibe Juancito, un tal gordo Julio, el Gamuza y tres pibes más que no sabía sus nombres, pero estaban listos para atacar en la primera de cambio, se veía en sus miradas y postura.

Lo primero que se me vino a la mente fue la posición bicho bolita, dije para mí mismo “otra vez al piso a cobrar se ha dicho”, pero me sorprendió que Juancito me diga:

— ¿Qué onda, Oscar? ¿Todo bien? Vestite que vamos al comedor a desayunar, vamos a hablar bien ¿escuchaste?, lo de ayer fue para que entiendas quién manda acá, amigo, y si te comportás vas a estar tranquilo y nadie te va a molestar, dale higienizate, que ya salimos.

“La puta madre, ¿qué mierda es lo que pasa?, mmm.....”, me pregunté y traté de cerrar el plan que tramaban, pero me era imposible, porque nunca había estado en un lugar así y mucho menos sabía cómo convivían, cómo eran sus códigos, reglas y formas de vida, bueno será cuestión de que aprenda rápido, porque si no me van a comer los leones y soy carne fresca para ellos.

Me higienicé, luego terminé de vestirme, y salí junto a ellos para el comedor.

Camino hacia allá, iba observando, “fa, loco, todo nuevo para mí”, nunca me sentí tan angustiado, descolocado y perdido en mi puta vida, solo tenía quince años, estaba solo en un mundo totalmente diferente.

Llegamos al comedor, me hicieron tomar asiento junto a una mesa en la que había aproximadamente unos doce pibes, eran todos amigos de Juancito y sus aliados más fieles y leales, el gordo Julio y Gamuza.

Estábamos desayunando, Juancito estaba al lado mío, me hablaba un montón de cosas, de las que la verdad no tenía la más puta idea de qué significaban o qué me quería decir con todo eso, solo recuerdo que le decía todo que sí para evitar problemas.

Cuando terminamos de desayunar, volvimos al pabellón, lo primero que hice cuando llegamos fue meterme a la celda, quería que venga rápido el engome, no sabía qué decir, ni cómo manejarme en el lugar, así que lo único que se me ocurría y quería era estar engomado.

Me puse hablar con el pibe que vivía conmigo, se llamaba Roberto y era de Lanús, tenía dieciséis años, estaba por robo. No era su primera vez, me comentaba en la charla.

Nervioso por todo lo que estaba viviendo, le pregunté:

— ¿Cómo mierda tengo que hacer para que me dejen de molestar? ¿Hay alguna forma de que me respeten?, sonriendo me contesto:

— Mirá, Oscar, acá dentro es un mundo aparte, tenés que pararte de manos, contra quién sea y en dónde sea, ¿entendés?, sino siempre te van a molestar, amigo y si estás por robo hacelo valer, guacho; si sos chorro parate de manos. Es tu segundo día acá, ayer te carancharon, pero rescatate y colgala, ¿o no sos chorro vos?,

— Sí, pero no estoy acostumbrado a esto ¿me entendés? Es la primera vez y tengo un cagazo bárbaro, amigo. Nunca había estado detenido, pero no soy un gato, Roberto-, le dije.

Me miró fijamente y se quedó callado por un instante, por dentro mío pensaba qué carajo me iba a decir o con qué me iba a salir.

Se levantó de la cama en la cual estaba sentado y me dijo:

— Voy a poner una pava para tomar unos mates y vamos hablar, ¿vos querés vivir bien acá?, bueno vamos a ver si comprendés lo que te voy a explicar, guacho.

Se fue con su pava en la mano, al regresar a los diez o quince minutos me pregunto:

— ¿De dónde sos?

— De Morón- le dije.

— Ah, mirá. Yo soy de Lanús, de la parte de Chingolo, ¿conocés?

— No, pero escuché de ese lugar.

Empezamos a charlar y me fue contando un poco de su vida. Ahí me di cuenta que todavía no había sufrido nada en comparación a él.

Roberto, había caído detenido por primera vez a los doce años, como bien dije anteriormente, nació en Lanus, en Chingolo. Me contó como estaba constituida su familia. Él vivía con su madre y cinco hermanos, de los cuales era el menor. Me dijo que a su padre lo conoció muy poco, porque se la había pasado en cana mucho tiempo y que hacía seis años que lo había matado la policía en un hecho.

Tres de sus hermanos se encontraban detenidos en un penal de mayores por robo, sus dos hermanas, estaban con su madre, la cual era una mujer grande de edad, y no podía trabajar porque tenía problemas de salud.

Me comentó muy por arriba, que desde que a su papá lo habían matado, todo había cambiado en su casa, la entrada de plata no era la

misma, había muchos faltantes y necesidades, entonces sus hermanos comenzaron a robar para poder mantener la casa y los gastos, porque alquilaban, y también para la olla.

Se notaba el cambio repentino desde la ausencia de su padre, me decía con lágrimas en sus ojos.

Le estaba prestando mucha atención a lo que me estaba contando, hay cosas en la vida que no me imaginaba que les podía suceder a la gente; claro, yo había tenido mucha suerte, pero bueno, uno se da cuenta tarde.

Me dijo que cuando su hermano mayor, que se llama José Luis, cayó detenido con su otro hermano, el que le seguía en edad, llamado Hernán, su mamá todos los fines de semana los iba a visitar, llueva, nieve o truene ella estaba firme viendo a sus hijos.

— La veía a mi vieja que se deslomaba por rescatar las cosas para mis hermanos, me daba cuenta que cada vez eran menos. Oscar, en casa ya no comíamos como antes, bueno ni hablar de la ropa para mis hermanas y para mí, já, já, já. Entonces tomé la decisión de ir a chorear. Solo tenía doce años, pero me la pasaba en la calle, y sabía cómo era la historieta ¿me entendés? A mi viejo lo había conocido mucha gente y a mis hermanos también, eran rebardos, pero le mandaban cuete. Bueno rancho fui a robar por primera vez con dos pibes un par de años más grandes que yo, le quisimos dar a un hombre que estaba saliendo de la casa con su auto, lo intentamos meter pa dentro, pero se repinchó porque arrancó un fierro y empezó a disparar, mató a uno de los pibes que fuimos, al Bocha, que vivía a un par de casas de la mía, y bueno comenzamos a correr, empezó a salir gente de todas las casas. Corrimos,

pero al par de cuerdas nos agarró la gorra, y ahí la quedamos, rancho. Fue mi primera caída de menores, y no paré más hasta el día de hoy, já, já, já, já, já, já. Esto no es fácil, pero si querés seguir robando, vas a seguir cayendo en cana, entonces parate de manos, guacho si querés estar bien- me repitió mirándome fijo a los ojos.

Mi mente se quedó congelada por un instante, traté de comprender lo que me estaba diciendo Roberto.

Seguimos mateando, y le fui contando un poco sobre mí, já, já, já, já. Traté de fijarme lo que decía, porque nada tenía comparación alguna en lo vivido por los dos, éramos de formas de vidas diferentes, pero éramos chicos, y teníamos los mismos anhelos y necesidades de ese momento.

Me levanté de la cama y le dije:

— Ahora te voy a cebar unos mates, amigo, me gustaría que empecemos una amistad, pero quiero aprender a manejarme bien acá, rancho, porque no quiero estar mal, yo nunca le tuve miedo a nadie, pero lo de ayer y lo día anterior que me hizo la gorra, me dejó helado, hermano ¿me entendés?

— Si, te entiendo, porque ya lo pasé, sé muy bien lo que se siente, me pareés un buen pibe. Yo te voy a ir explicando como es la cosa acá, pero aprendé rápido, amigo, y vas a estar bien- me dijo.

Esas palabras no sé porqué, pero me dieron fuerzas y me motivaron, me las estaba diciendo una persona que ya tenía experiencia en el tema, lo vi y lo noté sincero al expresarse. Ya tenía a una persona con la que por lo menos se podía hablar bien y entendió mi situación, era un paso positivo a pesar del lugar en donde me encontraba.

Fui a calentar el agua, el temor de salir de la celda fue un poco menor, pero no desapareció, se que tendría que comprender y aprender rápido las mañas y expresiones de los otros pibes, así podría manejarme y reaccionar si era necesario, pero era todo un proceso para mí al que me tendría que adaptar, porque no quería que nadie me faltara el respeto y mucho menos seguir cobrando de onda y que me sacaran mis cosas, aunque ya no las tenía, já, já, já, mi objetivo era recuperarlas, pero ¿cómo mierda lo iba a hacer?, el nombre Roberto, mi nuevo amigo, fue lo primero que se me vino a la mente, tenía que entablar una buena cabida con él, para que me ayudara a ponerme al ritmo del lugar si quería sobrevivir y estar bien.

Nada iba a ser a fácil, pero tampoco imposible, porque uno no nace aprendiendo. Si puedo decir por mi experiencia, que en algún momento de la vida, ya sea por necesidad, obligación, decisión propia o una elección errada, uno elige su camino y en él va a toparse con nuevas experiencias y barreras a superar, es ahí cuando uno se da cuenta si sirve o no para eso, entonces tenemos que tomar decisiones, que nos gusten o no, son parte del juego.

Volví con la pava para seguir tomando mates, y le pregunté:

— ¿Che, Roberto ¿cómo hago para recuperar mi campera y mis zapatillas?

— Tenés que pelear, Oscar, es recorta. Otra forma no hay, rancho, acá dentro. Pero mirá que no es solamente a las piñas, por ahí tenés que pelear con una punta.

— ¿Con qué?- le pregunté.

— Con esto.

Y me mostró un cepillo de dientes, su mango ya no era para agarrar, sino para clavar y lastimar, bien filosa y asesina era esa punta. Ya no era un cepillo, era un arma. Qué loco, la puta madre que los parió, ahí me tildé de nuevo, tenía que estar muy seguro del bondi al que me iba a subir, porque sabía que no sería fácil bajarse.

Me sonreí de los nervios y le dije:

— ¿Y por qué un cepillo con punta?

— Esto es para defenderse. Acá, no todos tienen, solamente los que peleamos, ¿estás seguro que si te arrancan uno de estos, vas a seguir peleando y no vas a arrugar?, mirá que en donde corriste o aflojás y no peleás, vas a ser un gato, así que pensalo bien, amigo, porque sino la quedaste y quebraste. Si no peleás, ya no vas a tener derecho a nada, vas a tener que hacer las cosas de todos.

— ¿Qué cosas?

— Y, las tareas domésticas, como lavar la ropa, hacer las camas y lavar los tappers-, se reía mientras me explicaba.

— Ni en pedo, yo eso no voy hacer. Yo estoy por robo, no soy un gato, amigo y voy a seguir robando, Roberto, ni en mi casa hacia esas cosas-, mi miró nuevamente y me volvió a repetir.

— Entonces parate de manos, guacho. No aflojés pase lo que pase, y si veo que la colgás, yo voy a estar con vos, rancho. Tengo un par de amigos acá y van a estar con nosotros, pero pensalo bien, porque en donde vayas o te cagás en las patas, la vas a pasar mal y yo ahí no me voy a meter, así que si andas robando y lo vas a seguir haciendo, hacé lo que tenés que hacer, amigo. Peleá ¿entendés? Parate de manos-, me volvió a decir, y comprendí lo que me estaba explicando.

Ahí fue cuando lo miré a los ojos por primera vez, y le dije:

— Lo voy hacer, pero necesito unos días para ponerme bien, me duele todo el cuerpo todavía de la caranchada que me dieron ayer estos pibes, quiero estar bien del todo y voy hacer lo tengo que hacer, amigo, voy a pelear. Solo unos días necesito, mientras tanto me hago el boludo, rancho. Haceme la segunda que vas a ver que no te miento. Quiero recuperar mis cosas y lo voy hacer, Roberto. Solo te pido un favor, amigo, que no me dejés solo, que yo la voy a colgar; te lo prometo.

Al decirle esto se quedo pensando. Todavía recuerdo como movía su cabeza en señal de que cumpliría con su parte de todo lo dicho, y su mirada confirmándolo. Seguíamos tomando mate, mientras íbamos sabiendo un poco más de cada uno.

Luego de pasar un largo rato en medio de la conversación, fue como una frase caída del cielo, le estaba contando de mi familia, quiénes las constituían, le dije que eran todos laburantes, y que el único que anduvo en algo raro era un tío mío, por parte de mi viejo, que se llama Miguel y sus hijos Walter y Leo, salieron peor que él, que habían estado de menores y uno de ellos, Leo, el mas chico, tenía diecisiete años, hacía un año ya que se había ido del Alfaro en libertad.

Me preguntó muy seriamente:

- ¿Cuál es tu apellido, Oscar?,
- Gaudio ¿por qué?-, “la puta madre, metí la pata”, pensé.
- Tu primo Leo ¿es uno alto, morrudo y de ojos claros?
- Si, ¿por?, le dicen El Chapu, ¿por qué me preguntás, Roberto?
- ¿De verdad me estás diciendo, amigo? Él es de Merlo, ¿no?

— Si, el mismo, ¿qué, lo conocés, tuviste problemas con él?- Le respondí.

— Nada que ver, Oscar, al contrario, el Chapu es mi amigo y mi rancho, hermano. Nos las remandamos juntos en un par de lugares, tenemos toda la cabida. Mirá que chico es el mundo, guacho. Vos sos el primo del Chapu, mi amigo.

Al decirme todo esto Roberto, sentí un gran alivio, no lo voy a negar, el pibe que estaba conmigo en la celda, en el que yo estaba poniendo mi única carta de confianza, fe y salvación, era amigo de mi primo el Chapu, no lo podía creer, fue como un pase del Diego en el mundial del '86, un nombre y un parentesco con dicho, revertiría todo a favor para mí.

Se levantó y me dio un abrazo. No entendía un carajo lo que estaba pasando, solo sé que era bueno y positivo.

Inmediatamente, y sin vacilar, me dijo:

— Vos ya sos mi amigo, acá no te va a molestar nadie nunca más, Oscar. Vos quedate tranquilo que yo me voy a encargar de todo-. No quise quedar como un cobarde y le dije:

— Amigo, bien ahí todo lo que me decís, pero me quiero hacer respetar por mí mismo, no que otra persona me defienda, rancho, ¿y si vos te vas?, ¿qué pasaría si vos me defendés?, después te sacan y si yo sigo acá me van a matar, Roberto, ¿o no?-. Se quedó callado por un momento, y dijo:

— Tenés toda la razón, amigo, pero escuchame con mucha atención y confía en mí que yo no te voy a fallar y menos ahora.

— Eso ya lo sé- le respondí- me doy cuenta que estás siendo sincero, amigo, confío en vos.

— Bien ahí, compa, ahora vamos a planear todo para caerles a estos cagones de mierda, y vas a revanchar y a recuperar todas tus cosas, te vas a cobrar la que te hicieron, quedate tranquilo que lo vamos hacer.

En ese momento supe que tenía un amigo, bah, un aliado leal, y el mejor para la situación en la cual estaban sucediendo las cosas. Que suerte tuve al nombrarlo a mi primo, por Dios, sin que él sepa, me ahorro de un montón de cosas, y me hizo todo mucho mas fácil en el lugar, gracias Chapu, que mano me diste.

Sobre la marcha, Roberto me regaló una campera deportiva y un par de zapatillas de los tres pares que tenía. Me sentía mucho mas tranquilo en todos los sentidos, me estaba demostrando su amistad y me brindaba su confianza.

Ya más sereno, y en confianza con Roberto, empezamos a charlar de muchas cosas. Me preguntó qué sabía del Chapu, le dije que hace bastante que no lo veía, pero que cuando vinieran a verme mis viejos, les iba a pedir el número de la casa y se lo iba a pasar, se puso chocho con ese pequeño detalle de mi parte, todo se encaminaba para bien, y dejaba las cosas mucho más claras para mí.

Es increíble que con solo ser amigo de mi primo, ya era como su hermano, todo cambió rotundamente la situación, y esta vez el viento soplab a favor por primera vez.

Me contó como conoció al Chapu, que hijo de puta que era el guacho de mi primo, no podía creer que era tan terrible, por las anécdotas que me contaba Roberto.

Fuimos tomando bastante más confianza al hablar, y al decírnos las cosas el uno al otro, el ambiente no se tornaba oscuro ni áspero.

Dicho de otra manera, me solté mucho más y empecé a mostrarme tal cual soy, sé que le caí mucho mejor después de que supo quién era mi primo, pero me daba cuenta que le agradaba mi forma de ser, porque se reía conmigo de las cosas que le contaba y me prestaba mucha atención, compartimos cosas de nuestras familias muy importantes en esa charla.

Roberto salió de la celda en busca de sus amigos, para presentármelos, recuerdo que estaba muy contento con los regalos que me había hecho, pero también sabía que no tenía que olvidarme lo que me había propuesto, y todo lo que yo había dicho que iba a hacer. Comprendí que no se tiene que hablar por hablar, porque eso me traería un nuevo problema sino cumplía con lo dicho.

Regresó como a los diez minutos con cuatro pibes más, me los fue presentando uno a uno por sus nombres y mote. Cómo olvidarme de Los Cuatro Fantásticos y del Capitán América liderándolos. Serían mis nuevos súperhéroes favoritos, nada más que en la vida real y en el peor momento de la misma; hasta el día de hoy sigo viéndolos así.

El primero al que me presentó, fue al Marcelo, que lo apodaban el Oso, imagínense la bestia que era este pibe con solo diecisiete años, era de Avellaneda, con Roberto ya se conocían hace años y eran muy amigos. Pude notar que era su mano derecha y el de más confianza. El segundo fue Gustavito, tenía mi edad y era de Luján, le decían El Mugre por su forma de hablar, mirar y su sonrisa macabra se le notaba su picardía y maldad, menos mal que estaba de mi lado. El tercero fue Santiago, le decían El Lágrima y tenía dieciséis años; creo hasta el día

de hoy que su apodo provenía del tatuaje de una lágrima debajo de su ojo derecho, era de Don Torcuato, callado y observador; recuerdo también que tenía varios tatuajes más en su cuerpo. El último en presentarme fue al Rusito, já, já, já, imposible olvidarme de ese guacho, apenas me dio la mano ya comenzó hacer chistes y a descansar, le cambió la onda a la celda por su simpatía, no significa que por eso era bueno, pero por lo menos comenzó diferente al resto, era de la villa 9 de Julio del partido de San Martín, tenía dieciséis años, pero mucha calle y experiencia en su corta vida.

Me dijo Roberto que ellos eran sus amigos y su familia en el lugar, que si uno tenía un problema, éste pasaba a ser el problema de todos, siempre juntos para todos lados y compartían todo.

— Oscar, ahora vos también sos parte de esta familia y entre todos vamos a resolver tu problemita, ya los pibes saben que sos el primo del Chapu, menos el Lágrima, el resto también lo conoce a tu primo amigo, y el guacho es chorro, así que vos también, contá con nosotros para lo que sea, me dijo.

Les agradecí a todos por su trato, pero les pedí un favor, que ese pendejo del orto de Juancito, el que me hizo problema, lo quería agarrar yo, ese hijo de puta era mío, sin basilar me dieron el OK, y nos sentamos a tomar mate para armar el plan al que nombré: “Recuperación de bienes sustraídos y desalojo de propietarios del lugar”, en otras palabras más simples... cómo mierda recuperaría mi ropa y echarlos a la mierda del pabellón a Juancito y su grupete.

Todo estaba encaminado, el plan se estaba cerrando, pero nada iba a ser tan fácil, ni regalado así nomás. Porque ellos eran mas de diez pintas

y nosotros solo seis. Tendría un precio bastante caro y doloroso, la cagada a palos que nos daría la gorra después del plan en acción, PAPÁ, jamás cobraría tanto como ese día, que verdugueada nos darían estos celadores hijos de puta, pero valdría la pena dicha paliza porque calavera no chilla, dice el dicho, ¿no?

Lo primero que había que hacer era el reconocimiento del lugar donde se ejecutaría el plan. Nos levantamos bien temprano con Roberto, esperando el desengome para ir a desayunar para poder observar bien y cerrar los últimos detalles de nuestro ataque a grupos enemigos.

Estaba comprometido conmigo mismo, iba a hacer todo lo que había dicho, ya no tendría vuelta atrás.

Por más que me quisiera hacer el estratega, no tenía idea de qué carajo mirar para concretar nuestro plan, igual Roberto y los otros pibes ya tenían todo armado, por las dudas se fijaron un par de cositas más que me iban diciendo para que entendiera todo bien clarito de como nos íbamos a manejar.

Nos sentamos en dos grupos diferentes en las mesas del comedor, era pura pantomima de ellos para no hacerse notar, cuando regresamos para el pabellón, apenas entramos a la celda, Roberto me dijo:

— Hey, rancho, hoy a la tardecita a eso de las tres, les vamos a caer al Juancito y su bandita, ¿estás listo?; hoy son nuestros, amigo. ¿Y bien seguro de todo lo que hablamos, no?

— Obvio que sí- contesté.

Ahora sí me dije a mí mismo, “ya no hay vuelta atrás, está todo planeado”. No estaba bien del todo físicamente, pero tampoco era

excusa. Mi reivindicación era ese día o nunca mas, y no iba a perder la oportunidad de hacerlo.

Al rato nos juntamos con los demás pibes sin levantar mucho la perdiz, igual ellos cinco siempre se manejaban así, se juntaban en la celda de otro, del que sea, para tomar mates y sacar mano, já, já, já, así que por ese lado me quedé tranquilo. Roberto nos empezó a decir como había pensado caerles, me dijo:

— Vos Oscar, vas a estar conmigo, nosotros dos vamos a encarar a Juancito para hablar bien, corte que yo te conozco y vas a ranchar con nosotros que está la mejor y que vos no querés tener problemas, guacho, ¿entendés? Le vamos hacer la ica, la falsa, amigo para que pique y se confíe, así vamos a estar cerca de él. Mientras Mugre, el Oso y Lágrima, le caen en la celda al gordo Julio y al Gamuza, ellos dos siempre están juntos con tres o cuatro gatos más, pero al ver que cobran sus dueños, se van a cagar en las patas. Lo mismo vamos hacer vos y yo, apenas te haga señal con la cabeza de que sí, le arrancamos al Juancito y a los gatos que estén con él. Ni se la esperan, rancho. Deben ser tres que lo acompañan, pero los tengo rejunados y son cobardes. Le tenés que dar masa y lastimarlo, Oscar no tengas miedo y no aflojés, porque sino va a salir todo mal, a los otros tres yo me los como crudos ¿o querés que le dé yo al Juancito?

— No hermano, ese hijo de puta es mío, yo lo voy a lastimar, voy a hacer como me estás diciendo, quedate tranqui y confía en mí.

Faltaban un par de horas. La verdad estaba muy nervioso y tenía miedo, pero era algo que tenía que hacer sí o sí, porque sino hasta con los amigos de mi primo tendría problemas, ya le estaba cazando la mano

de cómo era la cuestión ahí dentro; ni decir que quedaría como un cagón. No podía permitir que eso me pasara, me autoconvencí de que lo iba a lastimar sin dudarle por completo, ya estaba en el baile, ahora a bailar se ha dicho.

Para el atentado que íbamos a hacer, Roberto me dio un fierro, era una varilla con punta chica, muy fina pero dañina, bien filosa.

— Bueno, con esto lo vas a lastimar seguro, Oscar, me dijo sonriéndose. Dale en los brazos y en las piernas, dale por todos lados sin parar, hasta que caiga al piso, compa. No parés hasta que esté tirado, rancho. No le des oportunidad a nada, porque él no te la dio a vos.

Mi mente ya estaba digitada, era una bomba explosiva en ese momento y así tenía que ser si quería estar lo mejor posible en ese lugar de mierda; otra opción no me quedaba.

Ya estaban todos listos, cada uno se fue para sus lugares, me quedé sentado con Roberto en la puerta de la celda, esperando que los otros encararan para donde estaban el gordo Julio y Gamuza, el Rusito estaba con nosotros también.

Bueno, llegó el momento. Nos levantamos de los bancos, Roberto y yo nos dirigimos para hablar con el Juancito, el Rusito se quedó para no ir los tres juntos, él se acercaría cuando el Mugre y los otros se metieran en la celda de los aliados del Juan, entonces se vendrían hacia nosotros para acoplarse al ataque.

Nos acercamos, y muy respetuosamente, el Roberto le dijo al Juan que si podía hablar con él bien, por mí, para que quedara todo en paz sin resentimiento alguno y blá, blá, blá. Qué gran mentira. El otro, confiado compró con lo que le estábamos diciendo, fue entonces que veo a los

pibes metiéndose en la celda del Gordo, me hice el boludo, el Roberto le sacó conversación y me hizo la señal esperada y ansiada, ni dudé y arranqué la punta, le empecé a dar picotazos por todos lados, no medí mis fuerzas ni el lugar dónde lo lastimaba, empezó a gritar como un chancho, se tiro al piso vi mucha sangre pero no me importó porque estaba fuera de mi y no paré, le di un par más en los brazos y en las piernas, y le empecé a dar muchas patadas en la cara y en la panza. El miedo no era sonso, tenía que asegurar la bocha, sabía que lo iba a dejar fuera de combate sí o sí.

Roberto los tenía acorralados en un rincón a los gaturroneos del Juancito, con solo lastimar a uno de ellos, el resto solito largaron sus puntas, el que tenía. Y se quedaron en el molde. Al final eran re cobardes estos giles, se escuchaban los gritos en la celda del gordo Julio y el Gamuza lo estaban matando a palazos y picotazos estos guanacos del Oso y compañía, también escuché y vi cómo se abrió la reja de entrada al pabellón, y cómo comenzaron a ingresar los celadores a los gritos y reprimiendo a todos los que se les cruzaban, un rebondi se armó, tiré la punta a la mierda, Roberto los empezó a insultar y a revolear cosas, y bueno, me puse a la par con él, como tenía que ser.

Salieron los otros pibes y se nos unieron, nos empezaron a cagar a palos, eran un montón de encargados muy enojados de la vida y con nosotros, no sé bien por qué, pero nos odiaban y lo transmitían a través de sus golpes.

Nos sacaron a los golpes limpios del pabellón y arrastrándonos como bolsas de papas por el suelo a las patadas, fuimos para las duchas y nos hicieron sacar toda la ropa y nos tiraban con agua bien fría. Qué hijos de

mil puta torturadores que eran, si alguno de nosotros contestaba o insultaba, cobrábamos todos de nuevo. Cabe destacar que todos aportamos nuestro granito de arena y buenos insultos, para no quedar como menos ni cagones el uno con el otro, este juego es así, ahora a bancársela.

Recuerdo que Roberto me miraba cuando nos tenían tirados en el piso por más que estuviésemos todos doloridos y golpeados, se sonreía, podía ver en sus ojos la alegría que tenía, o satisfacción que sentía porque hice lo que había que hacer. La colgué hasta con la gorra, prueba superada. Al Juancito le di su merecido, lo reventé como a una rata sin dudarle.

Nos pegaron un rato más, después de verduguearnos bastante nos llevaron a las celdas de castigo, así nomás como estábamos, con la diferencia que nos dejaron poner la ropa; pero estaba toda mojada.

Dentro de mí me sentía satisfacción con lo que hice, a pesar del precio que tuve que pagar, lo único que me importaba en ese momento fue que hice lo que dije que haría, y que ya me sentía uno más de la banda. Me lo había ganado. No fue de onda ni gratis, eso era lo importante.

Nos pusieron a todos en celdas distintas, sin luz ni mantas para taparnos, seguía la tortura, comencé a tener frío, mucho frío, el dolor de los golpes era mas intenso.

Al rato ya tenía hambre, aparte del frío y de los golpes, se sumó el hambre; se iban agregando mas cosas a la lista negativa.

Nos gritábamos por las mirillas, y cada uno contaba como fue la historieta del atentado, la agrandamos bastante en cómo los lastimamos

y cómo corrían, pero bueno, la película ya estaba terminada y no hubo premio alguno más que el dolor.

— ¡Salió todo cómo se había planeado!- me gritaban.

— Bien ahí, guacho, hiciste todo como lo armamos. Ahora sos uno más de nosotros, rancho-. Roberto estaba contento conmigo, me decía:

— Ey Oscar, le diste masa al Juancito, bien ahí, hermano. ¿Viste que no era muy difícil?, y lo hiciste bien, compa, ¿no parecía tu primera vez? Já, já, já- y se reía- lo llevás en la sangre, amigo, como el Chapu.

Pasaban las horas, se iban quedando callados uno a uno, el silencio asoló por completo el lugar, la noche llegó muy silenciosamente, solo ruidos de candados, rejas y las voces de los celadores se podían escuchar.

Sentía un frío abrumador, y el cuerpo me dolía el triple. Reflexioné en esa oscuridad que me abrazaba por completo hasta el alma, fue la primera vez que sentí lo que es estar solo, sin nadie de tu familia que te de una mano, supe lo que es la soledad, pero no podía doblegarme ante ella, tenía que esforzarme un poco más y mantenerme fuerte, de pie, porque sino todo sería mucho más difícil para mí.

En ese momento recordé a toda mi familia, y de la falta que me hacían, recordé a mis hermanos, mis padres y abuelos, los extrañaba mucho a todos, sabía que a pesar de lo que había hecho, no estaba feliz, porque yo no era así, pero no tenía muchas alternativas y no me quedó otra que hacerlo, no es un justificativo ni mucho menos, es la verdad simplemente.

Qué loco, como el ser humano puede adecuarse a cualquier situación que se le presente por delante, solo es cuestión de tiempo y todo se aprende, más si se trata de la vida y la supervivencia.

Luego de estar lamentándome un largo rato, concilié el sueño y pude descansar, o traté de hacerlo. Todo lo que había pasado me llevaba a una sola conclusión, que esto no era para mí, pero tenía que sobrellevarla de la mejor manera posible.

Al despertarme, ya los pibes estaban a los gritos llamando a la gorra, para que nos llevaran a ser vistos por el médico y nos diera algo; estábamos muy doloridos pero no dejábamos de molestar.

Todo volvió a ser como el día anterior, parecía figurita repetida, los mismos gritos, frases y puteadas, quería que se terminara rápido para poder regresar a mi casa, esto no era un sueño o pesadilla, era la vida real y el camino que, sin darme cuenta elegí o, inconscientemente, adopté en mi vida.

Eran las nueve de la mañana y vino el encargado para sacarnos a que nos viera el doctor, Roberto no paraba de putear a la gorra, el resto se le unía a la comparsa, opté por quedarme en el molde, no quería mas dolor ni golpes alguno que los que ya tenía.

Llegó mi turno de ir a revisión médica, y fue lo mismo que nada, me miró todo el cuerpo, me hizo respirar, tocó los chichones, vio mis moretones, me dio unas pastillas y me dijo:

— Nene, con estos remedios se te va a pasar el dolor.

La poronga, era una pastilla blanca que te la daban por cualquier cosa, y bueno, eso fue todo, a la caja otra vez.

Cuando regresé, los pibes seguían gritando y haciendo bondi, estaban como locos, los celadores tenían mas ganas de pegarnos y callarnos a golpes, que de hablarnos. Era todo muy agotador y ya saturaba mi mente, fue que decidí pedir comunicación con mi familia, obviamente en la situación física y mental que me encontraba, ni en pedo accedieron al pedido, se cubrían por si las moscas.

No le pasé mucha cabida, tenía la esperanza de que mis viejos vinieran por si solos, y me sorprendan a mí, y más que nada a los encargados del lugar.

Pero bueno, eso no ocurrió. El día fue pasando muy lentamente y todo seguía siendo igual o peor, la comida era intragable, un asco; ni un animal la comería.

Me dormí nuevamente, traté de no darle bolilla a nada ni nadie. Los pibes me llamaban, les contestaba de vez en cuando, ya no tenía ganas de nada. Al otro día por la mañana, estaba tomando un mate cocido, cuando vino a llamarme el celador, diciéndome:

— Vení, higienizate y vestite, que te llama el director, ¡pero escuchame bien, pendejo!, están tus viejos, así que ni una sola palabra de lo que pasó ayer, ¿me escuchaste, borrego?, cualquier cosa te peleaste con los otros pibes, porque si nos mandás en cana, no te das ni la más puta idea de lo que te vamos a hacer, y te va a pasar, ¿me entendiste?

Con el solo hecho de que mis viejos estaban ahí, ni me importó lo que me estaba diciendo ese forro del orto, quería llegar lo antes posible a la oficina del director, así que me lavé y me vestí rapidísimo.

El encargado me iba recordando a cada paso lo mismo que me había dicho anteriormente, él tenía más cagaso que yo el día anterior a la golpiza. Cómo se revierten las situaciones y los lugares tan fácilmente.

Entré a la oficina, ahí estaban mi viejita y mi viejo. Con solo verlos me largué a llorar. Fueron muchas las sensaciones que sentí dentro mío. Todo se mezclaba, angustia, alegría, dolor, anhelo, tristeza, nostalgia y felicidad. Ellos estaban ahí por mí, que era lo importante.

Al verme en el estado en que me encontraba, mi viejo, el Mono, empezó a los gritos, y mi mamá Carolina los amenazaba con denunciarlos a todos, el director no sabía en dónde meterse, los calmé diciéndoles que me había peleado con unos pibes, que era normal que eso pasara, pero que se quedaran tranquilos, que yo estaba bien. El miedo no era sonso, por las dudas me cubrí y declaré bien, no quería otra golpiza.

Ya más serenos y el ambiente más calmo, comenzamos a dialogar, fue cuando recibí la mejor noticia de mi corta vida: mi libertad había llegado. Cuando el hombre me dijo esto de que me iba a mi casa con mis padres, sentí que el alma me volvió al cuerpo.

Me abracé a mi mamá y no la quería soltar. Mi viejo le seguía aplicando mafia al pelado ese de porquerías del director, lo único que quería era irme.

Y así fue, me fui junto con mis viejos. Sentí una sensación inexplicable que no podría describir con palabras.

Los días transcurridos en el lugar fueron muy intensos, dolorosos y a la vez de enseñanza también. Existen mundos paralelos dentro del mismo, formas de vida que muchas personas no se imaginan, y menos

son los que saben la gran verdad de lo que pasa en realidad, pero todo tiene un principio y un final.

Los errores se pagan a la corta o a la larga, las decisiones que tomamos y los caminos que elegimos tienen su precio y sus barreras a superar; pero siempre la familia está, gracias a Dios, bien o mal, siempre está.

Lo que nunca me podría haber imaginado al irme en libertad del INSTITUTO DE MENORES “EL ROCA”, era que el principio de mi camino en la delincuencia recién había comenzado y yo todavía no lo sabía. Tendría mucho más dolor y pérdidas, que en eso pocos días que estuve ahí, a veces los finales se alargan demasiado, pero llegan cuando uno menos lo espera.

Hoy me encuentro alojado en un penal de mayores, es mi cuarta condena ya, a los 37 años de mi vida, mis decisiones y elecciones, siguieron siendo erróneas, el precio a pagar es muy caro y el interés muy alto, las consecuencias de mi egoísmo y ambición también lo son, y afectaron mucho a mis seres más amados.

Pero esta vez, sé que es la última, porque tengo una personita hermosa a la cual amo con toda mi alma y ser, la cual puede contra todos mis demonios internos y mis tentaciones y locuras, es mi hijo Ian Franco, y me necesita a su lado. No recuperaré el tiempo perdido y malogrado por mis elecciones en la vida, pero sí trataré que los años a vivir sean junto a él.

AGRADECIMIENTO

Gracias Marina. Gracias por bancarme. Gracias por tu apoyo. Gracias por escucharme. Gracias por ser mi equilibrio. Gracias por ser mi sostén.

Gracias Juana y Lara. Gracias por ser todo y lo único. Son todo. Son lo único.

Gracias a mis viejos. Ustedes saben muy bien porque.

Gracias a Sebastián Vinagre. Muchísimas gracias Seba porque pese a que no compartimos criterios políticos compartimos criterios humanos. Gracias por ayudar a nuestra Editorial cuando nuestra Editorial la pasó mal, muy pero muy mal. Gracias por tu compromiso. Gracias por tu amistad.

Gracias a los muchachos del pabellón cuatro. Gracias por seguir luchando contra todo y contra todos. Gracias por ser valientes y poseer el coraje de ser los primeros en la línea de batalla. Gracias por soportar mis insultos, mis frustraciones y mis enojos. Gracias por el compromiso que demuestran día a día y por la fortaleza a la hora de aguantar las duras consecuencias de ese compromiso. Gracias por no abandonarme. Gracias por no abandonarnos. Gracias muchachos.

Alberto Sarlo

La Plata, febrero de 2016.